

Hernán Rivera Letelier

El vendedor de pájaros



de

El vendedor de pájaros es el único pasajero del tren que baja en Desolación. «El lugar es tan yermo, triste y desamparado que ni siquiera los jotes lo sobrevuelan». Como todos los miércoles, el tren Longitudinal Norte se detiene jadeante. Es raro que alguien baje en esa estación, pero esa tarde lo hace el pajarero. Su llegada no pasa inadvertida; allí está el grupo de amigas que acude a observar semanalmente quiénes serán los amantes que huyen esta vez, allí los niños que lo siguen como si fuera un árbol lleno de aves, allí el odiado jefe de la vigilancia, quien ha sido informado de un mercanchifle anarquista que promueve la insurrección en la pampa.



Hernán Rivera Letelier

# El vendedor de pájaros

ePub r1.0  
Titivillus 08.08.15

Título original: *El vendedor de pájaros*  
Hernán Rivera Letelier, 2014  
Diseño de cubierta: Ricardo Alarcón Klaussen

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



Este libro es un regalo que hacemos a **Dolo** y lo liberamos en su nombre porque sabemos que ama los libros y los disfruta más cuando los lee en compañía.

---

Hernán Rivera Letelier

**El vendedor de pájaros**

## Primera parte

# 1

*El vendedor de pájaros es el único pasajero del tren que baja en Desolación. Al pisar la losa del andén lo embarga la sensación cierta de que ahí hay vida, y que él acaba de bajar no solo porque le duele el oído, sino porque —lo intuye vagamente— debe entregar algo a alguien. Y parado ahí, en medio de la nada, con el sol clavado en mitad del cielo, oye murmullos de conversaciones, carreras de niños y risas de mujeres jóvenes mezclados con el ruido del chorro de agua reabasteciendo a la locomotora...*



## 2

El vendedor de pájaros fue el único pasajero del tren del sur que bajó en Desolación.

Poca gente llegaba a Desolación.

Poca gente nueva.

Casi todos los que llegaban venían de vuelta: de vuelta de ver al médico en el puerto o de vuelta de enterrar a un pariente en su tierra natal. De vez en cuando, y esto era motivo de excitación para todo el mundo, se rompía la rutina y alguien, hombre o mujer, huía o trataba de huir de Desolación. El último de estos casos había sido el de la libretera María Rosario, quien trató de huir en compañía de su amante.

Desolación era una oficina salitrera estacada entre el cantón Aguas Blancas y el cantón Central, en pleno desierto de Atacama. No había ningún otro campamento cerca. Todo quedaba lejos, distante, remoto.

Hasta las golondrinas llegaban agotadas.

Últimamente ya ni llegaban.

Sin embargo, para el tren Longitudinal Norte aquella estación era trascendental: ahí estaba el único pozo de agua de aquella zona resquebrajada por el calor de siglos; ahí la locomotora se reabastecía para continuar su viaje por esos páramos penitenciales.

El vendedor de pájaros fue el único pasajero que ese miércoles, pasado el mediodía, bajó en Desolación. Venía enfermo del oído. En el coche se vino sentado junto a una mujer que decía ser quiromántica, mentalista y astróloga, y se hacía llamar «*madame* Luvertina»; y por la noche del segundo día de viaje, coqueteando con un acordeonista sentado enfrente, un tal Lorenzo Anabalón, la *madame* había abierto la ventanilla para mostrarle la lluvia de meteoritos que caía en esos momentos.

«Esas estrellas, fíjese usted, don Lorenzo, son almas perdidas», le oyó decir a la vidente.

Él, medio dormido, trató también de mirar y no alcanzó a ver nada, pero la ráfaga de viento frío que se coló por la ventanilla le causó el dolor de oído que lo traía trastornado.

En Desolación no había médico. Una vez por mes subía uno del puerto, un anciano que apenas veía y casi no caminaba. «Ya es un montoncito de tierra», decía la gente. «Anda por ahí con el padre Teobaldo», se burlaban los descreídos (el padre Teobaldo era el cura párroco de la oficina). Lo que había en Desolación era un consistorio con sus anaqueles casi vacíos, atendido por un practicante con jerarquía y potestad de médico, pero que veía solo a los enfermos leves. Telaemplástica y cafiaspirinas era todo lo que recetaba. Para cualquier dolor, físico o del alma, telaemplástica y cafiaspirinas. Y para las enfermedades de trascendencia social, permanganato. Los obreros accidentados en el trabajo eran enviados al puerto

embarcados a la buena de Dios en los carros de carga, junto a los sacos de salitre, en un viaje de seis horas en que, la mayoría, sin asistencia médica, expiraba en el camino. Las víctimas de accidentes menores acudían donde don Ligorio, el componedor de huesos.

En Desolación había también una partera y una arregladora de angelitos. Estas eran las que más trabajo tenían. Los nacimientos y las muertes de guaguas andaban a la orden del día. La mayoría de los recién nacidos no pasaban de los seis meses de vida, cualquier mal aire se los llevaba, sucumbían a cualquier resfrío mal cuidado.

En el cementerio, las tumbas de los niños —que eran la mayoría— estaban adornadas con sus cunitas de rejas.

### 3

A la señorita Belinda, profesora de piano, la mayor de las amigas —ya iba a cumplir los treinta, qué horror—, el silbato del tren, aunque no le traía ningún recuerdo particular, la sumía en una especie de sentimiento violeta. Alta, delgada, angulosa, tez blanca como el polvo de arroz, la pianista era aficionada a los perfumes con aromas de flores: siempre parecía flotar en un halo si no de lavanda, de gardenias o de espliego. Según el ánimo de mi pulsación, decían nacida en Perú y criada en Chile, gustaba de la poesía y leía con fervor al poeta José Santos Chocano, y siempre estaba llana a colaborar en las veladas culturales de la filarmónica (ahora se sentía temerosa por lo que podría pasar en la velada del domingo, pero había que hacerlo). La señorita Belinda había venido del puerto a dar clases de piano a las hijas de los empleados y jefes de la Compañía. Vivía sola y no se le conocían hombres. A veces contaba de un novio húngaro que había tenido en el puerto y que se murió de la bubónica, razón por la que ella, de la pura pena, se había venido a enterrar en vida en estas peladeras blancas como mortajas de sal. El único hombre que entraba a su casa era Copérnico, quien en su carretón de mano, cada tres días, le llevaba el carbón coque para el brasero y el de piedra para la cocina. El pobrecito don Cope, como decía ella, tenía la cabeza grande como un zapallo y un alma de cántaro, y sufría de un leve retraso mental. Como ella descubriera que la música del piano parecía sumirlo en un éxtasis infantil, a veces, además de darle comida, le hacía limpiarse el tizne de la manos y lo dejaba jugar unos minutos con las teclas de su piano. Algunos decían que la pianista se acostaba con Copérnico.

Bigotes de alambre, cigarro ladeado y un sombrero de huaso caído a la espalda, al vendedor de pájaros lo vieron descender del último coche del tren; lo vieron acercarse al vagón de carga y tras hacer bajar un gran baúl de madera, lo vieron descargando y acomodando en una sola pirámide bulliciosa su liviano cargamento de jaulas llenas de pájaros cantores.

Cuando por el desierto se aparecía uno de estos vendedores con sus jaulas auestas, a los niños les parecía ver caminar un árbol lleno de pájaros; los trinos les eran alegres como el frotar de las bolitas de vidrio y el color de sus plumajes los sumía en un asombro inédito. En la pampa, ellos conocían un solo color: el color de la piedra, que era el color de los cerros, que era el color de la puna, que era el color prehistórico de las lagartijas.

Ese era el color del mundo para ellos.

A veces, para ver tonalidades nuevas, los niños se ponían a mirar al sol de frente, compitiendo por ver quién aguantaba más sin pestañear; después, por un rato, el mundo se les volvía tornasolado. De modo que a la bandada de niños descalzos que correteaba por el recinto ferroviario, este hombre con pinta de huaso, envuelto en una marimorena de trinos y gorjeos, les pareció un personaje de pista de circo, y cada pájaro una banderita viva.

A los jubilados de terno negro, camisa blanca y zapatos de muerto lustrados hasta el delirio, que fumaban impertérritos en los escaños soleados del andén —esperando a nadie—, el mercachifle solo les pareció otro de esos atorrantes de poca monta que recorrían la pampa de arriba abajo tratando de vender cualquier cosa que se pudiera vender.

«Estos pajareros son de mal agüero», dijo uno.

A las inquisitivas mujeres de moño apercollado con elásticos negros que venían a la estación un poco por nostalgia y un mucho por matar el tedio salitroso de la pampa, el hombre no les fue sino lo que en verdad era: uno de aquellos comerciantes en pájaros que se aparecían cada cierto tiempo por las salitreras a exorcizar un poco la tristeza y el silencio árido del desierto. Silencio y tristeza que nos muerden el alma, comadrita, por Dios.

Al grupo de amigas, cinco mujeres jóvenes que observaban desde el único escaño sombreado, el vendedor de pájaros —mirar agudo, nariz encorvada, altura de puerta de iglesia— se les mostró como algo más que un semental de campo que ordenaba sus jaulas sin dejar de silbar —casi compitiendo con su mercadería— y viéndolas con un inquietante unto de bestia en celo en sus ojos oscuros; a las amigas se les presentó —si es que era quien esperaban que fuera— como un elemento fundamental para lo que pensaban hacer en la velada del domingo.

A Esther, la costurera, la silueta del tren entrando a la estación con su penacho de humo negro la ponía alegre como a una niña de colegio. Su padre siempre la traía en hombros a ver llegar el tren. Era entre sus amigas la más joven y la más sacrificada: con su máquina de coser mantenía a su madre enferma y a sus hermanos menores. Eran siete hermanos, ella era la del medio. Los mayores, varones los tres, se habían ido a trabajar a otros cantones y no se sabía nada de ellos. Dos de sus hermanos menores trabajaban para la Compañía, el de catorce de herramentero y el de doce de matasapos, por eso la Compañía no les quitó la casa al morir su padre. Pobre padre mío, decía Esther, que al llegar a la pampa cayó en el vicio del licor hasta convertirse en un borracho perdido. Y había muerto en su ley: borracho como tagua. Lo único hermoso que heredó de él fue la voz: de joven, su padre había integrado el coro en la iglesia de Ovalle, pero aquí solo cantaba en las mesas de las fondas para beber gratis. Ella, en cambio, cantaba para espantar el sueño mientras se amanecía cosiendo en su Singer, y para mantener alejado de su mente al fantasma de su amor imposible (desde los quince años que estaba enamorada de un hombre casado). Su voz tenía el tono de un gorrioncillo triste. Nunca había querido participar en las veladas de la filarmónica. Ahora lo iba a hacer. Se lo había prometido a Lucila. El motivo, aunque peligroso, era importante no solo para ellas, sino para todas las mujeres de Desolación.

## 6

El tren Longitudinal, como nunca, llegó solo con dos horas de retraso. En su alucinante viaje de cuatro días y cuatro noches atravesando el desierto más duro del mundo —subiendo cuestras, bajando quebradas, cruzando los delirantes espejismos azules—, a veces se atrasaba hasta catorce horas.

Pasado el mediodía, en la estación, en la plaza y en las calles baldeadas de sol de la oficina, aparte de las levas de perros callejeros, solo se veían mujeres, niños y viejos. Los hombres buenos y sanos se hallaban trabajando en las calicheras.

Trabajaban de sol a sol.

Los obreros de Desolación nunca habían hecho un paro o declarado una huelga, pese a que los hacían laborar de la mañana a la noche, no les pagaban horas extras, les descontaban desgaste de herramienta, sufrían accidentes a diario por falta de seguridad (cuando el accidente era fatal no se les pagaba indemnización a las viudas) y les robaban en peso y medida en la pulpería. Y para terminar de rematarla, su salario no se les cancelaba con dinero, sino con fichas, lo que era un infamia, pues hacía dos años se había dictado una ley que derogaba el uso de las fichas.

Tampoco salían de vacaciones. No les alcanzaba el salario para esa clase de lujos. De modo que al completar el año cobraban el importe que les correspondía por el mes de vacaciones y seguían deslomándose el espinazo el año corrido.

Una de las pocas regalías de los obreros de Desolación era que, una vez por año, se les repartía ropa de trabajo. Ahora mismo, un camión de la Compañía se hallaba atracado junto al vagón de carga del tren, mientras un grupo de obreros bajaba los grandes fardos de ropa, partida correspondiente al año que recién comenzaba. Se trababa de uniformes dados de baja en el Ejército: pantalones, casacas, capotes, quepís, gorras, botas. Todo rancio y deshilachado.

Como algunas de las prendas aún traían cosidas sus jinetas, parches, escarapelas, entorchados y estrellas, los obreros, entre echarse a llorar o largarse a reír, preferían reírse de su calamidad.

«¡Cuádrate, soldado, tengo más grados que tú!», se jorobaban unos a otros.

De modo que en las calicheras se podían ver, junto a soldados rasos de las cuatro ramas del Ejército, a sargentos, tenientes, capitanes, coroneles y hasta generales y almirantes triturando piedras bajo el sol. Algunos, los más necesitados, usaban los uniformes como ropa de parada, y los domingos se lucían con ella en la plaza o en las afueras del biógrafo.

Así y todo, pese a esas y otras injusticias laborales y sociales —por no hablar de las morales—, los obreros de Desolación nunca se habían parado, jamás se habían puesto de acuerdo para ir a una huelga. Aunque contaban con un sindicato (Lucila, la profesora, decía que era lamentable que los obreros de Desolación hicieran uso de la sede sindical solo para encerrarse a jugar cartas y beber aguardiente, o sea como un vulgar garito de tahúres), los obreros no podían reclamar mucho. Tenían miedo. La

cuadrilla de vigilantes era brava, y su jefe, un malvado. Cualquier obrero que se atreviera a reclamar era acusado de activista, anarquista o socialista, y castigado a pasar días enteros en el cepo, junto a los irredentos borrachos de la oficina.

Y la Compañía usufructuaba del miedo y seguía pagando el salario con fichas. Fichas de ebonita, de cuero, de género, de cartón; fichas que solo podían canjearse por algunos productos en la pulpería, propiedad del mismo dueño de la salitrera, quien además imponía los precios.

«Vale por una palada de carbón», decían las fichas.

«Canje por un litro de aceite».

«Seña por dos panes».

A Jordania, la sirvienta de la casa del administrador, la llegada del tren le traía recuerdos de los campos del sur, en especial el tañido de la campana de la locomotora. Su bronce siempre le pareció de un brillo sobrenatural. De las cinco era la más entusiasta en venir a la estación, el ambiente le evocaba imágenes de los bosques de su pueblo natal, de la tierra recién llovida, del olor de las hojas mojadas. Lo que más anhelaba en la vida era volver allá. Su familia se había venido cuando ella era una niña de ocho años, aquí había quedado huérfana de padre y madre. Su padre había muerto en un accidente en la calichera y su madre, que había entrado a trabajar de sirvienta en la casa del administrador, murió cuatro años después de tuberculosis. Ella, con catorce años, hija única, había tomado su puesto. La gente de la oficina tenía por seguro que el administrador la había tomado de querida. «Y con el consentimiento de su esposa», murmuraban. No de otro modo se explicaba que la mujer, una gringa con expresión bovina, que se pasaba el día bebiendo brandy y rezando el rosario, la hubiera hecho su favorita. Hasta le había otorgado libre los días miércoles, día de tren. Las demás sirvientas de la casa no gozaban ni de descanso dominical. Como ella se sabía todas las oraciones —su madre había sido una beata consumada—, cada tarde acompañaba a su patrona a la parroquia a confesarse con el anciano cura párroco. Considerada la más bella entre las amigas, Jordania era también la más introvertida. A sus veinticinco años no tenía novio. Los solteros de la oficina, pensando que era amante del administrador, no se le acercaban por miedo a una pateadura, o a perder el trabajo, como ya había ocurrido con dos o tres obreros jóvenes. Sin embargo, esto era a causa de algo que nadie de su entorno sabía, ni siquiera sus amigas: que el más machacón de sus pretendientes era Emeterio Antonio Vera Sierralta, el aborrecido jefe de los vigilantes, perro de presa del administrador, y quien se encargaba de mantener a raya a sus aspirantes a novios. Jordania confiaba en que eso también se corrigiera después de la velada del domingo.



Cuando el vigilante desmontó de su caballo y, huasca en mano, se acercó a interrogarlo, el vendedor de pájaros, con el sombrero echado al ojo y la colilla de un cigarrillo colgándole de la comisura de los labios, no mostró ninguna reverencia.

«¿Primera vez por estos lados, gancho?», preguntó el vigilante.

«Primera vez».

«¿De dónde viene?».

«Del sur, de muy al sur».

«¿Y cuánto tiempo se piensa quedar en la oficina, si se puede saber?».

El pajarero estaba acuclillado revisando las jaulas, acomodando las bañeras y los comederos y tratando de que los niños no les metieran palos. Parecía estar de suerte, no se veía ningún ave muerta.

«Vendo los bichitos y me las envelo en el próximo tren», respondió sin mirar a su interrogador.

El vigilante, golpeándose la pierna con la huasca, dijo agrio:

«Usted no será por acaso uno de esos afuerinos revoltosos, ¿no?».

El pajarero se incorporó con indolencia, tiró la colilla a la línea férrea —los rieles de acero fulguraban humeantes bajo el sol de mediodía—, se enjugó el rostro con un pañuelo arrugado que sacó del bolsillo trasero de su pantalón y miró de frente al vigilante.

«Depende de lo que usted entienda por revoltoso».

«No se me haga el cucho, ganchito. Usted sabe de qué revoltosos hablo, de esos que llegan a la pampa a revolver el gallinero, a perturbar la paz con ideas anarquistas».

«¿A perturbar la paz de los muertos, dice usted?».

Al vigilante —alto, seco, huesudo— se le ensombreció el rostro.

«Ya le dije: no se me haga el chistosito».

«Mi única idea es deshacerme de la mercancía cuanto antes y ahuecar el ala. Ya le dije. Bajé aquí solo porque necesito un doctor. Si no, ni loco».

El vigilante lo miró con bronca.

«Aquí no hay doctor».

«Ya me parecía», murmuró el vendedor de pájaros, mirando de reojo al grupo de mujeres jóvenes sentadas en el único escaño sombreado del andén.

«Deme su nombre».

«Rosalino del Valle».

Con la huasca y las riendas de su caballo overo bajo el brazo, el vigilante sacó una libreta del bolsillo de su camisa y anotó.

«¿Y sus apellidos?».

«Villacura Villacura», respondió altivo el vendedor de pájaros.

Haciendo un gesto de desprecio, el vigilante terminó de anotar, guardó la libreta y

subió a su caballo. Desde lo alto de su montura, con una mano en la carabina enfundada, le escupió la advertencia de que se fuera con cuidado, que aquí el horno no estaba para bollos.

El vendedor de pájaros, dubitativo, dijo como para sí que después de la Gran Guerra el mundo entero no estaba para bollos. Y guardó su pañuelo hecho un pelotón en el bolsillo y volvió a acuclillarse y a mirar sus jaulas.

El vigilante se marchó.

A quien la llegada del tren no causaba ninguna euforia era a Rosaura, la boletera del biógrafo. A ella, el ruido de fierros, el humo, el hollín y los gritos destemplados de los vendedores la contrariaban hasta la neurastenia. Nunca había viajado en tren, excepto cuando tenía dos años y se vino con sus padres desde Agua Santa. De aquel viaje los anaqueles de su memoria no guardaban recuerdo alguno. Como el biógrafo solo daba función día por medio —en horario vespertino y nocturno—, durante el día Rosaura ayudaba a Esther en la costura y cada miércoles acompañaba a sus amigas a la estación; aunque lo hacía solo por amistad, porque si fuera por ella se quedaría tranquila en casa hojeando el último número de la revista *Zig-Zag*, o admirando telas y cremas en la pulpería. Rosaura, que aún vivía con sus padres, era la más díscola de las cinco, la más asidua a los bailes de la filarmónica y, por lo mismo, aún no entendía bien por qué se estaba involucrando en este frangollo en que se hallaban metidas sus amigas («la velada del domingo iba a ser clave para el futuro de las mujeres de Desolación», le habían dicho sus amigas). Al contrario de Jordania, ella hablaba a borbotones y era dueña de una risa estentórea. «Una risa de color azafrán», decía Lucila, la más querida de sus amigas. Aunque de rostro un tanto desmejorado, Rosaura poseía un cuerpo exuberante (protuberante, abundante, sobreabundante, jugaban a describirlo los borrachos en las fondas cuando la veían pasar por la calle), que la hacía ser la mujer más deseada por los hombres de Desolación. Solteros y casados. Ella solo reía y mascullaba: «Pobrecitos mamarrachos».

Era febrero y en estación ferroviaria reverberaba al sol del desierto, el cielo era una incandescencia viva y ninguna brizna de viento movía las banderas rojas y verdes del guardagujas.

La atmósfera parecía vaciada de aire.

Cuando el vendedor de pájaros terminó de revisar las jaulas, hizo bocina con las manos y llamó a un hombrecito ataviado con gorra y casaca militar que, inmune al calor, cerca de la locomotora, ofrecía un carretón de mano para llevar los bultos. Era Copérnico, el tontito oficial del pueblo, que se ganaba el pan repartiendo carbón en la oficina —carbón piedra, carbón coque, carbón de fragua— y, en los días de tren, acarreando equipajes. Su destartalado carretón de madera y lata lo mantenía adornado con guirnaldas de cajetillas de cigarrillos (solo cigarrillos americanos), tapas de bebidas de todas las marcas y corchos de botellas pintados con tierra de colores.

«Deberías pararte frente al vagón de carga, pues, hombre», le aconsejó el vendedor de pájaros.

Copérnico, que tenía una edad indefinible entre los treinta y los cincuenta, lo miró con mansedumbre. No dijo nada. Solo se quitó su pringosa gorra militar y le hizo una reverencia.

Tenía cabeza de toro.

Al vendedor de pájaros le costó entender el lenguaje enrevesado de Copérnico; el hombrecito hablaba con una rapidez asombrosa. Al final logró entenderle lo esencial e hicieron trato. Rosalino del Valle quiso sellarlo con un apretón de manos. El tontito no se dio por aludido, lo que hizo fue rozar la visera de su gorra en un amago de saludo militar. El vendedor de pájaros se lo agradeció en el alma; en ese mismo instante acababa de sentir la patada de mula del fuerte olor de su cuerpo.

El hombrecito olía a chiquero.

Rodeados de una bandada de niños descachalandrados, los hombres cargaron primero el pesado baúl de madera y luego las jaulas de pájaros. Pese a su dolor de oído, que a ratos se hacía lancinante, o tal vez para olvidarlo, Rosalino del Valle, a medida que cargaba el carretón, siguió silbando su tonada campera. De pronto dejaba de silbar y ordenaba, tronante, buscando parecer fiero ante los niños que ayudaban a cargar:

«¡Las jaulas más grandes abajo y las más pequeñas arriba! ¡En pirámide! ¡Vamos! ¿Saben lo que es una pirámide?».»

...

«Parece que no. ¡Son una manga de cernícalos!», reía socarrón.

Copérnico, impávido, parecía no oírlo. Los niños, en cambio, lo miraban atónitos y reían medrosos entre ellos. En tanto, desde un costado de la estación, montado sobre su caballo bayo, el vigilante lo agüaitaba sin quitarle el ojo de encima.

De la estación del tren a las primeras casas del campamento había quinientos

metros de distancia. El camino, lleno de baches y desniveles, era una ardua huella de tierra, de una tierra finita que los pampinos llamaban «chuca».

«Parece agua en polvo», quiso bromear el vendedor de pájaros.

«Suero de muerto», farfulló Copérnico en su dialecto. O eso le entendió el vendedor de pájaros.

Mientras tiraban del carretón, el pajarero transpiraba a chorros; Copérnico, ni una gota.

A Lucila, la profesora primaria, el tren le evocaba escenas épicas, como esas fotos de la Revolución mexicana con trenes colmados hasta los techos de rebeldes con sombreros grandes, cananas terciadas y carabinas treinta treinta. La profesora se declaraba librepensadora y anticlerical. Sobre todo le tenía tirria al párroco de la oficina y jamás estuvo de acuerdo en que le hiciera clase de religión a sus alumnos. Ella había venido a la pampa desde Talca, y era la única profesora de la oficina. La escuela contaba con veintinueve alumnos. Aunque en Desolación había más niños en edad escolar, sus padres los hacían trabajar desde pequeños para ayudar a la casa. Y la Compañía los explotaba. Eso también se lo había dicho al administrador en una de las pocas veces que se acercó por el barracón que hacía de escuela. No la habían echado con viento fresco solo porque nadie quería ir a hacer clases a «esa localidad perdida en el infierno». Su predecesora, la señorita Primitiva Molina, se había ido decepcionada de la indigencia de la escuela y de la nula preocupación de la Compañía por su funcionamiento, y nadie llegó a reemplazarla en dos años. Lucila era una mujer decidida, la más levantisca entre sus amigas. Era menudita, de facciones angulosas y llevaba su pelo negro recortado en una melena casi masculina. Los hombres de Desolación la respetaban. Decían: esa mujer es una granada sin estallar. En la escuela, aparte de enseñar el abecedario, les platicaba a sus alumnos de educación cívica y humanismo. Y en los lugares públicos, como la pulpería o la filarmónica, siempre estaba sacando el tema de la emancipación de las mujeres. Los vigilantes la tenían entre ceja y ceja. Por lo mismo, esos carajos no tenían que enterarse de lo que pensaba hacer en la velada del domingo.

Desde la aparición de las oficinas salitreras, los vendedores de pájaros eran los únicos entre la variedad de comerciantes que recorría la pampa —mercachifles los llamaban con desprecio los industriales— que podían traspasar los muros de los campamentos sin problemas: su comercio no significaba competencia a las pulperías. A los demás se les correteaba con látigo y carabina.

Sin embargo, desde hacía un tiempo esa merced había caducado en algunos cantones. Esto cuando se comenzó a sospechar que uno de los pajareros que recorrían el desierto era un insurgente que llevaba y traía mensajes sindicalistas desde la capital, un agitador que propiciaba la desobediencia y predicaba la reivindicación de la causa obrera. Y la notoriedad del misterioso personaje —que se había extendido por las oficinas desde Iquique hasta Taltal— había crecido hasta convertirse en leyenda.

Decían haberlo visto repartiendo panfletos en tal oficina en donde luego los obreros habían declarado la huelga. En otras, donde hubo enfrentamientos con derramamiento de sangre, recordaban haber visto a uno de estos mercachifles días antes de que arribara la soldadesca. Incluso había rumores que venían de mucho antes: algunos sobrevivientes de la escuela Santa María aseguraban que en la marcha desde Alto de San Antonio hasta Iquique los había acompañado uno de estos vendedores de pájaros, y que en lo más arduo de la marcha los alentaba a seguir andando, a no desmayar, a no entregarle la oreja a los explotadores. Se comentaba que el hombre llegó al puerto con todos sus pájaros muertos de sed y calor. «Se le apagó la música», les decía a los niños cada vez que se le moría un avecilla. Algunos de los que estuvieron en la escuela Santa María aseguraban haber visto al pajarero insurgente caer muerto bajo la metralla de ese 21 de diciembre. Otros decían que no, que aún estaba vivo y gorjeando.

De modo que en las salitreras, como no se tenía ningún dato cierto sobre quién podría ser el anarquista de los pájaros, todo aquel que se aparecía comerciando aves —incluso patos y gallinas— comenzó a ser objeto de persecución. Los vigilantes tenían orden de interrogar a los que se aparecieran por los extramuros de las oficinas, y al que levantara sospecha detenerlo, y si oponía resistencia, dispararle sin asco. Aunque en algunos sectores no faltaban los que creían que la cosa era al revés, que el famoso mercachifle era en verdad un espía de los industriales; en esos sectores los pobres vendedores de pájaros habían quedado entre dos fuegos.

Además, corría otra clase de rumores en torno al personaje: que era un libertino irredento, un crápula que se enfiestaba cada noche en las casas de mala reputación de los pueblos y campamentos por donde pasaba; que en medio de las remoliendas se le había visto subirse a las mesas y blandir su miembro a dos manos, mientras se jactaba, con lengua traposa, de que en este tronquito, preciosuras mías, se podían parar siete de sus pájaros cantores en hilera, aunque el último casi casi resbalándose.

Y aunque se afirmaba que esta bola había sido echada a correr por los industriales para desprestigiarlo, lo que sí aseguraban a pie firme los obreros en las mesas de las fondas era que había sido ese pajarero el que desfloró a Malarrosa, la prostituta más joven del cantón de Aguas Blancas, una niña que a los doce años remató su virginidad en un prostíbulo de Yungay.

Aunque lo que salía más inquietante, sobre todo a la imaginación de las mujeres, era el comentario de crónica roja de que en cada poblado por donde pasaba, al irse desaparecía una joven de forma misteriosa, siempre la más bella de todas. A raíz de esto se llegó a pensar que no era uno sino dos los vendedores de pájaros en cuestión. Es que no se podía estar con Dios y con el diablo, decían los viejos en sus conversaciones de cantina.

«No se puede ser revolucionario y rijoso a la vez».



En Desolación, ver llegar y partir el tren una vez a la semana removía un poco la calma de lago calcinado que cubría a la oficina. Ver quién se iba y quién llegaba. Y si había suerte, como solía ocurrir de vez en cuando, ver quién se iba con quién (quién abandonaba a quién y huía con quién). Esos días eran intensos. Las habladurías duraban semanas. El caso más reciente, que había gatillado la efervescencia de las mujeres, había sido el de María Rosario: la pobrecita librertera había querido huir de su esposo y su aventura terminó en tragedia.

Como cada día de tren, las amigas se habían emperifollado temprano para ir a la estación. Aunque esta vez esperaban vivir algo especial; a ellas, igual que a todo el mundo, les atraía ver quién se iba y quién llegaba, y gustaban de contemplar las caras terrosas de los viajeros que miraban desde las ventanillas de los coches como desde un tiempo y un espacio diferente —«como que nos vieran desde otro mundo», decía medrosa la costurera—; esas mismas caras sonámbulas que apenas se apeaban y ponían pie en la losa del andén, aunque más no fuera para comprar un tecito en botella de Bilz, perdían su tono ceniciento, se transfiguraban, cobraban vida. Tal como se podía apreciar ahora mismo en el silbo del vendedor de pájaros, que, al parecer, era el único pasajero que bajaba en la oficina.

Casi siempre los mercachifles de pájaros resultaban ser unos hombrecitos pobres de espíritu, flacos hasta la concavidad y desaliñados de indumentaria; unos verdaderos espantapájaros con sus chalecos deshilachados y sus sombreros de paja mordidos. Y como si de tanto convivir con ellos hubiesen llegado a metabolizarse, tenían la voz aflautada, los ojos redondos y los tics nerviosos de sus pájaros. Este no. Este era distinto. Este, según la señorita Belinda, había adquirido la elegancia de los pájaros.

«Los pájaros, hasta cuando caminan se nota que tienen alas», dijo la pianista.

Las jóvenes estaban impresionadas con su estampa de macho cuarentón. Sobre todo Jordania, que no había dejado de mirarlo. Su sombrero negro, de paño, echado al ojo, la inquietaba sobremanera. Al acercársele el vigilante, ella se había dado cuenta de inmediato de que el pajarero era de estirpe arrogante; y a ella, que era una miedosa congénita, le gustaban los hombres así: personudos y sin miedo. Luego, al oír tronar su voz de barítono (cuando llamó a gritos a Copérnico) su impresión inicial se le hizo estremecimiento.

Las amigas trataban de esconder su turbación detrás de sus abanicos. Lo que hacían, mientras lo miraban por el rabillo del ojo —tampoco se trataba de darle aires mirándolo con descaro—, era tratar de asociarlo con los comentarios de orden moral que se hacían en torno a un vendedor de pájaros que recorría los pueblos del desierto. ¿Serían ciertas las concupiscencias que se le atribuían?

«Y si fueran ciertas, ¿qué?», sonrió Rosaura.

Jordania, que había seguido toda la escena del interrogatorio, suspiró tranquila

cuando vio irse al vigilante. Esos energúmenos se creían dioses en la oficina, sobre todo su jefe, el hombre más detestado de Desolación. Emeterio Antonio Vera Sierralta, así le gustaba que lo llamaran y así firmaba: con sus dos nombres y sus dos apellidos, como en las lápidas.

Y era tan temido que no tenía apodo.

Cuando entre vaharadas de vapor y nubes de hollín, roncando su silbato de adiós, el tren reemprendía su viaje al norte, y ya era evidente que el hombre de los pájaros era el único pasajero que se quedaba en el andén, Lucila, la profesora primaria, que ese día había insistido como nunca a sus amigas en estar a la hora en la estación, dejó de darse aire con su abanico, lo cerró en un gesto rotundo y se levantó del escaño.

Les dijo a sus amigas que esperaran un poco.

Las jóvenes la vieron separarse de ellas, la vieron acercarse a mirar de cerca la ruma de jaulas de pájaros que, en un extremo del andén, el pajarero y Copérnico, ayudados por los niños, comenzaban a cargar y a atar en el carretón de mano. Vieron que mientras observaba a las aves —con atención exagerada—, algo le decía al pajarero, sin mirarlo. Y vieron que el pajarero, dejando un nudo a medio hacer, atusándose los mostachones de alambre negro, algo le respondía, también sin mirarla. Luego se apartaron un poco de Copérnico y de los niños y conversaron un par de minutos a solas. Ambos en una actitud demasiado formal y ceremoniosa.

Al volver con sus amigas, la profesora dijo que hasta el momento las cosas marchaban bien. De maravillas. Y dijo que al parecer la velada del domingo iba a hacer historia.

«¿Usted canta?», había preguntado Lucila.

«No tan bien como mis pájaros», había respondido Rosalino del Valle, quitándose el sombrero.

Era el santo y seña acordado.

A ella solo le habían dicho que era un vendedor de pájaros que venía del sur. ¿Pero cuántos vendedores de pájaros habría en el sur? De modo que había que asegurarse. A él, en cambio, le habían dicho que su contacto era la única profesora de la oficina. De modo que venía seguro. Sin embargo, esperaba encontrarse con una señora huesuda, de lentes, o con una matrona de papada de abadesa y tetas mundiales. Nunca con una joven tan menudita y de tanto temple.

El temple de Lucila se le notaba en la fijeza de sus ojos negros.

Rechinando y dando tumbos por la calamina de la fragosa huella de tierra, el carretón de Copérnico, adornado de chirimbolos de colores y cargado de jaulas de pájaros, era como un espejismo extravagante en medio de la pampa.

Ayudando al hombrecito a empujar, tratando de ir a la par con su trotecito de burro, haciéndolo parar cada cierto trecho para acomodar las jaulas que se corrían, el pajarero sentía algo extraño en el entorno. Algo no le cuadraba a la vista. Y no era la aspereza del paisaje, ni el vértigo de esos horizontes temblorosos, ni la transparencia desquiciante del aire. Había recorrido muchas veces las salitreras y eso era lo normal en estos parajes. Solo que nunca había estado en esta parte del desierto. Esto era el mismo purgatorio ¿Habría venido hasta aquí a purgar sus culpas?

Hasta los pájaros —se fijó ahora— habían caído en un extraño silencio.

Al pensar en los pájaros lo descubrió. Eso era lo extraño: ningún jote tiznaba el azul del cielo. Recordó entonces algo que no supo si había leído o alguien se lo había dicho: que el averno era la entrada al infierno, y que la palabra averno, de raíces griegas, significaba «lugar sin pájaros».

Se estremeció.

Entrando al campamento, le pidió al carretonero que lo llevara directo al consistorio, con mercadería y todo. Le recetaron cafiaspirinas. Luego buscó alojamiento y dónde guardar las jaulas. Copérnico lo llevó a la única fonda con habitaciones para alquilar. Estaba en la última esquina del lado norte de la calle Cinco; más allá comenzaba la pampa. Le arrendaron una sola pieza para ambos menesteres y dijo que por él no había problemas.

Estaba acostumbrado a dormir con los pájaros.

La pieza, de dieciséis metros cuadrados, era de calamina y tenía piso de tierra, y su único mobiliario era un catre de fierro forjado, pintado de blanco como en los hospitales, un velador de madera bruta y un peinador sin espejo.

«Mejor que un gallinero», creyó oírle mascullar a Copérnico, mientras abría y cerraba la única ventana, de vidrios quebrados, que daba a la pampa.

Después de acomodar las jaulas y el baúl con sus enseres personales, almorzó en la misma fonda. Siempre había considerado que lo mejor de la pampa era la comida y esta vez no fue la excepción. La cazuela de vacuno rociada de cilantro, los porotos burros con chicharrones y ají de color, y el vaso de huesillos con mote, fueron mismamente la gloria. Para hacer del vientre tuvo que ir a los baños públicos instalados en la pampa: unas estrechas casetas de madera, inmundas y malolientes, con un lado para mujeres y el otro para hombres. Luego se dedicó a limpiar las jaulas y a reponer el alpiste y el agua. Debía dejar todo listo y dispuesto para salir mañana temprano a vender sus bichitos.

Por la tarde, aunque tuvo que lavarse a lo *cowboy* —por presas y a tarrazos—, lo hizo a conciencia: esa noche tenía que encontrarse con la profesora y él cuidaba

siempre de estar bien presentado ante las mujeres. El agua tuvo que ir a buscarla al grifo de la esquina. Ahí comprendió para qué era el tarro de manteca vacío, provisto de un arcial de alambre, que había en la repisa baja del peinador.

Luego de afeitarse, eligió uno de los mejores ternos que acostumbraba a llevar en cada viaje, uno de color tabaco. Después, aunque ya levitaba de ganas de tomarse una cerveza, esperó que fuera justo la hora de salida de las faenas para entrar a una cantina a refrescar el gizonte. Quería sondear el ánimo de los obreros de Desolación.

Vestidos con las desaliñadas piezas sueltas de los uniformes militares de las distintas ramas del Ejército, el espectáculo de los obreros a la hora de salida del trabajo, era grotesco: caminando desde la pampa, enterrados de pies a cabeza, con sus loncheros bajo el brazo, la masa de mineros semejaba un desastrado ejército en derrota. Algunos de esos hombres, los más viejos, habían peleado en la guerra del 79, y lucían aquellos pringosos uniformes con la dignidad de un soldado verdadero: inflando el pecho de orgullo. Lo más significativo de la escena era el hecho de que entre ellos había también obreros peruanos y bolivianos, quienes, luego de pelear contra los chilenos en aquella guerra fratricida instigada y azuzada por los ingleses, se habían quedado a trabajar en las salitreras conviviendo con total naturalidad, como si nunca hubiesen empuñado el corvo y la bayoneta unos contra otros.

Ahora laboraban juntos, bebían juntos, lloraban juntos; ahora los hermanaba la explotación, el abuso y la injusticia social.

Desolación era una oficina de cinco calles, cada calle de cuatro cuadras. Contaba con pulpería, biógrafo, filarmónica, parroquia, dispensario, un sindicato de obreros, una escuelita pública y una pequeña plaza de piedra. Como en toda oficina salitrera, había también fondas y cantinas. Lo que más había en Desolación eran fondas y cantinas. De alguna forma, había que sacudirse el hastío de esas tardes infinitas y «matar la araña de la sed», decían tiznados y patizorros.

Excepto el chalé del administrador, que era de madera noble, y contaba con piscina y cancha de tenis, y las casas de adobe de los empleados de confianza —ingeniero, contador, jefe de pulpería, fichero, pasatiempo, bodeguero, jefe de mina, jefe de máquina—, las demás edificaciones del campamento eran de calaminas viejas y palos de pino Oregón. El pino Oregón lo traían los buques salitreros como lastre.

La plaza tenía un solo árbol.

«El árbol del bien y del mal», lo llamaban.

Durante el día, a la sombra de ese árbol, un algarrobo de ramaje crispado, hacían la siesta los maestrancinos antes de entrar a sus labores. Por la noche era refugio de amantes furtivos. Y era leyenda que de una de sus ramas se había ahorcado el primer suicida de Desolación, un vigilante pelirrojo, de apellido Quezada, que había cometido el crimen imperdonable de traicionar a su jefe. Se contaba que, descubierta su traición, el mismo Emeterio Antonio Vera Sierralta le pasó la soga y le ordenó —como ordenarle ir a la parroquia a rezar un avemaría como penitencia— que se fuera descalzo hasta la plaza y se colgara de la rama más alta del algarrobo.

Era triste la oficina Desolación. Triste como su nombre. Ni siquiera tenía una banda de músicos que tocara retretas los domingos por la tarde, como se hacía en las demás salitreras. Y algo extraño: nadie había visto nunca ni sabía muy bien quién era su dueño; cuando se hablaba de él, se hablaba como de alguien que habitara en otro mundo.

El vendedor de pájaros había conocido oficinas de nombres más alegradores: Ricaventura, Prosperidad, Esmeralda, Buena Esperanza, Flor de Chile, y muchas otras con nombres de mujer, hecho ya de por sí jubiloso. Es que los industriales salitreros solían bautizar sus oficinas con los nombres de sus esposas o de sus hijas (Iris, Pepita, Aurelia, Cecilia, Palmira). Algunos, incluso, parecían haber usado nombres de amantes cabareteras, como Nena Vilena. También se homenajeaba a pueblos o países de origen: Bonasort, Eslavonia, Alemania, Algorta, Argentina.

Ponerle nombre a los pueblos debía ser tan liso como bautizar a los pájaros, pensaba Rosalino del Valle. Él había oído cada nombre. Sobre todo de canarios. Pancho Villa, por ejemplo. Cristóforo, Palito, Nabucodonosor. El año pasado nomás, un fanático del juego de pelota le había comprado un jilguero con el único propósito de bautizarlo como Olímpico, por el gol que semanas antes, un futbolista argentino, un tal Cesáreo Onzari, había marcado en lanzamiento directo desde el banderín del

córner, sin que la pelota tocara a ningún otro jugador. Era el primer gol de esa laya acaecido en la historia del fútbol.

Nadie tenía muy claro por qué a la oficina se le había llamado Desolación, ni a quién se le había ocurrido el nombre, y hasta hacía poco a nadie le gustaba la palabrita. Sin embargo, cuando la poetisa Gabriela Mistral publicó su poemario homónimo, terminaron por conformarse: el nombre de su oficina era también el título de un famoso libro de poesía. Sonaba hasta romántico. Al adquirirla, su último y misterioso dueño no se molestó en rebautizarla, al parecer de pura desidia, como tampoco se tomó la molestia de repintar las casas y los juegos infantiles, como se estilaba en la pampa.

El letrero de la estación, con letras de madera, era la única parte en donde aparecía escrito el nombre de la oficina.



«Si vas con mujer, viste como canciller», decía siempre su abuelo. Y esa noche al llegar a la escuela, Rosalino del Valle se felicitó de haber ido vestido con el mejor de sus ternos. Y es que no era una sino cinco las mujeres que lo esperaban: la profesora y cuatro amigas, las mismas que había visto en la estación. Lo que no sabía el vendedor de pájaros era que en esa reunión, una de aquellas mujeres le daría a su vida una vuelta de carnero.

Tratando de pasar inadvertido y cuidándose de los vigilantes —así le había dicho la profesora que hiciera— pasó un par de veces por el frente de la escuela antes de acercarse al portón azul que debía estar entreabierto. Lo estaba. Aunque la profesora vivía en una pequeña casa pegada al barracón que hacía de escuela, lo recibió en la única sala de clases con que contaba el establecimiento, una sala con piso de madera empetrolado en donde solo la mitad de adelante tenía pupitres; en la parte de atrás se las arreglaban con cajones de manzanas. El pequeño patio de recreo era de tierra apisonada.

Como le seguía el dolor de oído —era como un aguijón de aire helado que lo punzaba—, el vendedor de pájaros pensó en hacer lo que tenía que hacer y retirarse de inmediato. Sin embargo, estuvo conversando con las mujeres hasta altas horas de la noche. Eran bravas estas mujeres de Desolación, ¿las desoladas sería el gentilicio? Por lo menos, y por lo que estaban planeando hacer, eran más decididas que los hombres.

La profesora estaba formando un centro de mujeres librepensadoras en la oficina. El centro llevaría el nombre de Belén de Sárraga, en homenaje a la española activista de los derechos de la mujer, que tiempo atrás había andado por Chile ejerciendo su apostolado feminista. Invitada a la pampa, había recorrido varias salitreras dando conferencias y alentando a las mujeres a emanciparse y a exigir sus derechos. Su pensamiento laico y sus críticas a la Iglesia habían dejado profundas huellas entre las mujeres del país, tanto así que, luego de su partida, se fundaron varios centros con su nombre, incluido uno en Antofagasta y otro en Iquique. «La mujer debe liberarse del yugo de la Iglesia y del marido», era el lema de Belén de Sárraga.

Ahora el vendedor de pájaros traía una carta a nombre de Lucila Godoy, profesora de la escuela pública de Desolación. La extrajo con toda parsimonia del bolsillo interior de su paletó e hizo su entrega formal. «Usted tiene el mismo nombre y apellido verdaderos de Gabriela Mistral, la poetisa del Valle de Elqui», le dijo admirado el pajarero.

«Y además es profesora igual que ella».

La carta la remitía el Centro Femenino Anticlerical de la Liga de Mujeres Librepensadoras de Valparaíso, a quienes Lucila había escrito haciéndoles un par de consultas de índole jurídica y solicitando algunas sugerencias para redactar los estatutos del centro que deseaba fundar.

Luego de agradecer la ayuda desinteresada de don Rosalino del Valle, y blandiendo la carta ante las demás mujeres, Lucila dijo entusiasmada:

«¡Nos contestaron, amigas mías, nos contestaron!».

El vendedor de pájaros sacó su cajetilla de cigarrillos (la tibieza del humo parecía calmar un poco su dolor de oído). En caballeroso gesto le ofreció a cada una de las mujeres. Solo Lucila y Rosaura fumaban. Luego de encender los cigarrillos y de pedir perdón por la marca de los fósforos —Lucifer—, dio la primera bocanada y se largó a contar que él había conocido a la señora Belén de Sárraga en persona. Incluso había tenido la oportunidad de asistir a una de sus conferencias dictadas en Santiago. Las mujeres no podían creerlo. Él les recordó entonces que fue precisamente Luis Emilio Recabarren, su gran amigo, quien invitó a la feminista española a recorrer y dar charlas en las salitreras.

Claro que sí, dijo Lucila entusiasmada, don Luis había sido un gran luchador por los derechos de la mujer. Y arrugando sus cejas oscuras, hizo ver a sus amigas que fue gracias a los primeros organismos de la clase obrera creados por Luis Emilio Recabarren, como las mancomunales, por ejemplo, que comenzaron a abrirse cauces para que la mujer se incorporara a la vida política y sindical del norte. Que el líder obrero siempre buscó mejorar el nivel cultural de la mujer proletaria, alentándolas a educarse, a leer libros que no fueran los misales y a actuar en los grupos de teatro que fueron creándose en la pampa.

«A propósito», dijo Lucila mirando de frente al pajarero, «¿es verdad que usted canta?».

«Sí, soy aficionado a las arias».

La profesora lo invitó entonces a cantar en la velada que estaban organizando para el próximo domingo, en la cual se daría a conocer la formación del Centro de Mujeres Librepensadoras de la oficina Desolación. «Por eso la velada es solo para mujeres», le explicó. El vendedor de pájaros no se hizo de rogar un tris. Aceptó de inmediato.

«Tendré que ensayar voceando mis pajaritos con más ganas», dijo riendo.

La señorita Belinda lo invitó a ensayar en su casa. Ella estaría complacida de acompañarlo al piano.

Como sus amigas le pidieran que por favor no las hiciera esperar más, Lucila rasgó el sobre y, con el grave tono de autoridad que poseía y esa marcada modulación didáctica de las profesoras, se puso a leer la misiva en voz alta. Al terminar la lectura, las mujeres y el mismo pajarero tuvieron que contenerse para no romper en aplausos. La profesora terminó el encuentro exhortando a sus amigas y afirmando que con la formación del centro le estarían dando una lección de dignidad a los hombres de Desolación. De dignidad y de respeto. Ya que ellos no se atrevían a defender sus derechos ante los patrones, ellas darían el ejemplo.

Era cerca de medianoche cuando el vendedor de pájaros, argumentando un dolor de oído insoportable, se despidió de las cinco amigas. Esther, la costurera, le dio su

dirección para que al día siguiente pasara por su casa temprano. Ella lo llevaría donde doña Benigna, la partera de la oficina, para que le preparara uno de sus remedios caseros.

«Además de partera, la señora es yerbatera», aclaró Esther, sonriendo ante la expresión de don Rosalino. «Y vive a tres casas de la mía».

Al irse, el vendedor de pájaros se llevaba consigo su inexorable dolor de oído y la convicción absoluta de que había encontrado a la mujer de su vida: Jordania, la más bella de todas, la que menos habló y se llevó todo el tiempo mirándolo de reojo y jugando con su moña María. En verdad, la joven lo había hechizado desde el primer cruce de sus miradas, miradas que luego se tocaron varias veces durante la reunión, y cada vez se habían quedado friccionando un instante como las hormigas.

Los ojos asustados de la joven tenían el color dorado de los nísperos.

Aunque ya lo había visto en otras oficinas, al vendedor de pájaros lo sorprendió el denuedo con que los vecinos de Desolación, sin confesarlo, competían por quién tenía la mejor piedra de calichera empotrada a la puerta de su casa. La piedra ideal debía ser grande, lisa, geométrica, sin fisuras ni aristas filosas. Lo más cercano a un cubo o a un rectángulo. Y, detalle esencial, con posaderas lo más planas posible. Algunas casas del campamento de obreros (las casas de jefes y de empleados tenían escaños de fierro construidos en la maestranza, iguales a los de la estación del tren) lucían dos piedras, una a cada lado de la puerta. Por las tardes, a la hora del crepúsculo, las familias salían a sentarse a ver jugar a sus hijos a la ronda de San Miguel, *el que se ríe se va al cuartel*, y el que no tenía piedra sacaba sus bancas de madera bruta. Pero no era lo mismo. La piedra daba categoría. Y para tener una en la puerta se hacía cualquier sacrificio. Las piedras había que traerlas desde la pampa, y a veces se demoraban toda una noche en acarrearlas, comúnmente entre tres o cuatro hombres de los más fortachones. Si en la puerta de una casa amanecía empotrada una piedra más grande que la de la casa de al lado, la vecina en cuestión obligaba a su marido a buscar, encontrar y traer una aún más grande. En Desolación todos estaban de acuerdo en que la piedra de don Ligorio, el componedor de huesos, era la mejor del campamento. Se la habían traído desde una calichera recién abierta entre cuatro patizorros a quienes les había restablecido y devuelto a su lugar algún hueso estropeado. Era un cubo perfecto, liso, sin quebraduras, y tenía en su centro un agujero de barreno. «La piedra guardapeos», la bautizaron los niños. Y se decía que para trasladarla, ya que era pesada como el diantre, por la noche los hombres le sacaron a escondidas el carretón a Copérnico y la cargaron en él, y se lo dejaron todo desvencijado y con sus adornos hechos añicos. El pobre hombre estuvo toda una jornada claveteando y cambiando tablas y emperifollándolo de nuevo, aún con más chirimbolos de colores.

## Segunda parte

Mientras el mundo trataba de olvidar los horrores de la guerra bebiendo champaña y bailando al ritmo loco del charlestón, y en las pantallas de cine imperaban los ojos a media asta de Pola Negri, en el país, sobre todo entre los obreros del norte, aún se sentía la muerte de Luis Emilio Recabarren. El dirigente fundador del Movimiento Obrero se había suicidado en su casa en Santiago disparándose en el pecho con una pistola automática que había traído desde Alemania.

El vendedor de pájaros había sido su amigo. Lo había conocido en una salitrera del cantón de Tarapacá, cuando el dirigente recorría la pampa imprimiendo diarios, creando mancomunales, ofreciendo conferencias y dirigiendo obras de teatro popular. Como en algunas oficinas tenía prohibida la entrada y los vigilantes lo corrían a balazos, en la oscuridad de las noches sin luna el hombre se reunía a charlar con los obreros en las calicheras abandonadas.

Se habían conocido por los pájaros.

El líder obrero era fanático por los pájaros cantores, en especial de los jilgueros. Varias veces le había comprado jaulas de pájaros que luego regalaba a las familias más pobres de las oficinas. «Algo que les alegre un poquito esta vida del carajo», decía tratando de cubrir lo sentimental con el impropio. Una vez el dirigente le había propuesto, no sabía si en serio o en broma, hacerse socios en el comercio de los pájaros. Rosalino del Valle lo admiraba desde que, recién electo diputado de la República, se negó a jurar por Dios —y de rodillas como indicaba el protocolo— y simplemente no asumió el cargo. Para el pajarero eso era ser un tipo de alforjas bien puestas.

Sin embargo, el interés de Rosalino del Valle por apoyar el Movimiento Obrero venía de antes. Fue en uno de sus primeros viajes a la pampa, a finales de 1907, cuando hallándose en el pueblo de Alto de San Antonio vendiendo sus bichitos, estalló la gran huelga en la pampa y acompañó a los huelguistas en su caminata por el desierto hacia la ciudad de Iquique. Aquella madrugada en que la muchedumbre de obreros, con sus mujeres, sus niños y sus perros, emprendieron la hazañosa marcha de reivindicación por el desierto, él, de puro músico que era, echó a caminar junto a ellos con sus jaulas llenas de pájaros, los que a causa del calor y la falta de agua se le fueron muriendo uno a uno por el camino. Llegó a la escuela Santa María con apenas dos canarios vivos, ambos a punto de apagarse. Después había estado en otras huelgas y conflictos que terminaron en matanzas. La última vez había sido en la oficina San Gregorio en donde estuvo a punto de perder la vida. Los obreros habían sido despedidos en masa y exigían que les pagasen una indemnización, ya que no tenían cómo volverse a sus tierras. En vez de eso, las autoridades, inducidas por los industriales, habían mandado tropas de soldados que masacraron sin compasión a más de trecientas personas.

Rosalino del Valle había nacido en el pueblo de Santa Cruz, provincia de

Colchagua, donde aún vivía en la casa de adobe heredada de su abuelo. Era hijo natural. Su madre era una muchacha campesina de dieciséis años cuando el dueño del fundo en el que su padre era inquilino la había hecho parir. El patrón era un italiano robusto y de él heredó su porte y sus ojos verdes. Además de su corpulencia de huaso cerrero, el pajarero poseía una poderosa voz de barítono que, en el pregón de su mercadería, resonaba de esquina a esquina. «Caruso es una chalaila a mi lado», proclamaba socarrón. Cuando estaba triste se largaba a cantar arias. Su preferida era *La zíngara*, de Gaetano Donizetti.

A la edad de dieciocho años, aconsejado por su abuelo, luego de que su madre muriera pateada por un caballo, comenzó a recorrer la pampa vendiendo pájaros. Tras los primeros viajes había descubierto que el negocio podía redoblar las ganancias si en vez de cambiar las fichas con las que le pagaban —las compañías le descontaban un porcentaje en el cambio— las invertía en kilos de té de hoja, del bueno, traído por los ingleses directamente desde Ceylán. Los pampinos podían andar a manotones con los piojos, pero se daban el lujo de tomar el mejor té del mundo. De modo que desembarcaba en la pampa con un cargamento de pájaros y retornaba a su tierra con dos cajones de té de cincuenta kilos cada uno comprados en las pulperías. Por el precio de un pajarito vendido podía comprar dos kilos de té. En el sur el kilo de té lo podía vender al doble del precio en que vendía un pajarito. El negocio era un trino.

Las calles de Desolación no tenían nombre, estaban numeradas del uno al cinco. La única que había sido bautizada por la misma gente era la Corrida del Medio, compuesta por piezas individuales en donde vivían los hombres solos. Allí, en los días de supe y pago, llegaban a ejercer las prostitutas. Las casas de los obreros con familia eran unos barracones divididos en tres partes. La primera, que daba a la calle, hacía de comedor; la del medio, de dormitorio; y la tercera, de cocina, lavandería y patio. Esta última contaba con una puerta que daba a los callejones en donde se tendía la ropa y se levantaban gallineros no solo para criar gallinas y patos, sino toda clase de animales domésticos, que la gente traía del sur: cerdos, cabros, chivos.

Por la mañana del jueves, día de supe en la oficina, con varias jaulas a cuestas, Rosalino del Valle se fue directo a la casa de la costurera. Se le notaba en las bolsas de los ojos que casi no había dormido. En casa de Esther encontró también a Rosaura. Entre las dos lo llevaron donde la partera, que lo atendió en la cocina, lugar donde se atendía a las amistades en la pampa. Tras conversar unos instantes como si se conocieran de años y de admirar el plumaje y el color de los pajaritos en sus jaulas, doña Benigna le preguntó por el mal que lo aquejaba. Él le contó del viaje en el tren, de la ventana abierta en la noche y de la lanceta de aire helado que sintió en el oído. La matrona lo escuchó con una expresión beatífica. Luego, sin hacer ningún comentario, entibió en una cuchara sopera un poco de aceite de comer, empapó en ella una mota de algodón, le indicó al pajarero una banca de madera para que se sentara y le puso el algodón en el oído enfermo. Enseguida, tras rebuscar en una gran olla de fierro enlozado, llena de yerbas naturales —«Me las traen del sur», dijo—, sacó un trocito de corteza de sauce, hizo hervir agua y preparó una infusión que le dio a beber no sin antes bendecirla en silencio, solo moviendo los labios y con los ojos cerrados.

«Con esto se le va a pasar, mi caballero», dijo con toda la seguridad del mundo.

Antes de terminar de beberse la infusión, Rosalino del Valle comenzó a sentir que el dolor amainaba de manera perceptible y que un bienestar de otro mundo le rebosaba no solo el oído enfermo sino todo el cuerpo, de la cabeza a los pies. «Usted es milagrosa», le dijo asombrado, y le preguntó cuánto le debía. Ella hizo un gesto con la mano: cómo le iba a cobrar por algo tan simple. En agradecimiento, Rosalino del Valle le regaló un par de pajaritos. Que eligiera, le dijo. Entre jilgueros, alondras, zorzales, mirlos, canarios y chincoles, doña Benigna prefirió una pareja de canarios. Estos pajaritos traen buena suerte, dijo. Además avisan cuando hay amenaza de catástrofe en el aire. Son muy listos.

«¿Y cómo avisan?», preguntó Rosaura.

«Dejando de cantar, pues, hija».

Rosalino del Valle dijo que eso no estaba en sus libros, y la partera entonces le aclaró que, además, para que el caballero supiera, soñar con un canario significaba



que se iba a emprender un largo viaje.

Antes de irse, el vendedor de pájaros agradeció de nuevo a doña Benigna. Ella le regaló un atadito de yerbas para que se llevara.

Rosalino del Valle lo único que quería era ver a Jordania. Luego de despedirse de Esther y Rosaura se dirigió con sus jaulas hacia el chalé del administrador. Por ahí partiría su recorrido. No la pudo ver. Los vigilantes no le permitieron acercarse y por más que él voceó su mercadería desde lejos, a todo pulmón, ella no salió. Tendría que esperar hasta el anochecer, como le dijeron la costurera y la boletera del biógrafo.

En verdad, le había costado encontrar el tono natural para preguntarle a las mujeres por Jordania. Cuando lo hizo, ellas se largaron a reír en su cara. Es que todas habían visto, le dijeron, lo cocoroca que se puso Jordania cuando él llegó a la escuela, y de las miraditas que habían cambiado todo el tiempo que duró la reunión. Después le dijeron que la joven salía solo dos veces en el día a la calle: por la mañana, antes de las siete, a comprar el pan a la pulpería, y por la tarde, a la hora de la oración, a acompañar a la gringa a la parroquia.

«Esa gringa bebe brandy y mea agua bendita», dijo sarcástica Rosaura.

Despotricando contra los vigilantes, Rosalino del Valle se largó a recorrer las calles voceando sus pajaritos. Como era jueves («día de supe», decían los casados; «día de putas», decían los solteros), se fue hacia la Corrida del Medio. Allí fue donde más vendió esa mañana. Él sabía que las prostitutas, pese a lo bizarro de su oficio, tenían también su corazoncito y eran afectas a las flores y a los pájaros. Además algunas de estas mujeres de «moral distraída», como se referían a ellas los siúuticos en los editoriales de los diarios, eran también buenas negociantes. Ahora mismo, en la Corrida del Medio, la Azuquitar con Leche se lo había corroborado al contarle que ellas venían haciendo lo mismo que él con las fichas con que los obreros les pagaban el rato de amor: en vez de cambiarlas por dinero se iban a la pulpería y las invertían en kilos de té.

El asunto le causó mucha gracia.

Después supo que la Azuquitar con Leche, rubia, cuerpo voluptuoso y ojos de un verde concupiscente, con una lívida cicatriz atravesándole la mejilla, era famosa en la pampa por tener el récord de ocupaciones en una jornada: noventa y dos hombres en ocho horas. Y juraban los viejos en las cantinas que por la noche todavía le quedó alma para hacerlo por amor con su hombre de turno.

Al mediodía, con un calor de caldera, el pajarero entró a una de las cantinas a matar la sed que ya comenzaba a patalearle viva en la garganta. Lo hizo a la hora en que los calicheros bajaban a almorzar. Arrimado al mesón de una cantina, con su sombrero de huaso a la espalda y un vaso de cerveza en la mano, en medio de una rueda de obreros enterrados, Rosalino del Valle se puso a disertar sobre pájaros y mujeres. Decía, con autoridad de sabedor en la materia, que aunque los ornitólogos aseguraban que los pájaros cantaban solo para delimitar su territorio, o como ritual de apareamiento, él creía de manera rotunda que estaban equivocados, que los pájaros cantaban por el puro placer de cantar, nada más que por amor al arte, tal cual lo hacía

él mismo.

En el tema de las mujeres aseveraba en tono socarrón que ellas eran claramente más racionales que los hombres, sobre todo en asuntos de amores. «Un botón de muestra», decía riendo: «Mientras nosotros nos desvestimos por los pies, ellas lo hacen por la cabeza».

Después, mientras sus pajaritos trinaban a toda siringe en sus jaulas amontonadas junto al mesón, y él empinaba su vaso de cerveza a todo güergüero —¡hasta verte, Jesús mío!—, aseguraba, dogmático, que no había nada más alegre en este mundo que un vendedor de pájaros en el desierto. Más aún si se trataba del desierto de Atacama, en cuyos salitrales infames, afirmaba en tono declamativo, solo se oía el latido del silencio y el árido silbar del viento de la injusticia.

«¡Y más aún en una oficina tan mustia como esta, compadre —redondeaba perentorio—, en donde, aparte de no haber banda de música, no he visto un miserable gorrión en la plaza!».

Y aunque parecía que sus temas favoritos eran los pájaros y las mujeres, los obreros andaban contando después en las calicheras que el mercachifle macuco se las arreglaba siempre para terminar hablando de socialismo y sindicalismo, y pontificando de libertad, igualdad y fraternidad.

«El pajarero sabe más que las culebras», decían.

«Este saca agua de las piedras», reían impresionados.

Cuando el vendedor de pájaros preguntó por qué no había un orfeón en la oficina, le dijeron que la compañía se negaba a invertir en la compra de instrumentos, y menos aún en la mantención de una banda de músicos. «Esos atorrantes para lo único que sirven es para beber y andar planeando insurgencias», había dicho el gringo, según lo interpretado por el jefe de los vigilantes. Le contaron que el último que quiso formar un orfeón en la oficina fue un veterano de la guerra del 79 que tocaba el tambor. El Viejo del Tambor lo apodaban. Otros le decían el Mazamorra —esto porque ante cualquier motivo sacaba a colación el dicho: «Este cree que la mazamorra se masca»—. El anciano en verdad se llamaba Candelario Pérez, usaba un calañez recortado a piquitos y andaba para todos lados con una cantimplora siempre llena de agua. Al preguntársele el motivo decía que ya había muerto dos veces de sed. Cuando el administrador, luego de castigarlo dos días en el cepo, lo expulsó de la oficina por insistir en lo del orfeón, el viejo se fue refunfuñando que este gringo de miércoles cree que la mazamorra se masca.

Después se sabría que el Viejo del Tambor había muerto por tercera vez en la matanza de músicos que hubo en el pueblo de Pampa Unión.

Rosalino del Valle y Jordania se las ingenieron para verse solos esa misma tarde. Era una tarde alta, arrebatada de fuegos crepusculares, de esas en que uno se da cuenta con unción de que no solo habita en un planeta ideal, sino en el más bello de todos.

Camino a la parroquia con la esposa del administrador aferrada a su brazo (las copitas de brandy hacían pisar en el aire a la gringa), Jordania advirtió que un trinar de pájaros la seguía por la calle como un aroma vibrante. Llegando al atrio de la parroquia, simuló un repentino dolor de cabeza y, apretándose las sienes, le pidió a su patrona el favor de que la dejara ir al consistorio por algún remedio.

La gringa, entonada, era fácil de convencer.

Jordania y Rosalino del Valle pudieron encontrarse entonces en la parte de atrás del consistorio; tuvieron una hora y quince minutos para conversar, la hora y quince minutos que la esposa del administrador demoraba cada tarde en rezar el rosario con todos los misterios incluidos: gozosos, dolorosos y gloriosos.

La tarde apagaba sus últimas brasas en la raya del horizonte, y aunque la noche se sentía venir cálida, Jordania temblaba como una pajarita. Él la abrazó. En un momento de su conversación, entre miradas y sonrisas tímidas, descubrieron no sin asombro que ambos eran de la provincia de Colchagua, ella de Peralillo, él de Santa Cruz. Ella entonces se puso a contarle de su sueño de volver al sur, de volver en el mismo tren que la trajo a la pampa cuando niña. Él le habló de la lluvia y de la fragancia de la tierra mojada; ella, de los felices días de su infancia en el campo; él, de la soledad de su casa, una casa grande, de adobe, con corredores frescos donde dormía la luna, y había una silla de paja y maceteros y una sombra.

«Una casa demasiado grande para un hombre solo», le zureó al oído.

Conmovida y perturbada, ella le tomó las manos. Él se las estrechó animoso.

Se miraron largo rato en silencio.

A lo lejos, el rumor de motores y émbolos y poleas de las máquinas era como el ruido lejano de un tren fantasma acercándose sin llegar jamás.

Después de compartir un rato el silencio como una copa única, ella le contó que al verlo en la estación se dio cuenta de inmediato de que a «ese hombre tan campanudo» ya lo había visto antes. En sus sueños. Solo faltó, dijo riendo ruborizada, que hubiera llegado conduciendo la locomotora y tocando la campana de bronce, como había soñado todo el tiempo que vería llegar a su príncipe azul. Él la miró conturbado. Se sentía un niño que no sabía cómo comportarse ante la maravilla que significaba ver reír a una mujer. Por decir algo, le contó que su sueño de niño era que una mañana despertaba convertido en pájaro.

Rieron alegres.

En el campamento ya se habían encendido las primeras lucecitas amarillas de los postes de madera del alumbrado público, y en el cielo las estrellas comenzaban a

perfilarse profusas. Era una noche sin luna.

«Este es mi último viaje a la pampa», dijo de pronto él, como lamentándose.

A ella se le nubló el corazón de golpe.

Se quedaron mirando a los ojos como hipnotizados, cada uno adivinándose en las pupilas del otro, cada uno descifrando el pensamiento del otro, conjeturándolo, prediciéndolo, augurándolo. El acuerdo final fue tácito: pájaros de un mismo plumaje volaban juntos.

Por la mañana del día siguiente, en las filas de la pulpería, decían las mujeres más veteranas (las de pañuelo en la cabeza y papelillos de puchos pegados en las sienes) que vieran cómo al pajarero se le hacían candelillas los ojos mirando a Jordania; que se notaba a la legua que le andaba arrastrando el ala igual que un pajarito en son de cortejo nupcial.

«Miren nomás que levantarse de madrugada para venir a ponerse con sus jaulas a la puerta de la pulpería», decían maliciosas.

«Si llega a estar azul de enamorado».

Y la mosquita muerta de Jordania no lo hacía nada de mal con sus miraditas a lo Pola Negri. Si hasta había cambiado de peinado para venir hoy al pan; supongo que se fijó, comadre. Esos dos tortolitos se las traían. No fuera a ser cosa nomás, decían guiñándose unas a otras las comadres, que al señor administrador le cayera la chaucha, porque entonces mandaría a echar con viento fresco al pajarero con sus pajaritos cantores.

«No sin antes hacerle dar una buena tanda de azotes, claro».

«Eso si no ordenaba que le dieran un tiro en la nuca y ya».

«Y hasta ahí no más llegaba el idilio de esos dos».

El pajarero no se daba por aludido. Su alma era un volantín lleno de viento. Recorriendo las calles espesas de sol, voceaba sus bichitos como entonando himnos. Nunca había voceado con más fuerza y entusiasmo sus pajaritos. Nunca antes, en ninguna oficina, había conversado con más entusiasmo con la gente. ¡Si la pasión se le desbordaba como espumita por la comisura de los labios mientras hablaba! Conversaba con las mujeres sentadas al sol en la piedra empotrada a la puerta de sus casas mientras despiojaban dulcemente a sus guaguas, conversaba en las esquinas con niños a pata pelada mientras jugaban a las bolitas con bolitas de barro, conversaba con respeto y admiración con los ancianos silicosos sentados hondamente en los escaños de la pequeña plaza de piedra, y departía con obreros en ropa de trabajo, enterrados de pies a cabeza, en mesones de cantinas resonantes de música mexicana.

Mientras ofrecía sus bichitos puerta a puerta o los voceaba al viento de las esquinas, sacaba cuentas: le quedaba casi una semana para dejar un pajarito en cada domicilio. En estos seis días tenía que llenar de trinos y colores esta oficina tan triste y desapercibida. Tenía que dejarla convertida en una pajarera.

Una gran pajarera en medio del desierto.

Dice el pajarero que nosotros somos pájaros enjaulados, que la oficina es la jaula y el desierto los barrotes; una jaula hasta donde nos trajeron con engaños y falsas promesas. Y aunque cantamos todo el santo día, el dueño de la jaula no se conforma y nos rapiña el alpiste y no mantiene la limpieza y no se preocupa de nuestra salud. Una jaula que se precie, dice el pajarero, debe tener espacio suficiente para que el ave pueda extender las alas y aletear sin que las plumas golpeen contra los barrotes; la distancia entre barrotes debe tener la suficiente amplitud como para evitar el aprisionamiento del pico o de las garras. La estructura de la jaula debe ser siempre cuadrada o rectangular, nunca circular, pues en una jaula cuadrada o rectangular el ave tiene un «lado de seguridad», el más cercano a la pared. El pájaro sabe que por ahí no se le va a acercar nadie de forma inesperada. En cambio, en una jaula redonda como la nuestra —el horizonte es una redondela monda y lironda— carece de este punto de referencia y eso es causal de excitación y nerviosismo en las aves. Y, por último, dice que la jaula nunca debe situarse cerca de una fuente de frío o de calor extremo. En resumidas cuentas, según el pajarero, una buena jaula es todo lo contrario a la nuestra. Ah, y dice, además, que ya somos pájaros viejos para seguir soportando tanta ignominia.

Arrimado al mesón de una fonda, a mí me dijo que los pájaros cantores apenas viven diez o doce años, y en cambio los buitres carroñeros, que son los patrones, pueden vivir más de cien años, gordos y rebosantes.

Después de chocar los vasos y brindar por las mujeres —«La sal y el agua de esta tierra», dijo el pajarero, sin quitar la vista de las ancas de la mesera—, me embromé con que los obreros de Desolación, por dedicar tantas horas a las calicheras, de seguro dormíamos menos que un jilguero, comíamos menos que un canario y cagábamos menos que un tiuque; y que apostaba todas las jaulas que le quedaban a que en la cama, con nuestras mujeres, durábamos menos que cualquiera de esos pajaritos. Todo por culpa de desespaldarnos trabajando, dijo. Y que más encima éramos tan brutos que besábamos el azote. Eso mismito fue lo que dijo, compadre.

Al trasluz de los vasos, paisita, el vendedor de pájaros parecía un Cristo pobre cuando, en tono de predicador, me habló de la esperanza enjaulada, de la alegría enjaulada, de nuestra vida enjaulada. Que ya era hora de volar, dijo.

A mí me sermoneó con que los pájaros silvestres cantan con más ganas que los nacidos de madres cautivas. Y que no solo cantan con buen o mal tiempo, sino que en los parajes duros lo hacen aún mucho mejor. Hasta ahora mismo no sé qué diantres me habrá querido decir con eso, paisa.

Lo que es a mí, paisanito, lo que me dijo me lo dijo de frentón y sin adornos. Fue en la cancha de rayuela: mientras sus pájaros armaban una trifulca de trinos a la sombra de las cañas, me enrostró a gritos que parece que ustedes viven en el limbo, carajo, o tienen cabeza de chorlito, que acaso no sabíamos que hacía rato se había



dictado la ley que reconocía la jornada laboral de ocho horas, la ley que suprimía el trabajo infantil y la esperada Ley del Seguro Obrero. Que éramos unos muertos en vida.

Eso dijo, paisita.

Y mirarlo mientras lo decía era ver a un pájaro con las plumas erizadas.

A mí, gancho, mientras «atizaba las lámparas», como dice cuando llena los vasos, el vendedor de pájaros me dijo (después de haberle contado que soy analfabeto) que así como a los jilgueros se les arrancan los ojos para que canten mejor, a nosotros, los obreros, para que nos deslomemos con más entusiasmo triturando piedras, se nos mantiene en la ignorancia absoluta, que es como la ceguera.

Le juro, paisita, que no dormí en toda la noche pensándolo.

Ese sábado las amigas amanecieron más atareadas que nunca. Llevaban varias semanas organizando la velada que daría realce a la fundación del Centro de Mujeres Librepensadoras Belén de Sárraga de Desolación. Por intermedio de una carta dirigida a la jefatura del Departamento de Bienestar, como correspondía hacerlo, habían solicitado el local de la filarmónica, donde se llevaban a efecto los actos sociales y culturales. Y la jefatura del Departamento de Bienestar, por intermedio de una carta, se lo había cedido sin ningún inconveniente. Aunque luego se enteraron de que en primera instancia a la jefatura le causó extrañeza que el acto fuera solo para mujeres, pero al final habían llegado a la conclusión de que esta no pasaría de ser una velada como todas, ya que los números artísticos, y los nombres de los artistas impresos en el programa, no variaban mucho de las veladas de siempre.

En el programa aparecía la señorita Belinda interpretando al piano algún nocturno de Chopin; el grupo de niñas que conformaba el cuerpo de danzas de la escuela pública de Desolación, dirigido por la profesora Lucila Godoy; don Clemente Peralta, el poeta oficial de la oficina, número puesto en toda celebración patriótica o acto cívico, y el dúo musical Los Pampinos y sus guitarras españolas, compuesto por dos obreros de la maestranza. La novedad esta vez residía en la actuación de Esther. Don Clemente Peralta, encargado de confeccionar el programa, había descrito su actuación en el siguiente tenor: «La cantadora local, señorita Esther Norambuena, nos interpretará *La prisionera*, bellísima canción de un nuevo compositor mexicano que responde al fatigoso nombre de Ángel Agustín María Carlos Fausto Mariano Alfonso del Sagrado Corazón de Jesús Lara y Aguirre del Pino, quien firma sus canciones simplemente como Agustín Lara, y que se define a sí mismo como “músico autodidacta de instinto” que compone al piano por obra y gracia de Dios». Rosalino del Valle no había alcanzado a aparecer en el programa, pues este ya estaba confeccionado cuando él aceptó participar en la velada.

En cuanto a la propaganda, habían sido las propias amigas las que se habían encargado de apalabrar a las mujeres del campamento para que asistieran a la velada. La verdad, se habían llevado todo el último mes haciendo proselitismo de manera reservada. Rosaura se había encargado de las jóvenes que llegaban a comprarle entradas para el biógrafo; Esther, de las señoras que le mandaban a coser sus vestidos; la señorita Belinda, de las doncellas que estudiaban piano, y Lucila, de las madres, tías y abuelas de sus alumnos, a las que visitaba en sus casas con cualquier pretexto. La única que no pudo hacer nada al respecto era Jordania. Sin embargo, su aporte era fundamental en el grupo, por ella sabrían si se sospechaba algo en el seno de la administración.

Una de las razones que esgrimían las organizadoras para instar a las mujeres de Desolación a asistir a la velada y hacerse socias de este centro, era que de una vez por todas había que organizarse para que nunca más volviera a ocurrir lo que le ocurrió a

la tarjetera María Rosario.

María Rosario, la tarjetera *más* popular de la oficina, además de ser una de las cuatro o cinco mujeres rubias que había en Desolación —aparte de la esposa del administrador, la más rubia de todas—, fue de las primeras en hacerse la permanente. María Rosario era alegre y extrovertida, y tenía el don de la risa. En cambio, Edelberto Espinoza, su marido, no reía nunca. Era el capataz más aborrecido de las calicheras, un bribón que, por tener la confianza del jefe de pampa, no tenía empacho en propinar azotes a los obreros desde su cabalgadura, siendo que él mismo había comenzado a trabajar como *particular*. «El carbón se hace y el cabrón nace», decían los que habían llegado juntos con él en el mismo enganche, todos de ojota y chupalla. Al lograr casarse con María Rosario, después de un intenso cortejo en que se insinuó hasta romántico, Edelberto Espinoza mostró las garras: no la dejó trabajar más, le prohibió las amistades y la obligó a desarmarse la permanente. No le permitía ir a ninguna parte donde hubiera hombres, ni al biógrafo ni a la filarmónica ni a la plaza los días de retreta. Casi hasta le prohibió sonreír. Y la maltrataba a diario, de hecho y de palabra: la llamaba «mula» por «no saber» darle un hijo. Un «heredero» era lo que más deseaba en la vida el capataz. Un «hijo hombre», por supuesto.

Un día, María Rosario no soportó más: o se iba o se mataba. Y decidió irse. Solo su mejor amiga lo sabía. A ella le había pedido que le comprara el boleto de tren. Le dijo que se iba sola. En verdad se iba con un empleado de escritorio que había conocido una tarde en el consistorio en donde ambos coincidieron recibiendo cafiaspirinas, ella para un dolor en el pecho, él para un dolor de cabeza. El empleado era un hombrecito atildado que lucía corbata de pajarita y llevaba un sombrero panamá lleno de lamparones.

Ese miércoles, María Rosario ya estaba instalada en un asiento del último coche del tren cuando apareció su marido. Un cuñado de su amiga, que trabajaba bajo el mando del capataz, lo dateó. El hombre se vino de la pampa a mata caballo y alcanzó a llegar justo cuando el tren partía. El empleado de escritorio se escondió en otro vagón y María Rosario fue bajada a empujones.

Edelberto Espinoza no se conformó con zamarrearla y golpearla en público (ante la anuencia de los vigilantes habidos en la estación), sino que ahí mismo le sacó la ropa a tirones y, en medio de una comparsa de gente atónita que no hacía sino mirar y cuchichear por lo bajo, se la llevó desnuda por la huella de tierra. Ya en el campamento, antes de llevarla a la casa, mientras María Rosario no paraba de llorar, y las mujeres más piadosas le lanzaban chalequinas y rebozos para que cubriera sus vergüenzas, la hizo dar una vuelta completa alrededor de la plaza.

Poco tiempo después del incidente, una mañana de cielo nublado, la tarjetera amaneció colgada del árbol de la plaza. Tenía tres meses de embarazo.

A la señorita Belinda le había sido encomendada la misión de copiar los estatutos del centro de mujeres para repartirlos el domingo entre la concurrencia a la velada. Aparte de ser la única profesora de piano de la oficina (el otro pianista, don Alfredito, un anciano de melena blanca y delgado en extremo, solo se limitaba al oficio de sincronizar las películas en el biógrafo), la señorita Belinda tenía una letra maravillosa. Conocida era en la oficina la belleza y perfección que ostentaba en el arte caligráfico, tanto que sus amigas siempre recurrían a ella para que les escribiera sus tarjetas de saludos y postales de fantasía. Famosa por los ringorrangos era su B mayúscula.

«La B de Belinda», decía ella.

Su afición secreta era copiar versos de sus poetas predilectos en un libro en blanco, sobre todo del «autóctono y salvaje» poeta José Santos Chocano. Con ello, además de ejercitar sus trazos, rendía pleitesía al que para ella era, sin duda alguna, el más grande bardo de la lengua española. No en vano, decía a sus amigas, hasta Rubén Darío lo había elogiado. Tanto le fascinaba el famoso poeta peruano, que se había aprendido de memoria, y de continuo lo estaba recitando, el más largo y célebre de sus poemas: *Los caballos de los conquistadores*.

Atareada, copiando escrupulosamente la hoja número cuarenta y tres (las llevaba numeradas) con los siete estatutos del centro, estaba la pianista cuando aparecieron los vigilantes por su casa. Eran dos. Y no golpearon a la puerta: se asomaron con desfachatez por la ventana abierta.

«¡Aló!».

Era la hora sonámbula de la siesta. El campamento flotaba sosegadamente en una reverberación del color del agua. En las calles no se veía un alma. El mundo parecía haberse echado a dormir al calor del sol como un perro viejo.

Descalza y batiendo con languidez un abanico de motivos japoneses, la pianista mantenía abiertas de par en par las ventanas por si tenía la suerte de que entrara alguna hilacha de brisa, lo que a esas horas devenía en una ilusión absurda. El tibio vaho de lavanda, gardenia y espliego que emanaba la casa parecía adormecer los sentidos.

Los vigilantes le preguntaron —un tono de sorna envolviendo la pregunta— si por casualidad la señorita sabía algo del «señor» Copérnico. Nadie lo había visto desde el día de ayer y se pensaba que podía haber sufrido un accidente. Como ellos no se molestaron en llamar a la puerta, como harían dos caballeros educados, ella no se molestó en pararse y abrir la puerta para atenderlos, como haría una dama refinada. Desde la mesa dijo que no, que no veía al hombrecito desde la última entrega de carbón, el martes por la tarde. Mientras les respondía se dio cuenta de que los vigilantes, casi sin poner atención a sus palabras, no dejaban de observar hacia el interior con un interés que le pareció inusitado.

«¿No ha comprado pajaritos?», preguntó el más desfachatado.

Ella no contestó.

Antes de retirarse, los vigilantes le dijeron que si sabía algo del carretonero no se demorara en comunicárselos.

«Adiós, caballeros», fue todo lo que les respondió ella.

La señorita Belinda no se creyó el cuento de Copérnico. Todo el mundo sabía que el hombrecito a veces se iba por días enteros al basural a buscar cajetillas de cigarrillos extranjeros y otras zarandajas para adornar su carretón. Algo debían sospechar estos individuos, se dijo la pianista. Tendría que alertar a sus amigas. Además cayó en la cuenta de que el administrador y el jefe de los vigilantes hacía días que no se dejaban ver en el campamento. No le extrañó. Una o dos veces por mes ambos desaparecían de la oficina, Dios sabe con qué motivos. Si fueran ciertos los rumores que corrían... A la señorita Belinda le daba escalofríos de solo pensarlo.

Bebió un sorbo de la botella de agua mineral Angélica que tenía sobre la mesa — el líquido estaba fatalmente tibio— y siguió escribiendo los estatutos, dibujando con tinta china, en esquelas de papel de arroz, cada letra, cada palabra, cada signo de puntuación con los rasgos, la elegancia y la claridad de un verdadero pendolista. Tenía que apresurarse. Por la tarde debía reemplazar al enfermizo don Alfreto, el pianista oficial del biógrafo. Aunque siempre se lo estaban pidiendo, a ella no le gustaba mucho hacerlo. El oficio de sincronizadora de películas le resultaba ingrato. La gente era muy tosca. Por un corte de la película se ponían a gritar y a silbar y hasta a zapatear, armando una zafacoca de los mil demonios. Además, cuando la película era de corte romántico, ella se embelesaba de tal manera en las escenas amorosas, que se olvidaba de tocar el piano y la gente insensible volvía a silbar y a hacer griterío.

A ella le daban ganas de llorar.

A todo eso había que añadir que el piano del biógrafo estaba muy a mal traer. Ella estaba acostumbrada a tocar en el suyo, un Steinway & Sons de cola completa, herencia de su madre. No había otro igual en Desolación. Ni siquiera el administrador tenía uno igual en su chalé.

Fue por el piano que conocí al primer y único hombre en mi vida. Yo tenía veinte años; él, treinta y dos. Era un húngaro a quien el barco donde trabajaba lo había dejado en tierra y se quedó en el puerto ganándose la vida como afinador de pianos, que era el oficio de su padre en Hungría. Nos conocimos y enamoramos al instante. Él, a primera vista; yo, a primer olor: olía a madera de barco. Todo ocurrió cuando él llegó a mi casa para afinar el Steinway & Sons, en ese tiempo propiedad de mi madre viuda. Después, el húngaro decía riendo que se había enamorado primero del piano y luego de la hija de la pianista. Siempre me acuerdo de lo primero que me dijo: «Tiene usted un perfil numismático, señorita». Era su piropo predilecto. Sabiendo el significado de la palabra, pregunté: ¿un perfil qué? Un perfil para ser acuñado en monedas y medallas, redondeó sonriendo y remarcando el hoyuelo de su barbilla. Se llamaba Nandor, que en español significa Fernando, y aunque aún no dominaba el idioma, sabía embelecar el oído como un gitano. Eso de que primero se había enamorado del piano me lo dijo tiempo después y yo se lo creí a pie juntillas, pues también yo, de alguna forma, he estado enamorada de mi piano desde que era pequeña. Siempre les digo a mis amigas que mi piano es un animal vivo, casi consciente: cuando ando triste, el pobre desafina; si estoy feliz, desgrana notas como risas. Y eso lo comprendía bien el húngaro. Una pena que la peste se llevara a un hombre tan lindo. Nunca podré conformarme. El segundo hombre con quien he compartido más tiempo después de mi novio, es Copérnico (a mi padre lo perdí siendo muy niña y casi no lo recuerdo). A Copérnico, a quien más que hombre lo considero un ángel, también lo conocí a través del piano. Fue el mismo día de mi arribo a la oficina, cuando tuve que fletar su carreta para transportar el piano desde la estación a la casa, pues el camión de la Compañía, que se suponía me lo iba a trasladar, se hallaba en reparación. Debido a lo áspero de la huella de tierra, el traslado fue todo un suplicio. «Este piano es mi vida, don Copérnico», le decía angustiada a cada bandazo de la carreta. Luego me acercaba al instrumento, lo palmoteaba como a un animal manso y le decía: «Tranquilo, cariño, ya vamos a llegar». Copérnico solo me miraba, aunque parecía comprender. Es que quiero tanto a mi piano que, además de hablarle, hasta sueño con él. En el último, que se me ha venido repitiendo en estos días, veo a Copérnico descargándose el carbón junto a la cocina; luego, como hago siempre, le preparo el lavatorio para que se lave el tizne de las manos, y lo invito a tomar el té. Después del té, el hombrecito se queda mirando hacia el piano esperando mi consentimiento. Yo le sonrío y él casi corre a sentarse en el taburete a jugar con las teclas como hace siempre. Mas esta vez algo ocurre, algo insólito: tocada como por un golpe de electricidad, me doy cuenta de que Copérnico, caído en trance, en una postura de concertista profesional —incluso lo veo vestido de esmoquin; su cabeza de toro desentonando tiernamente con el traje—, ha comenzado a tocar *Claro de luna*, la Sonata para piano N° 14, de Ludwig van Beethoven, y sus



manos transfiguradas desgranar las notas de una manera magistral, inusitada, maravillosa, como yo misma nunca he podido interpretar con todos mis años de estudio. Es un bello sueño, amigas mías, créanme.

Ese sábado el sol quemaba como un soplete. Sin embargo, el vendedor de pájaros, con sus jaulas auestas, sudando como bestia, rodeado de niños y perros, recorrió el campamento como pisando sobre algodones. Estaba feliz. Su amor por Jordania estaba tomando vuelo. Un vuelo vertical y a todo aire. Nunca el tambor de su corazón había redoblado con tanto ímpetu por una mujer. Si le daban ganas de competir con sus pajaritos y, en vez de su pregón, entonar un aria a toda boca, hacer estremecer las calaminas de esas agrias calles de tierra. Además, para rematar su contentamiento, llevaba vendido más de la mitad de sus bichitos.

El pajarero había hecho cuentas: traía un cargamento de cincuenta jaulas; cada jaula contenía cinco pájaros, total: doscientos cincuenta pájaros cantores de todos los colores y plumajes. Desolación tenía cinco calles; cada calle, cuatro corridas; cada corrida, veinte casas —diez por vereda—, lo que daba ochenta casas por calle; como las calles eran cinco, daba un total de cuatrocientas casas. Esto sin contar el chalé del administrador ni las casas de sus empleados de confianza. Resultado: solo tenía que vender poco menos que un pájaro cada dos casas y se le acababa la mercadería.

Se sentía satisfecho el pajarero. Alborozado. Además de irle bien en el amor y en la venta de los pájaros, había tenido la oportunidad, cuestión importante para él, de hablar con la gente de la oficina; hablar y escuchar muchas cosas interesantes.

¡Y el domingo iba a cantar con público!

Qué más quería. Además había llenado de kilos de té uno de los dos cajones vacíos que compró en la pulpería, y la señorita Belinda había tenido la amabilidad de guardárselo en su casa, ya que la pieza de la fonda no era muy segura. Estos cajones de madera terciada, que en las demás oficinas se los regalaban, el jefe de la pulpería de Desolación se los había vendido. Y caros. Se decía que este cabrón, gordo como todos los jefes de pulpería de la pampa, no perdía oportunidad de tallarle el naipe a las mujeres de los obreros, sobre todo a las más jóvenes, y que muchos maridos se la tenían jurada.

Y como corolario a tanta suerte, se refocilaba el vendedor de pájaros, el próximo miércoles volvería a su tierra acompañado de la más hermosa de las mujeres que había conocido. Ya lo habían conversado: Jordania se iba con él al sur.

Rosalino del Valle se sentó a descansar en una piedra empotrada junto a la puerta de una casa. Dejó las ocho jaulas en el suelo —cargaba cuatro jaulas en cada mano, engarzadas en sendos palos de escoba—, encendió un cigarrillo y, mesándose los mostachos, se puso a pensar en Jordania. Su silueta joven, frágil e indefensa —«provocativamente indefensa», se dijo risueño— lo embargaba de una ternura desconocida. Sin embargo, estaba un tanto preocupado: la joven le había dicho que hoy por la noche, si podía eludir al vigilante que cuidaba el chalé, se escaparía un rato para ir a verlo a su pieza. Él no quería que los vigilantes los vieran juntos, aquello sería poner en riesgo la integridad de ella.

El vendedor de pájaros ignoraba —aunque todo el campamento estaba al tanto— que los vigilantes habían estado siguiendo sus pasos todo el tiempo, desde que se bajó del tren: sabían en qué fonda había arrendado pieza; sabían de su visita a la escuela; lo habían visto ir hasta la casa de doña Benigna a curarse un dolor de oído, y entrar a cada una de las fondas y cantinas en donde —lo sabían perfectamente también— hablaba con los obreros de pájaros y mujeres. Y, por último, sabían de sus encuentros furtivos con Jordania, en la carbonera, en la pulpería y a la vuelta de la parroquia, lugar en donde se habían visto y besado la última vez.

«¡Cómo se le va a ahumar el pescado al jefe», se le había oído decir a un vigilante en la fonda principal, «cuando llegue del río con el gringo y se entere de que un afuerino le está comiendo la color!».

De dos cosas principalmente le pedían los obreros al vendedor de pájaros que hablara en los mesones de las cantinas cuando no había sospecha de soplones a la vista: de don Luis Emilio Recabarren y de Malarrosa. Del dirigente porque, según decía él mismo, habían sido amigos por varios años, y de Malarrosa, la prostituta más joven del cantón de Aguas Blancas, porque se contaba en la pampa que había sido un vendedor de pájaros el que se quedó con su virginidad en la subasta llevada a cabo en un burdel de Yungay. Ambas preguntas él las respondía con la sencillez del que habla con la verdad, sin ambages ni vueltas de perro pillándose la cola.

«El pajarero habla como cantan sus pájaros», decían los obreros, ya medio achispados.

De Luis Emilio Recabarren decía que era de estatura pequeña pero que su torso largo lo hacía parecer alto cuando estaba sentado. Tenía la mirada firme y aguda, y un aire de pastor protestante aureolaba su gran cabeza sanguínea. Usaba camisas de tela gruesa y pantalones demasiado anchos para su talla. Y algo que a él le llamó siempre la atención, un detalle cotidiano que lo pintaba de cuerpo entero: los bolsillos de su eterno vestón oscuro se veían todo el tiempo llenos de papeles que parecían importantes. Sobrio en todos los aspectos de su vida —para vestir, para comer, para beber—, era infatigable y disciplinado en su trabajo. «Antes de ser exigente con los demás, hay que ser exigente consigo mismo», predicaba con autoridad, y lo practicaba. Y aunque el vendedor de pájaros decía que lo había conocido siendo el dirigente ya un hombre mayor, terminaba el retrato recalcando con pasión que don Luis Emilio Recabarren siempre tuvo la fe y el entusiasmo inextinguible de un joven militante.

A los cizañeros que preguntaban si era él el vendedor de pájaros que se quedó con la virginidad de Malarrosa, les respondía que sentía mucho desilusionarlos, amigos míos, pero él solo había sido un testigo de aquella famosa subasta, y que quien resultó al final el mejor postor y se quedó con Malarrosa aquella noche, fue don Uldorico.

«¿Y quién diantres es don Uldorico?», preguntaban a coro los obreros.

Don Uldorico era el fabricante de ataúdes y sepulturero del pueblo; un hombrecito de aspecto de ave carroñera, que vestía de frac y andaba siempre con su huincha de medir en la mano. «Por si se me cruza algún fiambre en el camino», decía muy serio, con su vocecita de pito y sus modales aceitosos.

Una de esas tardes, en la fonda El Jote con Leva, el pajarero preguntó intrigado quién era ese hombre que veía siempre bebiendo solo en la mesa más rinconera del salón. «Es Edelberto Espinoza, el esposo de María Rosario», le dijeron.

Y le contaron la historia.

«... Y además de quedar medio trastornado, el hombre se convirtió en un borracho bueno para nada, tanto así que llegó a perder su puesto de capataz en las calicheras. Ahora último, de pura lástima, los jefes lo contrataron de matasapos, un

trabajo que en la pampa está reservado solo para los niños y los lisiados, y que consiste en sentarse en el suelo y, con un martillito de madera, triturar terrones del salitre para luego ser ensacado y transportado al puerto».

Su castigo, terminaron contándole los parroquianos, había sido tres veces triste: se quedó sin esposa, perdió a su «heredero» y, lo peor de todo, nunca supo ni sabrá si ese hijo era suyo o era fruto del adulterio de su mujer con el suche de escritorio.

Por la tarde, antes de la función del biógrafo, Esther y Rosaura pasaron a buscar a la señorita Belinda a su casa. Esta las hizo pasar y les ofreció un té (los gestos ducales de la pianista fascinaban a la costurera). Luego se fueron juntas a ver a Lucila para contarle lo ocurrido con los vigilantes. La profesora las escuchó en silencio y dijo que no se preocuparan, que esos habían oído cantar el gallo pero no sabían dónde. De lo contrario, dijo, algo sabría Jordania. Además, ella también había tenido un encontrón parecido con el cura párroco. Se había topado con el anciano de las polleras saliendo de la pulpería con un corte de casimir inglés bajo el brazo («Ni rocha que el cabrón no lo había pagado») y la detuvo para conversar sobre las clases de religión que haría a la vuelta de las vacaciones escolares. Ella le dijo que no conversaba con vasallos del administrador. «Usted cree más en el administrador que en Dios», le dijo. Y, dejándolo con la palabra en la boca, dio media vuelta y se fue.

«Se quedó con el perigallo temblándole como a un buitres», dijo Lucila.

A propósito de buitres, Esther se acordó de su sueño en donde veía a la oficina Desolación convertida en una escombrera y aprovechó de contárselo a sus amigas. Siempre se contaban los sueños. Ella creía en los sueños y este podía ser premonitorio, dijo Esther. Que no fuera agorera, le respondió Lucila, y la abrazó. Todo iba a salir bien, que se quedara tranquila. Antes de despedirse acordaron verse por la noche en la filarmónica. Había que preparar el proscenio para la velada de mañana. Como ya faltaba menos de una hora para la función vespertina, las mujeres se encaminaron hacia el biógrafo.

A mitad de camino, Rosaura, que estaba recién pagada, pidió a sus amigas que la acompañaran a hacer algunas compras. La señorita Belinda se disculpó: ella prefería adelantarse para ensayar en el piano del biógrafo. Esther y Rosaura pasaron entonces a la pulpería. Luego de admirar joyas, oler bujetas de perfumes y acariciar sedas con fruición de sibarita, Rosaura compró un frasco de pomada Magnolia para cada una. Esther nunca había usado esa clase de pomadas «tan ricas» y se lo agradeció emocionada. Las amigas son para regalonearlas, dijo Rosaura. Después adquirió un pomo de crema de Perlas de Jazmín para llevarle de regalo a Lucila.

«Esta es la crema que usa ella», dijo.

Pese a las diferencias que había entre ambas, Rosaura sentía por Esther un afecto casi umbilical (muy distinto al que sentía por Lucila). Esther trabajaba para mantener a su familia; Rosaura, para pagarse sus caprichos. Esther se cosía su propia ropa; Rosaura vestía a la última moda. A Esther le daba vergüenza andar sola en la calle; Rosaura tenía incluso la desfachatez de fumar en público. Y lo hacía muy foronga. Más encima silbaba, cosa peor vista aún en una mujer.

A Esther le abochornaba y le daba pena pasar frente a las fondas, sobre todo a la llamada El Jote con Leva. Se acordaba de su padre. Tanto se había caído al licor el pobre en sus últimos tiempos, que sus compañeros de trabajo lo apodaron el Lázaro.

Cada fin de semana se encerraba en la fonda a beber y el lunes poco menos había que resucitarlo para que subiera a trabajar a las calicheras. Hasta que un lunes de agosto, dormido en el piso de la fonda, ni las palmadas, ni el tarrazo de agua helada pudieron despertarlo: había bebido aguardiente fabricado con alcohol industrial y murió intoxicado. Su pobre madre había caído en un estado de catatonia y desde entonces quedó como alunada, no hablaba, no miraba y parecía no oír cuando ella, desesperada, le gritaba al oído que despertara de una vez por todas, madre, por Dios. Por eso Esther no hacía caso a los hombres que se le acercaban, pues en su mayoría eran asiduos al aire de las cantinas. Y era justo por eso que le gustaba el hombre que le gustaba: porque era evangélico o algo así, y no bebía ni fumaba.

Rosaura, en cambio, no tenía ningún remilgo en pasar frente a cualquier fonda o cantina. Al contrario, le hacían gracia las cosas que le gritaban los obreros asomados a las ventanas y, para animarlos, bamboleaba con más gusto sus caderas. Pese a que las demás mujeres la miraban feo, a Rosaura le gustaba hacer ostentación de su anatomía, y gozaba viendo el efecto sísmico que causaba entre los hombres.

Hacía un par de años, un poeta laureado, de paso por la oficina, había hecho una apología de su cuerpo en un texto que fue divulgado con mucho éxito en un periódico del puerto, uno que llegaba cada semana a la oficina. El poema, de corte satírico, tenía epítetos como: «Mimosa de tetas», «estricta de cintura», «plenipotenciaria de culo» (a lo que más apuntaba la apología era a su culo), y había sido publicado el mismo día en que apareció la noticia del descubrimiento de la momia de Tutankamón en el Valle de los Reyes. Los solteros de Desolación festinaron un buen tiempo con que el culo de Rosaura había eclipsado la gloria de uno de los más grandes faraones de Egipto.

Ella solo reía. En el fondo, los hombres le importaban un reverendo comino.

A veces me sofoco en casa y me da la loca de huir, desaparecer, volar como un pájaro. Ya lo dijo el pajarero: vivir aquí es como vivir en una jaula. Una jaula dentro de otra jaula dentro de otra jaula. La casa, el campamento, la pampa. El único cambio que siento al salir a la calle es pasar de la sombra al sol, lo demás es lo mismo, en la casa, en la calle, en la pampa toda. El mismo silencio, la misma soledad, el mismo sentimiento de angustia vaciándose viscoso por el agujero de mi pecho. Cada vez que a la hora de la siesta —cuando mis hermanos no están y mi madre es una animita en su silla de mimbre— me despego de mi máquina Singer y salgo a entregar alguna costura y no hay un alma en la calle, siento como si fuera un espectro, y este el último pueblo de un mundo abandonado. El único instante en que me siento viva y humana, y mujer, es cuando paso frente a la casa donde vive él, mi amor secreto, el único motivo por el que no me he tirado a un pozo o no me he hecho volar con un tiro de dinamita, como hacen los mineros. Su casa es lo único que alegra este paisaje y, aunque es igual a las otras, cada día me parece verla por primera vez. Lo demás —la calle, el horizonte, el cielo siempre azul— se me ha grabado a perpetuidad en las pupilas. Puedo cerrar los ojos y los sigo viendo. Siempre lo mismo. Es como un sueño inmóvil, un sueño tan triste como el que de un tiempo a esta parte me viene siguiendo como una mala sombra, un sueño en donde la oficina, de un día para otro, sin previo aviso, paraliza sus faenas y la gente se tiene que ir y se va, se va con sus perros, con sus gatos, con el recuerdo de sus muertos dejados en estos cementerios que son como corrales. Entonces, Desolación se convierte en otro caserío fantasma como las decenas que ya pueblan las peladeras sulfúricas de este desierto del diantre, y se oye al viento aullar por los agujeros de puertas y ventanas como un perro de otro mundo, y yo, junto a mi madre y mis hermanos, sin tener donde ir, nos quedamos aquí, solos, como ánimas en pena, solos, sin tener con quien hablar, con quien llorar, a quien coserle ropa, porque ya no hay obreros a quienes zurcirles camisas ni hay niños a quienes remendarles mamelucos ni hay novias a quienes coserles el vestido de novia, y, luego, lo más terrible de todo, como un sueño dentro de ese mal sueño, comienzan a desarmar las casas, a dismantelarlas una a una, a vender los materiales como chatarra, a tanto el kilo de lata, el kilo de palo, el kilo de fierro oxidado, y yo y mi madre y mis hermanos nos quedamos a la intemperie en mitad de la pampa, en medio de la nada, a merced del sol, a merced del viento que comienza a azotarnos, a castigarnos con esquirlas de arena, a cubrirnos lentamente, inexorablemente, verticalmente, hasta dejarnos convertidos en dolientes figuras de salitre.



## Tercera parte

El domingo por la mañana, Desolación se notaba más luminosa, más despierta, más cascabelera. Tenía un clima diferente: las mujeres parecían caminar más erguidas, las calles se sentían menos calurosas; la tierra, menos áspera; el aire, menos ardiente. El trinar de las decenas de canarios, jilgueros, diucas, bandurrias, chincoles y mirlos resonando en las jaulas colgadas en el dintel de las puertas, en el vano de las ventanas, en las vigas de los techos, teñían el silencio de un color nuevo.

Desolación ya no parecía tanto un purgatorio.

Por lo mismo, los vigilantes andaban nerviosos. Iban con sus dientes apretados, con sus carabinas listas, con sus cinco sentidos engrifados. Ellos también captaban un cambio en la atmósfera. Su olfato de aves carroñeras algo percibían. Todo lo bueno que ocurriera en la oficina llegaba a sus narices como un olor viciado, rancio, descompuesto, como a perro muerto. Si la gente andaba jubilosa, ¿se estaría planeando un paro? Si se juntaba un grupo de hombres a conversar luego del trabajo, ¿se estará llamando a una huelga? Si en día ordinario, hombres y mujeres en la pulpería, en el biógrafo, en la filarmónica, bajo el quiosco de la plaza compartían y reían y demostraban alegría en exceso, ¿se tratará de una sublevación? Esta vez algo no conocido les llegaba en las voces de la gente, en las risas, en los gestos, algo como una vibración nueva. No sabían qué podía ser ni qué podía significar. Y andaban husmeando el aire como mastines. ¿Paro? ¿Huelga? ¿Sublevación? No. Los soplones en las calicheras no habían oído nada. Tampoco los infiltrados en la maestranza, en los cachuchos, en los ripios, lugares estratégicos de la industria. Tampoco se había percibido nada en las mesas y mesones de las cantinas. Y el pajarero ese con actitudes sospechosas que había bajado del tren, no hacía más que hablar de pájaros y mujeres. Era un libertino y un desvergonzado. Se notaba a la legua. Aunque no había que confiarse. Debían andar siempre ojo al charqui. Nunca se sabía por dónde podía saltar la liebre, decía el gringo traducido por su jefe.

«Y estos atorrantes son todos una manga de mal nacidos. Nunca están conformes con nada».

Se comentaba entre los obreros de Desolación que el jefe de los vigilantes —que hablaba inglés y hacía de intérprete del administrador— traducía a su entero antojo las palabras del gringo. Las encruelecía. Que en verdad el hombre rubio no podía ser tan mala baba. Y es que era fama entre la gente que Emeterio Antonio Vera Sierralta se metía las órdenes del gringo por la roseta del culo y terminaba haciendo lo que le daba su santa gana. Que no todos los castigos en el cepo y los azotes a los revoltosos y las expulsiones del campamento estaban en conocimiento del administrador.

Otros decían que no, que eso era puro cuento, que en Desolación no se movía una lagartija sin que lo supiera el señor administrador. «Aquí no se mata un piojo sin su consentimiento», decían. Lo cierto era que cada vez que algún grupo de obreros osaba engallarse, levantar la voz, insinuar un reclamo, el señor administrador —botas

de montar, cucalón de safari y fusta en mano— llegaba hasta las calicheras, o hasta la maestranza, o hasta donde fuera que ocurría el foco de rebelión; llegaba siempre acompañado de Emeterio Antonio Vera Sierralta y, según la gravedad del asunto, una cuadrilla de cuatro o seis vigilantes, cuya dotación general era de veinticuatro hombres bien armados y montados.

En postura de siete machos, golpeándose las botas con la fusta, mirando de soslayo —nunca miraba de frente a nadie—, el gringo les recriminaba con una vocecita atiplada y con palabras que en su idioma sonaban hasta cómicas a los oídos de los obreros, pero que traducidas por el vozarrón de Emeterio Antonio Vera Sierralta sufrían una metamorfosis espontánea y sonaban temibles. Que eran todos unos malagradecidos del diantre, les decía; que la Compañía les otorgaba casa, agua, luz eléctrica, les entregaba ropa de trabajo, les daba el té a precio de costo en la pulpería, les tenía cancha de fútbol, biógrafo y filarmónica, y aunque era cierto que no les tenía un orfeón para que tocara retretas en la plaza, les daba en cambio una regalía que no se daba en todas las oficinas: dejaba entrar al campamento y ejercer su oficio a las putas que venían del puerto, esas «señoritas de vida aireada», como decía el señor cura en sus homilías. Hasta les había confeccionado fichas para pagar sus fornicaciones.

¡Qué más querían los carajos!

En este sentido, comentaban después los obreros mientras trituraban piedras, el administrador se reconocía como un chulo cualquiera, pues a las pobres putas también les cobraban el treinta por ciento cuando iban a la ventanilla de pago a cambiar las fichas ganadas en la cama.

«Vale por una cubrición», decían estas fichas.

La palabrita había sido propuesta por el cura párroco, luego de ver lo obsceno de los otros vocablos sugeridos.

El comienzo de la velada estaba programado para las seis de la tarde. Como una excepción, pues no era día de tren, la mujer del administrador dio la tarde libre a Jordania (eso sí, por la mañana tuvo que deslomarse para dejar lista la tarea del día). La joven quería ayudar a sus amigas en la terminación del decorado del escenario de la filarmónica y demás menesteres de la velada. Su patrona, bamboleando entre el limbo alcohólico y el religioso, no puso ninguna objeción. En verdad, la gringa no se interesaba «una comino» por lo que ocurría en el campamento y le importaban «una comino» las veladas artísticas. La expresión «una comino» la había aprendido de las sirvientas de la casa, y la andaba repitiendo todo el día, por cualquier cosa.

Jordania aprovechó de mandar a avisar al pajarero que a la hora de la siesta se vieran en la casa de la señorita Belinda. El recado se lo mandó con Copérnico, que ya había aparecido sano y salvo en el campamento y con su carretón de mano remozado: las tablas rotas cambiadas, las ruedas engrasadas y sus chiches y zarandajas todos renovados. Hasta se había afeitado, cosa que el hombrecito hacía muy a lo lejos. Copérnico dormía en un gallinero que alguien le cedía de buena voluntad en uno de los callejones de la calle Cinco, y lo hacía en compañía de un chivo atado a un palo. Y era conocido el chiste inventado por los mocetones de las calicheras que decía que el que reclamaba por el mal olor era el pobre chivo.

Jordania y Rosalino del Valle llegaron casi juntos a casa de la señorita Belinda. A esas horas sus lánguidos ejercicios de piano se oían resonar en toda la corrida de casas y las notas del vals *Para Elisa* parecían aumentar la canícula ambiente. La pianista les contó que sus vecinas se quejaban, medio en serio, medio en broma, de que esas melodías de otra época que ella ejecutaba en su piano amelcochaban el calor de la siesta hasta hacerlo chorrear pegajoso por las calaminas. Ella solo reía: «No creo que sea para tanto, vecina», decía.

El vendedor de pájaros, que había salido temprano a recorrer las calles, se apareció por la casa con cuatro de sus jaulas a cuestas. La venta de bichitos iba viento en popa, dijo, respondiendo a la pregunta de Jordania. Por lo que se veía, recalcó, la gente de Desolación estaba necesitada de un poco de alegría. Luego miró de soslayo a la señorita Belinda y agregó, irónico:

«Además, al revés de las notas del piano, el trino de los pájaros refresca el aire».

Ante la presencia de la pareja en la casa, la pianista aprovechó para mostrarles la hoja con los estatutos del centro. Nadie las había visto hasta ahora. Más que una opinión del contenido, ella quería que apreciaran el trazo de la letra. Ambos quedaron maravillados de su caligrafía.

«Usted escribe con la belleza y la claridad con que cantan los pájaros», dijo Rosalino del Valle.

Ella le agradeció el elogio sonrojándose y, a propósito de canto de pájaros, le preguntó si le gustaría ensayar la canción que iba a interpretar en la velada. Ella lo

acompañaba al piano con mucho gusto.

«Siempre que no le acentuemos el calor a las vecinas», dijo el pajarero.

Cantó la canción dos veces. Las mujeres quedaron maravilladas con la tonalidad y la potencia de su voz. Después, la señorita Belinda, en un gesto exquisito de sutileza y buena voluntad, les pidió el favor de quedarse un rato en la casa mientras ella iba a la escuela. Debía entregarle las hojas con los estatutos a Lucila para distribuirlos entre las asistentes a la velada. Antes de salir —celestina delicada y perfecta—, Belinda les dijo que la perdonaran si se demoraba un poco, pues además tenía que pasar por la filarmónica a ver cómo iban los preparativos.

Rosalino del Valle y Jordania se quedaron solos en la casa. Estaban nerviosos. Era la primera vez que se hallaban en la intimidad de una habitación. La noche anterior, pese a sus esfuerzos, Jordania no pudo ir a verlo a su pieza de la fonda. Incluso le contó, sonrojándose, que en un arrebato de quinceañera malcontenta había intentado escaparse por la ventana de su dormitorio, que colindaba con la cancha de tenis de la administración, pero, como nunca, el vigilante de turno en el chalé estuvo despierto toda la noche. Alguien le había regalado un emboque y, eufórico, el hombre no paraba de jugar con el adminículo mientras hacía las rondas.

Como Jordania se negó a ocupar la alcoba de la pianista —«Sería abusar de la confianza de mi amiga», dijo—, se quedaron amándose en el sofá de cretona verde, junto al piano y a las jaulas de pájaros, que en esos momentos parecían especialmente exultantes. Tras un largo rato de besos y caricias, ella, con las mejillas ardiendo, la blusa desabotonada y el vestido arremangado a medio muslo, se disculpó con un argumento que de tan pueril pareció más un pretexto para no entregarse todavía: tanto trino y gorjeo resonando cerca de su oído, dijo, no la dejaban concentrarse.

Rosalino del Valle, acostumbrado a lidiar con mujeres difíciles, con damas taimadas, con señoras resbalosas, con hembras de todas las layas y pelajes, se sorprendió a sí mismo cuando se oyó decir, considerado y condescendiente —jamás había dicho semejante pavada a una mujer—, que no importaba, cariño, que tenemos toda la vida por delante para amarnos (era la segunda vez en los últimos días que actuaba de forma parecida; la otra había sido en la Corrida del Medio cuando la Azuquitar con Leche, que el jueves le había comprado una pareja de zorzales, le ofreció pagarle en «género» y él, pensando en Jordania, le dijo la tontera de que le perdonara el desaire, pero él no mezclaba los negocios con el placer). De modo que, sentados en el sofá de cretona verde, Rosalino del Valle y Jordania se quedaron conversando largo rato sobre sus vidas.

Ella le preguntó sobre la veracidad de los rumores que lo catalogaban como un hombre de vida desordenada, casi un forzador de mujeres. Él le dijo que esos comadreos provenían de sus años mozos, de cuando era un bohemio empedernido y hacía puras payasadas. Pero los años lo habían tranquilizado. Ella le pidió entonces que le contara de Malarrosa. El pajarero le dijo la verdad sin ambages. Le contó sobre la subasta en el burdel, y cómo la niña quería que su autor fuera él y no el

sepulturero. Y que le había pedido que le pagara con una jaula de pajaritos. Por supuesto que la *madame* se había negado de forma tajante a la petición de la niña («Los pajaritos no dan de comer ni se comen, pues, niña, por Dios», dijo escandalizada) y se la cedió al fabricante de ataúdes, quien había puesto sobre la mesa todo el dinero ahorrado en años para quedarse por esa noche con Malarrosa. Y aunque él había partido del pueblo al día siguiente temprano por la mañana, se había enterado después de que el pobre sepulturero había amanecido muerto en la cama de la niña. Se decía que de un infarto. Aunque también corrió la versión por mucho tiempo de que había muerto acuchillado, y que había sido la propia niña quien le atravesó el corazón con un abrecartas con empuñadura de carey.

Después, Jordania, sin que él se lo pidiera, le contó sobre el rumor —que él ya había oído en las cantinas— de que era amante del administrador. Ese rumor, dijo, era el culpable de que hasta ahora no se hubiera casado, pues ningún hombre se le acercaba por miedo a las represalias. Ninguno quería que le pasara lo que a un tiznado de la maestranza que se las quiso dar de Romeo y se le ocurrió enviarle una esquila de amor con el tontito del carretón cuando vio que este iba para el chalé con un encargo de la pulpería. Copérnico, al no verla a ella, se la entregó al mayordomo para que, por favor, se la hiciera llegar a la señorita Jordania, que se la mandaba fulano de tal. Al otro día, el obrero fue sacado del trabajo y llevado a los calabozos de la vigilancia, en donde primero le propinaron una tanda de azotes y luego lo pusieron en el cepo por tres días, a pan y agua. Al final, el hombre fue despedido y expulsado de Desolación sin recibir un cobre por sus días trabajados, y sin cambiarle los tres tarros de leche llenos de fichas ahorradas durante meses, fichas que fuera de la oficina solo le servían para jugar a las damas o guardarlas para sus nietos como lindas cositas de colores. Lo que ocurría, dijo Jordania, era que el administrador había echado a correr la bola de que era su amante para ocultar su condición de homosexual. Al gringo le gustaban los hombres y el jefe de los vigilantes se encargaba de escogerle obreros jóvenes de los más fornidos, de preferencia entre los que llegaban a trabajar a las calicheras. De esto nadie hablaba en la oficina, pues las paredes de calaminas tenían ojos y oídos. Incluso la esposa del gringo sabía de la «concupiscencia» de su marido y por eso se emborrachaba a diario con brandy y avemarías. Le dijo que esto no se lo había contado ni a sus amigas, nunca. Y terminó diciéndole que cada cierto tiempo, acompañado del jefe de vigilantes, el administrador se iba en su auto negro a una cabaña que se había hecho construir en el río Loa, lugar adonde llevaba a pernoctar a los muchachos reclutados.

«Ahora mismo andan por allá», dijo. «Se fueron el miércoles, y se supone que regresan hoy por la noche».

No le dijo —no le quiso decir por temor y vergüenza— que el jefe de los vigilantes la asediaba hasta la mortificación con sus requerimientos amorosos.

Mis sueños están atravesados todos por un tren, el tren del sur, el tren que me trajo de mi tierra y que algún día me llevará de vuelta a ella. El tren como el corcel de fierro de mi príncipe azul, ese hombre soñado que debería entrar a la estación capitaneando la locomotora con su gorra de visera y haciendo sonar esa campana de bronce que a mí siempre me ha parecido irreal. De ahí que cada vez que oigo tañer una campana, sea la de la escuela o la de la parroquia o la que se hace repicar en casos de incendio, mi corazón se encabrita y siento al tren corriendo a todo humo por las praderas del sur, por las líneas incólumes de mi memoria, en donde los destellos de mi infancia son como las ventanillas de ese tren mágico. Mi madre siempre me decía que alguna vez debía de volver al sur, volver a empalagarme el alma de verde, sentir la lluvia en la cara, oler el aroma de la tortilla de rescoldo, y antes de morir me hizo jurar por la Virgen del Carmen, y con los dedos en cruz, que yo no me quedaría a morir en estos parajes del infierno, en estas peladeras del diantre, en donde hasta la muerte tiene el color de la piedra. Y yo le juré que sí, madre, que no sabía cómo pero alguna vez saldría de este purgatorio. Solo era cuestión de fe y de paciencia, y de ir todos los miércoles, sin faltar ninguno, a ver llegar el tren, a esperarlo como se espera un nacimiento, como se espera un nuevo día, como se espera toda la vida la felicidad; ese tren largo y sonoro como un acordeón, con su locomotora negra, su penacho de humo, su campana brillante, ese tren que sabe el camino hacia el sur, hacia Peralillo, el pueblo de mi madre, el pueblo que, según lo describía ella, era humilde como una perdiz echada y alegre como una cambucha al viento. Yo lo recuerdo calmoso como mi madre.

A las cinco de la tarde (la hora de los funerales en la pampa), una hora antes del comienzo de la velada, y a veinticinco minutos de haber llegado a su pieza en la fonda, el vendedor de pájaros fue tomado preso por los vigilantes.

Dos motivos llevaron a detenerlo: como en la vigilancia no sabían qué pensar de este extraño cenáculo de mujeres en la filarmónica, comenzaron a temer que el pajarero aprovecharía su presentación de cancionista (solo ese día se habían enterado de que iba a cantar en la velada) para hacer algún discurso subversivo e incitar a la gente a la rebelión. El otro motivo era que el jefe de los vigilantes, que había llegado del río Loa a la hora del almuerzo —el administrador llegaría por la noche—, se enteró del naciente romance entre «ese mercachifle muerto de hambre» y Jordania.

Luego de llegar a su pieza, Rosalino del Valle había ido al grifo de la esquina a buscar agua para lavarse y darle a los pajaritos. En eso estaba, atareado en limpiar y llenar las fuentes de las jaulas, cuando llamaron a la puerta. Fueron golpes exagerados. Al abrir, un hombre de sombrero alón y la cara marcada de viruela, escoltado por otros dos armados con carabinas, entró sin pedir permiso, sin saludar, sin hablar. Según pudo darse cuenta el pajarero, por la actitud servil de los otros, se trataba del jefe de los vigilantes, el mismísimo Emeterio Antonio Vera Sierralta. (Alguien en una cantina le había dicho que en Desolación solo había dos hombres que no tenían apodo: Emeterio Antonio Vera Sierralta y Copérnico. Al jefe de los vigilantes no se le había colgado uno por el temor reverencial que inspiraba, y al tontito del carretón porque todo el mundo suponía que Copérnico era su apodo, cuando en verdad era su nombre real: Copérnico Condori Mamani, según figuraba en los registros del Departamento de Bienestar, de cuando trabajó como barrendero en las calles de la oficina).

Emeterio Antonio Vera Sierralta, sin ninguna expresividad en su rostro, se puso a escrutar la pieza de manera concienzuda, mientras sus esbirros se iban directo sobre el baúl y el catre. Aparte de esos armatostes, más el mueble peinador, todo el resto del espacio era ocupado por las jaulas de los pájaros, que no dejaban de trinar todo el tiempo, como si supieran que era domingo. Era tan miserable la habitación, que los trinos venían a ser su único ornamento.

Mientras uno de los hombres rasgaba los libros de cama y revisaba entre la estopa, el otro abría y vaciaba el baúl desparramando por el suelo, aparte de las camisas, los calzoncillos y los calcetines, los elegantes ternos —todos del mismo corte, aunque de tonos distintos— que Rosalino del Valle se ponía por las tardes al terminar su jornada, estuviera donde estuviera y así no fuera más que para ir a sentarse a una plaza desierta. Luego, los hombres se pusieron a escudriñar el piso, tanteándolo con el pie por si había tierra suelta que indicara que se había enterrado algo hacía poco. El vendedor de pájaros, que de brazos cruzados los miraba hacer impávido —no era la primera vez que le tocaba vivir una situación semejante—, les



dijo que si los caballeros le decían qué buscaban, tal vez él podría ayudarlos.

«Buscamos cantos de pájaros», dijo el jefe. Su voz tenía un tono neutro, igual a la expresión de su cara.

Rosalino del Valle entendió que no había nada más que decir. No valía la pena. Cuando terminaron de revisar, Emeterio Antonio Vera Sierralta se le plantó delante (el pajarero se dio cuenta de que era bizco) con las piernas en compás y los pulgares metidos en su cinturón remachado en cobre. A un jeme de su cara, sin parpadear, sin que se le moviera una sola cacaraña de su rostro, le dijo que tenía que acompañarlos a la vigilancia.

«Por qué», preguntó Rosalino del Valle.

«Porque yo lo digo».

«Por lo menos déjenme terminar de ponerle agua a mis bichitos».

«Ya no habrá necesidad», dijo el jefe de los vigilantes. Y a un gesto suyo, sus hombres dejaron los fusiles afirmados contra la pared y comenzaron a abrir las jaulas y a sacar a los pájaros apuñándolos de dos o de tres juntos y a tirarlos hacia fuera por la ventana, sin contemplación alguna. Rosalino del Valle los veía hacer en silencio. No sabía si reír o llorar. No sabía si el espectáculo que estaba presenciando lo entristecía o alegraba: era más de un centenar de pájaros cantores que comenzaron a salir volando hacia el cielo, extrañamente cubierto a esas horas de pequeños celajes blanquísimos. Los patizorros de todas las oficinas decían que los días nublados en la pampa, aunque refrescaban un poco el ambiente, eran de mal agüero.

Cuando terminaron de vaciar cada una de la jaulas, el pajarero fue llevado al anca de uno de los caballos a las dependencias de la vigilancia. Lo encerraron en un calabozo oscuro, sin ventanas ni claraboya. Adentro olía a cuerno quemado.

Apenas anocheció, y antes de meter presos a los primeros borrachos dominicales, lo sacaron del calabozo, lo llevaron al patio del fondo, le quitaron los zapatos y lo pusieron en el cepo.

«Más tarde vendremos a hacerte una visita», le dijo el jefe.

Antes de salir le dio un golpe con la fusta en la planta de los pies. El vendedor de pájaros aulló de dolor.

El local de la filarmónica quedaba en una esquina de la calle Tres, frente a la plaza. Era una construcción de calaminas forrada en madera, como la capilla. Tenía piso de tablas de pino Oregón, un pequeño proscenio al costado derecho y una pista de baile en donde se acomodaban las sillas cuando se presentaba una velada artística.

Aquella tarde, su salón principal, con capacidad para ciento sesenta personas, se veía repleto de público femenino. A la velada llegaron mujeres de todas las edades, clases sociales y estado civil: esposas de obreros y de empleados, solteras con hijos y sin hijos, viudas de luto reciente y aliviadas de luto, separadas por iniciativa propia o abandonadas por sus maridos. Llegaron además muchas mujeres trabajadoras, particulares y de la compañía, quienes, formando grupos aparte, resultaron ser las más cotorras e indiscretas entre la concurrencia: pulperas, libreteras, costureras, cantineras. Y entre ellas, por supuesto, aparecieron la partera y la arregladora de angelitos, cada una acompañada de sus comadres más incondicionales.

A medida que las mujeres iban llegando, las amigas, instaladas en la puerta de la filarmónica, les entregaban una hoja con los estatutos del Centro de Mujeres Librepensadoras Belén de Sárraga de la oficina Desolación. Algunas de las más beatas —las esposas de empleados eran las más beatas—, luego de leer el escrito, se paraban y se retiraban santiguándose y acomodándose sus pañoletas oscuras mientras salían. La mayor parte, sin embargo, se quedó y, felices con la iniciativa, leían la hoja con atención, se las leían unas a otras en voz alta, enfatizando los artículos más afines con su experiencia personal, y daban a conocer que apoyaban cada uno de los siete postulados que exponía el escrito.

La única amiga ausente era Rosaura. Como era domingo y había función en el biógrafo (se exhibía *El monje*, una película de la compañía cinematográfica nacional Andes Films, adaptada del poema homónimo de Pedro Antonio González), el empresario pelicularo no quiso darle permiso. Sin embargo, ella les había dicho que en cuanto cerrara la ventanilla y rindiera cuentas, se iría corriendo a la filarmónica. Y no se presentaría a la función de la noche. Ya había hallado a una persona que la reemplazara. Además, de un tiempo a esta parte llegaban muy pocos espectadores a la nocturna. Por ahí había aparecido una niña que iba a ver la película en vespertina y luego la contaba en su casa. Y decía la gente que era un espectáculo verla y oír la contándola, tanto así que muchos, en vez de ir al biógrafo, preferían ir a la casa de esta contadora de películas. Para comprobar qué tan buena era, algunos iban a ver la película y luego a escucharla a ella, y al final salían diciendo que la película contada por la niña era mucho mejor que la que habían visto en el biógrafo. Se comentaba que la niña era hija de María Magnolia, otra de las mujeres de Desolación que había dado que hablar tiempo atrás al escaparse en el tren con un empresario de circo que le prometió convertirla en su bailarina principal.

Estatutos Centro de Mujeres Librepensadoras Belén de Sárraga de la oficina Desolación:

**Artículo 1.** *Este centro se compone de mujeres que voluntariamente y solo por amor a la verdad se comprometen a no tener en lo sucesivo ninguna relación directa ni indirecta con el clericalismo y sus instituciones.*

**Artículo 2.** *Todas las mujeres que componen este centro se comprometen a propagar estos bienhechores pensamientos por medio de visitas domiciliarias a sus amigas, invitándolas a conferencias, exhortándolas a leer, estudiar y buscar la verdad.*

**Artículo 3.** *Las madres de familia que ingresen al centro educarán a sus hijos dentro del más alto sentimiento de libertad y de verdad y ajenos a todo sentimiento clerical.*

**Artículo 4.** *Las jóvenes que ingresen al centro cuidarán al formar su hogar que el compañero que elijan sea un verdadero y firme librepensador.*

**Artículo 5.** *Todas las que compongan este centro procurarán propagar el libre pensamiento y aumentar el número de sus afiliadas.*

**Artículo 6.** *Para el sostenimiento del centro y la propaganda de sus ideales, cada asociada pagará una cuota de un peso mensual.*

**Artículo 7.** *El centro efectuará a lo menos una velada mensual para divulgar y popularizar sus ideales. Igualmente tomará parte en toda clase de conferencias, comicios u otros actos instructivos.*

La velada comenzó a la hora. Lucila no se preocupó demasiado por el atraso de don Rosalino. Aunque habían acordado que el pajarero abriría la velada con la interpretación de su aria, la profesora decidió que perfectamente podría cerrarla. Eso sí, esperaba que los dos canarios que había visto revoloteando en el foyer de la filarmónica no fueran una mala señal; a alguna señora descuidada se le tenían que haber escapado de su jaula.

Don Clemente Peralta, en cambio, que en todo era tan estricto y recto como estricta y recta era la raya de su peinado, despotricaba tras bambalinas que él no soportaba a los artistas irresponsables. Y es que, además de declamar sus poesías, al anciano poeta se le había pedido que oficiara de maestro de ceremonia, y como el vendedor de pájaros no aparecía en el programa, había ensayado de memoria cómo lo iba a presentar: *Señoras y señores, ahora se presenta ante ustedes el señor Rosalino del Valle, un comerciante con vocación de artista, de visita en la oficina, que nos deleitará con la hermosísima canción La zíngara, del gran compositor italiano Gaetano Donizetti*. Incluso, solo porque a él le gustaba mucho esa canción, le tenía reservado uno de los megáfonos más nuevos y potentes.

Como el vendedor de pájaros terminó por no aparecer, y la señorita Belinda, por un percance de última hora, no se halló preparada a tiempo, se tuvo que cambiar el orden del programa y abrió la velada Esther, que por la noche no había pegado un ojo pensando en su debut. Cuando le anunciaron que debía abrir se puso más nerviosa aún, tanto que no quiso usar megáfono. «Se me va a caer de las manos», dijo. Sin embargo, su interpretación a capella de *La prisionera* sacó una fervorosa ola de aplausos y tuvo que hacer un bis. Como no había ensayado otra canción, repitió la misma; el aplauso fue tan estruendoso como el primero; su voz de pajarita triste atravesaba el corazón de los oyentes.

Enseguida, el grupo de niñas de la escuela, guiadas desde un costado del escenario por su profesora, presentaron un conjunto de danzas latinoamericanas que fue muy aplaudido por las madres y demás familiares presentes, amelcochados de orgullo y engreimiento. Luego actuó el dúo musical Los Pampinos; los jóvenes maestrancinos deleitaron a las mujeres con las melodías de moda arrancadas con virtuosismo a sus guitarras españolas. «Y eso que esta actuación, señoras y señores, es solo la segunda que hacen frente a un público tan exigente como ustedes», dijo don Clemente Peralta al terminar su actuación.

Después se anunció la actuación de la concertista y profesora de piano, señorita Belinda del Pinar. Como ocurría siempre en cada una de las veladas, su aparición, tras los aplausos de rigor, provocó un silencio respetuoso. Cuando ya estaba instalada frente al piano, lista para interpretar a Chopin con su *Nocturno Op. 37 N° 1*, un zorzal extraviado se coló en la sala y se posó a cantar sobre uno de los travesaños del proscenio. La pianista se quedó inmóvil. Tras un breve momento, ante el silencio

arrobado del auditorio, el ave terminó de gorjear y emprendió el vuelo. Entonces, sobrecogida de emoción, la señorita Belinda, se dirigió al público y dijo que aunque era imposible que un instrumento hecho por la mano del hombre superara la maravilla de esa música que acababan de oír, trataría de hacerlo lo mejor posible.

Tocó más inspirada que nunca.

La gente la premió aplaudiéndola de pie.

Como al final Rosalino del Valle no apareció por la filarmónica, don Clemente Peralta comentó tras bastidores que de seguro, como ocurría siempre con los novatos, el pobre hombre debía de estar vomitando de nervios en su habitación. Por lo tanto, él mismo cerraría la velada. Se presentó a sí mismo como poeta del pueblo y comenzó recitando tres sentidos poemas de su autoría, uno dedicado a las madres solteras, otro a los héroes de la Independencia y, el tercero, un soneto al algarrobo de la plaza («Es ley natural que los buenos hombres escriban malos versos», decía a propósito de él la profesora Lucila). Como plato de fondo, en vez de la declamación de *El organillero*, de Carlos Pezoa Véliz, como aparecía en el programa, y por lo que significaba esta velada para la reivindicación de las mujeres, leyó un texto en homenaje a los caídos en la escuela Santa María de Iquique. El texto era anónimo y había sido hallado por Copérnico en el basural de la oficina. Estaba escrito en una cartulina de color rojo con una letra de pata de gallo y múltiples faltas de ortografía. El hombrecito del carretón, que no sabía leer, se lo regaló a la señorita Belinda como una cosa bonita, pues la cartulina roja venía plegada dentro de un sobre dorado con una cinta enlacrada en forma de rosa. La pianista, luego de traspasarlo a una hoja con su florida letra impecable, se lo obsequió a don Clemente Peralta dos días antes de la velada.

«El texto lleva como título *Ofrenda de amor a los caídos en la escuela Santa María de Iquique*, y no tiene rima ni métrica, pero está escrito con sangre del corazón», dijo en tono sentido don Clemente, antes de comenzar a leerlo:

«De pie en medio del desierto, recortado contra un horizonte de sangre, vengo en dejar mi ofrenda de amor a los caídos en la escuela Santa María de Iquique.

Hombres, mujeres y niños:

Una sombrita de nube les dejo, una pelota de trapo, un corazón dibujado en la cal de las calaminas, la luna elevándose como un globo de luz sobre la torta de ripios.

Una cucharada de cocoa Raff les dejo, una naranja pelada con los dientes, un domingo de serial en el biógrafo de la oficina, una polquita tocada por el orfeón en el quiosco de una plaza.

Un día de tren les dejo, una locomotora bufando y tocando su campana de bronce, una golondrina trizando la dureza de la pampa, el succulento olor del pan en la pulpería.

Una bolita de vidrio les dejo, el silbido del viento de las cuatro de la tarde, un remolino de arena ovillando el tedio de la pampa, la rosa azul de un espejismo.

Un camioncito de lata les dejo, una banca de madera para hacer la siesta, una cita de amor detrás de la carbonera, una piedra para sentarse en camiseta a la puerta de la

casa.

Un día de pago les dejo, un matapijos temblando en el aire, una jarrada de vino con harina tostada, una cambucha confeccionada con hojas de la prensa obrera.

Una flor de papel les dejo, una corona de flores de papel, una primavera de flores de papel coloreando los cementerios olvidados del desierto.

Una ficha les dejo, una ficha que vale por una parcelita en el cielo, un cielo con campeonatos de rayuela, con vacaciones en el sur, con cantinas alegres de corridos mexicanos.

Un cielo sin huelgas, sin marchas de hambre, sin ametralladoras ni generales impávidos dando la orden de fuego en sus caballos blancos.

Todo esto dejo a mis hermanos caídos en Iquique, todo esto y una canción: *Cielito lindo*».

La profesora Lucila Godoy cerró la velada con un encendido discurso de demanda y reivindicación de los derechos de la mujer. Con voz firme, usando el megáfono de manera profesional, a propósito del artículo N° 1 descrito en el volante, empezó hablando contra la Iglesia católica y sus representantes. Dijo que los curas odiaban a muerte toda evolución en el sentido de inculcar a las masas ideas que les enseñaran a pensar y, por ende, a distinguir la verdad de la mentira; que si fuese por ellos, las mujeres tendríamos que pasar todo el día leyendo misales y vidas de santos, cuando más, libros de cocina; que en ese sentido, aseveró, el catolicismo era hermano del feudalismo y hermano también del despotismo, y que desde siempre, desde sus primeros tiempos de existencia como entidad religiosa, desde las misas en las catacumbas, la Iglesia había despreciado a la mujer de muchas maneras. Que no por nada, dijo, San Agustín y San Ambrosio habían dicho las barbaridades que dijeron: San Agustín declaró que la mujer no podía enseñar, ni juzgar ni ser testigo, y San Ambrosio aseguró, muy suelto de cuerpo —hasta lo dejó por escrito—, que la mujer era la puerta del infierno.

Enseguida exhortó a que el Centro de Mujeres Librepensadoras, además de luchar por el laicismo, iba a levantar sus armas contra la carestía de la vida, contra las injusticias laborales y contra el machismo y el alcoholismo exacerbado en los sectores populares. Dijo que era criticable —por decir lo menos— que en la oficina hubiera profusión de fondas y cantinas bien abastecidas de licores y música mexicana, y hembras de risa fácil, y que a dos pasos de distancia se alzara una parroquia con santos de tamaño natural y un Cristo de pies sangrantes al alcance de los besos y limosnas de los feligreses. Que de ese modo, jugando con el cielo y el infierno, era como se mantenía a la gente en una especie de limbo, sin tiempo ni ganas ni mente para pensar en cosas tan concretas y terrenales como los sueldos miserables, las horas de trabajo impagas y los llamados a huelga.

Cambiando de mano el megáfono y elevando el puño y la voz, sacó a colación la vida que llevaba la mujer proletaria a causa de las lacras del machismo y del alcoholismo. Que esto, dijo, ni siquiera se los tendría que decir, ya que todas las mujeres de Desolación sabían muy bien que aquí el matrimonio constituía un lujo, que la mayoría de las parejas vivían abarraganadas, y que, por lo mismo, el hombre, además de no cumplir muchas veces con su papel de proveedor, abandonaba el hogar sin motivo alguno, dejando a la mujer en el más completo desamparo, con una camada de hijos pequeños a quienes criar, alimentar y educar.

En el momento en que la profesora, embalada en su discurso, sacaba a colación la mortalidad infantil, el gran drama de la familia pampina, exhortando que por no tener un médico residente ni medicamentos en el consistorio, el cuarenta por ciento de los niños de la oficina morían a poco de nacer, y que esa era la causa de que la relación entre padres e hijo fuera cada vez más distante, ya que resultaba muy triste para los

padres encariñarse con un niño que sabían no les iba a durar mucho tiempo, justo en ese momento fue interrumpida por una madre que, con un bultito apretado en sus brazos, entró al salón llorando y llamando a gritos a su hermana Elba. Que se le acababa de morir su guagua, decía entre alaridos, mientras destapaba y mostraba el cuerpo del angelito muerto.

«¡Miren, por favor, a mi precioso bebé, mi niñito del alma, recién nomás había cumplido cinco meses de vida!», decía con expresión desencajada.

«¡Esta es la cuarta guagua que se me muere en esta tierra maldita!».

Al principio, por el momento en que la mujer apareció en la sala, las asistentes pensaron que se trataba de una puesta en escena de la velada. Sin embargo, el llanto y el dolor de la mujer eran reales, y Lucila puso fin a su discurso exclamando que eso era justo lo que ella estaba diciendo, mujeres de Desolación; contra esta clase de injusticia había que unirse y luchar juntas. Y las invitó a organizarse en ese mismo instante y partir a protestar frente a la casa del administrador.

«¡Démosle un ejemplo a los hombres!», gritó enfebrecida.



Atizadas por el discurso de Lucila, y por el cuadro desgarrador de la madre irrumpiendo en la sala con su guagua muerta, las mujeres salieron de la velada con el ánimo enardecido; las más jóvenes gritando consignas con el puño en alto y las más ancianas, veteranas algunas de la matanza de la escuela Santa María, comentando que este aire de insurrección, vecina, por Dios, les recordaba los días previos a la marcha hacia el puerto.

Una vez en la calle, las mujeres se dividieron en dos grupos: las más sensitivas y maternales, encabezadas por la arregladora de angelitos y su corte de comadronas, acompañaron a su casa a la mujer doliente para ayudar en la preparación del velatorio de su hijo; mientras el otro grupo, mucho más numeroso, conformado por las más antagónicas y revoltosas, marcharon decididas a protestar frente a la casa del administrador. Estas iban lideradas por la profesora.

Frenéticas, exacerbadas hasta la alienación, aquella noche las mujeres se sentían capaces de desafiar al mundo si fuese necesario. Del mismo modo que en una huelga en la oficina Lina, las mujeres habían tenido el valor de abofetear al administrador, ellas podrían perfectamente agarrar al gringo de su cogote colorado y retorcérselo como a una gallina.

«¿Habrà llegado del río el cabrón?», preguntaban algunas entre la trifulca.

«Ya llegó», decían otras.

«¿Alguien lo vio?».

«No, pero vieron su automóvil negro».

«¿Entonces por qué no sale el zarrapastroso?».

«Tal vez nos tenga miedo».

«¡Zanguango zarrapastroso!».

Y seguían gritando y pidiendo con más fuerza por sus reivindicaciones.

Los vigilantes, con sus carabinas en ristre, rodearon la casona y no las dejaron avanzar hasta el porche, como ellas pretendían. Tampoco disolvieron la manifestación. De modo que el grupo de mujeres protestantes tuvo que conformarse con gritar desde unos cincuenta metros de distancia. Desde ahí, sin amilanarse, se mantuvieron reclamando por varios minutos.

Que la Compañía tenía el deber moral de traer un doctor a la oficina, gritaban; que las guaguas sin atención médica se morían como moscas; que debían traer medicamentos. Después fueron añadiendo en sus consignas otras carencias sociales y laborales que se vivían en la oficina, como la indemnización a las viudas de los muertos por accidentes de trabajo; la poca higiene de los baños públicos y el trabajo infantil.

Emeterio Antonio Vera Sierralta había ordenado a sus hombres que por esta vez no dispararan ni usaran las culatas de sus carabinas; que solo se limitaran a resguardar el chalé y dejaran a esas locas gritar hasta que se desgañitaran. Total, el

gringo no estaba. Lo que habían visto las mujeres era su auto, pero en él había venido el chofer a buscar más vituallas a la pulpería —licor y cigarrillos sobre todo—, y debía volver esa misma noche a la cabaña del río.

El administrador llegaría recién mañana.

Antes de salir de la filarmónica, las amigas concordaron en que Jordania no podía acompañarlas en la protesta. Ella sería la más perjudicada de todas si los vigilantes las detenían. La señorita Belinda dijo entonces que mejor se la llevaba a su casa para que nadie la viera en el revuelo de mujeres marchando por las calles. Cuando se calmaran un poco las cosas, ella misma la acompañaría hasta el chalé de su jefe.

Se fueron tomadas de la mano por la penumbra de las calles de tierra, apenas alumbradas por la anémica lucecita de un poste en cada esquina. Caminaban arrimadas a las paredes y haciéndole el quite a las pozas de agua sucia que la gente, a falta de alcantarillado, se veía en la obligación de lanzar a la calle. Las amigas iban felices y aterradas al mismo tiempo, y sorprendidas por el derrotero que estaban tomando las cosas.

«Así comienzan las grandes revoluciones», dijo de manera teatral la señorita Belinda.

A lo lejos, apagando el ruido permanente de los motores de la planta, se oía el rebullicio de las mujeres marchando hacia el chalé del administrador.

Al llegar a la esquina de la corrida de casas donde vivía la pianista, Copérnico emergió de las sombras, sigiloso como un fantasma. Había estado esperando a «mamita Belinda», como llamaba a la pianista, durmiendo parado como los caballos, tal y cual acostumbraba a hacer siempre, en cualquier parte.

Las mujeres primero se asustaron, luego casi se echaron a reír en su cara: de verdad el tontito del carretón parecía un desastrado fantasma de opereta. Hacía poco había llegado la partida anual de ropa del Ejército para los trabajadores y, como siempre, los viejos le regalaron algunas prendas. En esta ocasión andaba luciendo una flamante gorra de almirante, una guerrera de la aviación y unos arrugados pantalones de camuflaje. Todo varias tallas más grande que la de él.

Copérnico se acercó a las mujeres haciendo reverencias y le dijo a «mamita Belinda» si tenía algo de comer. De pasadita, así como al desgaire, le contó que habían tomado preso al vendedor de pájaros. Que había sido el jefe de los vigilantes y dos más, dijo en su lenguaje «embolismático», como le llamaba la pianista.

«Yo vi cuando se lo llevaban».

La señorita Belinda le tradujo a Jordania y esta se largó a llorar como una niña. Ahora se daba cuenta, dijo, de por qué se habían visto tantos pajaritos sueltos por la tarde. Quizá qué le habrían hecho a don Rosalino.

La pianista se acordó de haber visto también unos pajaritos parados en los cables de la luz (que le parecieron las notas vivas de un pentagrama en el aire), pero no se lo dijo a su amiga para no intranquilizarla más. Tratando de apaciguar las cosas, dijo que tal vez don Copérnico se había equivocado y era otro al que se llevaron preso. Pero Jordania no dejaba de llorar y solo pensaba en lo que le podría haber pasado a Rosalino. Ella sabía lo malo que era el jefe de los vigilantes y las cosas que era capaz

de hacer.

«Ese bizco es de mente retorcida igual que su mirada», dijo.

Las mujeres entraron a la cocina y la señorita Belinda preparó una taza de agua de manzanilla para Jordania. Según doña Benigna, era lo mejor para calmar los nervios. A Copérnico, que se quedó sentado en la sala contemplando el piano con reverencia, como se contempla un altar de iglesia, le preparó un pan con queso y una taza de té con yerbabuena.

En esos instantes el grito familiar de un niño entró por la ventana como un ventarrón:

«¡Tiene pan que me venda!».

Era costumbre en la oficina que a quien le faltara pan por la noche mandara a sus niños a vocear casa por casa hasta encontrar a alguien a quien le hubieran sobrado algunos panes. A la señorita Belinda, luego de prepararle el sándwich a Copérnico, le habían quedado dos panes frenceses. Le dijo al niño que esperara y se los regaló.

Con la taza de infusión humeando en sus manos, ya un tanto más calmada, Jordania no pudo dejar de expresarle a Belinda su admiración por el estoicismo para soportar el olor estomagante que despedía el hombrecito. El aroma oleaginoso de los perfumes de su amiga palidecía ante la fetidez del carretonero.

«Es el olor a humanidad», dijo piadosa la pianista.

Y ambas se lo quedaron mirando con lástima.

«Aunque ahora no se sabe», dijo Belinda con una sonrisa maliciosa, «si es más insufrible su olor o la facha que luce con esos retazos de uniformes».

Terminada la protesta, el grueso de las mujeres se retiró a sus casas. Lucila, junto a un grupo de seguidoras, se dirigió a la casa del niño muerto para acompañar a la madre y ayudar en lo que se pudiera con las formalidades del velorio.

En el domicilio se dieron cuenta de que doña Tristina, ceremoniosa de gestos, secundada por sus comadres más cercanas, ya estaba dada a la tarea cardinal de arreglar al angelito. Acomodado en una mesa de tablas brutas, rodeado de cirios y flores de papel, contra un fondo de cielo estrellado simulado en una sábana blanca, el niño, con sus ojos abiertos y las mejillas que doña Tristina terminaba de colorear, parecía vivo. En verdad parecía estar más vivo que su propia madre. Y es que en esos momentos la mujer, con la mirada extraviada, llevando y trayendo una bandeja de madera, se esmeraba en servir roscas y sopaipillas a las acompañantes, mientras el padre, un derripiador pelirrojo, de contextura fornida y cara cuadrada, sentado en un minúsculo piso hecho de un trozo de durmiente, no hallaba qué hacer con sus manos grandes como palas. En la cocina, en tanto, atareadas como hormigas, algunas comadres preparaban engrudo, cortaban alambres, recortaban hojas, encarrujaban pétalos y confeccionaban las primeras flores y coronas de papel; todo esto sin parar de hablar de los pormenores de la velada y de comentar entusiasmadas el discurso de Lucila, admitiendo que en verdad, comadrita, algo había que hacer en Desolación por los derechos de las mujeres.

De improviso, rebozada con un chal negro, se apareció en el velatorio la señorita Belinda explicando agitadísima que solo venía a darles una noticia y se iba enseguida, pues había dejado a Jordania escondida en su casa. Cuando sus amigas y las demás mujeres se enteraron del apresamiento de Rosalino del Valle, la conmoción fue general. Inflamadas por la situación, comenzaron a despotricar en contra de la Compañía y de los vigilantes y a elucubrar qué se podría hacer por la liberación del pajarero.

Algo había qué hacer, de eso estaban ciertas.

Y mientras discutían y proponían acciones a seguir —tendría que ser mañana por la mañana, pues ahora ya era imposible hacer nada—, se largaron a contarse unas a otras, conmovidas por la situación, lo que el vendedor de pájaros les había dicho a cada una mientras le compraban sus «bichitos», como les decía él.

«En tanto me dejaba una pareja de jilgueros, a mí, que soy ama de casa, que aunque no sé nada de teatro sueño con actuar alguna vez en una velada de la filarmónica, me dijo que sí, que por qué no, doña, que el bosque sería muy aburrido si solo cantaran los pájaros que lo hacen mejor».

«A mí, que le compré un mirlo, me dijo que ya no llorara por la muerte de mi hijita querida, ocurrida hace ya tres meses a la fecha, que el cuerpo de mi niña muerta, dijo, era una jaula vacía, y que el pajarito ese que llamaban espíritu, ya volaba libre por los altos cielos de Dios».

«A mí me dijo, rima rimando, que nosotras las mujeres de Desolación deberíamos aprender de los pájaros cantores: ellos no se paran a cantar en árboles que no dan flores».

«Mire usted, comadrita, lo travieso que era el pajarero: mientras yo le pagaba un par de canarios, y le ofrecía un vaso de agua para refrescarlo, él, sentado en la piedra de la puerta de mi casa, me dijo, con respecto al tarambana de mi marido (borracho y pendenciero como ustedes ya saben), que algunas mujeres teníamos una buena jaula para un mal pájaro. Eso se lo entendí clarito».

Y de los pájaros y de los dichos nada de inocentes del pajarero, la conversación se fue encauzando cada vez por terrenos más subversivos. El mate con malicia que estaban tomando elevó los ánimos y entonces algunas de las mujeres con más años en la pampa le recordaron a las jóvenes que en la historia trágica de las salitreras siempre fue fundamental la presencia femenina. Que desde los primeros tiempos, de cuando la pampa era un erial inhabitable, un páramo donde pastaban los espejismos y las piedras estallaban bajo el sol asesino, las mujeres habían llegado ocupándose en los oficios más duros y humildes: desde empleadas, lavanderas, cocineras o cantineras, hasta prostitutas. «Y si ser prostituta en cualquier parte, amigas mías, es un asunto serio, serlo aquí, en el desierto, y en aquellos tiempos, era algo que lindaba con lo heroico». Pero al establecerse los campamentos, al calor de la lucha de los obreros, a quienes sus esposas acompañaron codo a codo en cada una de sus hazañas, las mujeres fueron desarrollando su propia conciencia y formando organizaciones que lucharon por la igualdad de condiciones.

Decían las veteranas que en la mayoría de los conflictos laborales eran ellas las que organizaban la acción directa. Asistían a las asambleas, promovían huelgas de viandas vacías y se levantaban de madrugada para apostarse en las esquinas estratégicas desde donde insultaban y apedreaban a los que no acataban los acuerdos de paro y se atrevían a salir al trabajo. Incluso en la gran huelga de 1907, recordaban algunas, la que terminó, como todas sabemos, con la matanza de la escuela Santa María, las mujeres de la oficina San Lorenzo, que fue donde prendió la huelga, les bajaban los pantalones a los hombres que no se plegaban a la marcha hacia el puerto.

Que en muchas oficinas salitreras, decían otras, ante los abusos de los jefes de pulperías, fueron las mujeres las que tomaron la justicia por su cuenta y asaltaron a mano limpia los locales para repartir los víveres entre la gente. Incluso, organizadas con los obreros, en algunas casos llegaron a tomarse la mismísima administración. Claro que al final, como ocurría siempre en la pampa, los conflictos se resolvían con la intervención del Ejército, que acudía presuroso al llamado de los señores industriales armados con fusiles, con ametralladoras y hasta con cañones de guerra, por Diosito que es cierto, comadre.

Todo esto mientras en un rincón de la pieza mortuoria, ajenas a esas discusiones incendiarias, doña Tristina mateaba con doña Benigna, cada una rodeada de sus amigas inseparables (las mejores amigas de doña Tristina eran las lloronas de

velorios; las mejores amigas de doña Benigna eran las madres que más hijos habían logrado conservar vivos). Haciendo circular el mate de mano en mano, las matronas discutían, en un diplomático tono de cabecillas en tregua, sobre la importancia de sus respectivos oficios y la eficacia de los remedios caseros prescritos y preparados por sus propias manos. Ambas eran expertas en sahumeros, ventosas, cataplasmas y, además, toda clase de sortilegios, cábalas y hechicerías.

De la benignidad de doña Benigna podía dar fe cada uno de los habitantes de la oficina, en donde ya tenía a su haber treinta y ocho ahijados. La partera acudía a atender a las mujeres en sus casas a la hora que fuera del día que fuere, sin quejarse del frío o del calor ni hacerse esperar un minuto. Las asistía con manteos y agua caliente. Sus instrumentos quirúrgicos eran dos cucharas soperas, una botella vacía, un par de tijeras bendecidas y un rollo de pita de saco harinero. Si la guagua venía ladeada, la enderezaba con las cucharas; si a la parturienta le quedaban retazos de placenta en el vientre, la hacía soplar la botella hasta expulsar el último goterón; y con las tijeras bendecidas, nunca con otro artilugio, cortaba el cordón umbilical (decía que cortarlo con cuchillo o con navaja traía malas consecuencias para el recién alumbrado). Al final le amarraba la vida con un trozo de la pita de saco harinero.

Doña Tristina, la arregladora de angelitos, también era considerada casi una santa. La matrona hacía milagros con los angelitos muertos. Les moldeaba sus caritas como si fueran de cera hasta dejarles dibujada una leve sonrisa en los labios yertos. Luego les ponía polvos y colorete en las mejillas, los peinaba pulcramente y, dependiendo de la edad, o los tendía rodeados de flores sobre una mesa o los sentaba en una sillita de paja acomodada sobre cualquier mueble que sirviera de altar. Nadie sabía su secreto para dejarles los ojos abiertos y brillantes. Si parecían vivos. Tan vivos que daba la impresión de que en cualquier instante los angelitos se iban a largar a reír o a llorar. Después les confeccionaba un par de alitas con papel plateado, les juntaba las manos en posición de rezo y les sujetaba un clavel azul si era niño, o una rosa blanca si era niña. La muralla de fondo la cubría con una sábana adornada de estrellas, lunas y soles, toda esa astrología recortada en papel celofán.

«Usted los trae a este valle de lágrimas y yo los encamino al cielo, de donde vinieron», decía doña Tristina a doña Benigna.

Ambas matronas no cobraban un peso por su trabajo. Lo que pueda y cuando pueda nomás, doña, decían. «Ahora lo que importa es el recién nacido», decía doña Benigna. «Ahora lo que importa es el angelito», decía doña Tristina.

Aunque se proclamaban amigas, las mujeres se llevaban la vida rivalizando por demostrar cada una que sus filtros, sus bebedizos y recetas de remedios caseros eran los más efectivos; doña Tristina decía, por ejemplo, que lo mejor para sanar las verrugas era restregarlas con una lagartija viva y luego colgar al bicho de una viga del techo hasta que muriera; a medida que la lagartija se fuera secando, las verrugas iban desapareciendo. Doña Benigna aseguraba que su remedio era mucho más simple y efectivo: había que untar las verrugas cada mañana, en ayuno, con un poco de la propia saliva, y antes de una semana desaparecían como por encanto. Doña Tristina decía que a los niños había que colgarles un colmillo de perro al cuello para que le salieran pronto los dientes. Doña Benigna decía que a los niños no había que dejarlos que jugaran a meterse dentro de los remolinos porque se les revolvía el pensamiento



y se volvían porrones en la escuela, y hasta podían enloquecer.

La gente de Desolación creía en ambas matronas, y en don Ligorio, el componedor de huesos, como en la Santísima Trinidad.

Algunas de las mujeres presentes en el velorio, recordando el discurso de la velada, le pidieron a la profesora que por favor les hablara un poco de esa mujer española, Belén de Sárraga.

Belén de Sárraga, dijo Lucila, había pasado por Chile hacía doce o trece años, invitada por el diario *La Razón*. Sus conferencias en Santiago habían sido motivo de gran escándalo entre los sectores clericales; incluso, en una de ellas un grupo de católicos de los más fanáticos llegaron a golpear a los seguidores de la oradora. Los curas decían que la conferencista era una simple estafadora, una farsante, una divorciada sin hogar y sin hijos. Una impía. Además de otras ridiculeces como que era vieja, que era fea, que era insípida. Aunque el colmo del descaro, dijo Lucila, el remate de una campaña inmunda llevada a cabo por la prensa católica, fue que llegaron a la indecencia de calificarla de prostituta. Sin embargo, y pese a todo, nada mellaba el espíritu libre de Belén de Sárraga, quien luego fue invitada por el dirigente don Luis Emilio Recabarren a venir a dar charlas en el norte, en donde recorrió varias oficinas salitreras conversando con las mujeres pampinas, recalcándoles su pensamiento laico.

Una de las veteranas del ruedo, que oía a Lucila con atención, la interrumpió para decir que ella había visto a la española en Negreiros. Contó que en el pueblo, para recibirla, se colgaron guirnaldas de calle a calle y se instalaron floridos arcos de triunfo similares a los que recibieron al ejército triunfador de la Guerra del Pacífico. La conferencia se realizó en el salón de actos del diario *El Despertar*, en donde no cabía un alfiler. Había sido tal la efervescencia causada por la visita de Belén de Sárraga, tal el amor y el entusiasmo que sus palabras despertaron aquella vez entre la gente de Negreiros, que al finalizar la velada una gran columna de manifestantes, precedida por la estudiantina entonando *La Marsellesa*, acompañó al carruaje de la conferencista por las calles del pueblo, y, en un instante, entre gritos de viva, papel picado y serpentinas de colores, exaltados de entusiasmo, los hombres desataron los caballos y arrastraron ellos mismos el carruaje, a viva fuerza, hasta las puertas del hotel. «Eso yo lo vi con mis dos ojitos», dijo la veterana ante la conmoción de las demás. «Llevaban el pesado carruaje casi en andas».

Otra de las mujeres terció para decir que sí, que todo eso era tan cierto como que ella se llamaba Natalia; que se acordaba muy bien de haber leído lo ocurrido con Belén de Sárraga en Negreiros; que los diarios de la época consignaron el recibimiento ofrecido a la española comparándolo solo con el que se le había hecho a Sarah Bernhardt, cuando visitó Chile durante el gobierno del presidente Balmaceda.

Que después de su paso por el norte, continuó hablando Lucila, comenzaron a formarse por todas partes organizaciones de mujeres que llevaban su nombre. Y estos centros feministas, igual como se pensaba hacer aquí en Desolación, no solo daban charlas iluminando a la mujer sobre que no era ni debía sentirse inferior al hombre,

sino que se preocupaban además de alfabetizar, prestar libros y hacer veladas culturales. A lo largo del país habían puesto en escena varias obras de teatro popular en donde actuaron mujeres como Teresa Flores, Aída Osorio, Ilia Gaete y otras.

«Sostenía Belén de Sárraga», terminó diciendo la profesora, «que la mujer ignorante es la mejor aliada de los curas, y es usada por ellos en la confesión para conseguir votos y apoyo para los conservadores. Mientras que la mujer que piensa y lee es considerada por la Iglesia poco menos que una prostituta. Para qué hablar de las intelectuales que escriben, pues estas aún tienen que usar seudónimos masculinos para publicar; y pobres de ellas si rompen de alguna forma con la hipocresía ambiente, porque son condenadas de inmediato y sin consideración al fuego del infierno».

Y recordando algo que siempre sacaba a colación la española en sus conferencias, les dijo que en el Concilio de Nicea se había decidido por votación si las mujeres tenían o no alma, y que solo por dos votos se había resuelto que el sexo femenino tenía alma.

«Hubiera bastado», decía Belén de Sárraga, «que a esos dos votantes un resfrío les hubiera impedido llegar a tiempo a la votación, para que las mujeres nos hubiéramos quedado sin alma».

Poco antes de medianoche, una patrulla de vigilantes, comandada por el propio Emeterio Antonio Vera Sierralta, se presentó en la casa del velatorio. Buscaban a la profesora Lucila Godoy. Que saliera voluntariamente o entrarían a sacarla a la fuerza.

Entre las quejas y reclamos de las matronas más decididas, que al momento pusiéronse a gritar que esto era una falta de respeto con el velorio y un atropello a la dignidad de la mujer, y el súbito llanto inconsolable en que rompió la madre del angelito muerto, y el ingenuo intento del padre, que quiso hacerse respetar como dueño de casa y fue reducido de un culatazo en el pecho, Lucila se abrió paso hasta la puerta y, con voz firme, preguntó por qué la buscaban.

«Por revoltosa y metebulla», dijo en su tonito impasible el jefe de los vigilantes.

En el momento en que Lucila iba a atravesar la puerta para salir, Rosaura, sosteniendo en la mano una rosa de papel a medio florecer, se adelantó y dijo que si se llevaban a su amiga tenían que llevársela también a ella.

«Soy su lugarteniente», dijo socarrona.

Se las llevaron a las dos.

Esther, que en esos instantes se hallaba encarrujando pétalos en papel de seda en una mesa de la cocina, se percató de lo que ocurría y quiso incorporarse para ir a solidarizar con sus amigas y entregarse también a los vigilantes, pero alguien la tomó de los hombros con suavidad y la volvió a sentar en la banca.

«Es mejor que no», oyó que le dijo una mujer de mirada dulce y largos cabellos blancos. «Usted tiene hermanos menores y una madre que cuidar».

Las dependencias de la vigilancia, construidas todas de calaminas, tenían tres calabozos, dos con piso de madera y otro de tierra, y un patio descubierto en donde se hallaban instalados los dos cepos. A Lucila y Rosaura las encerraron juntas en el calabozo del fondo, el del piso de tierra. Los otros dos estaban llenos de borrachos durmiendo a la buena de Dios. Cuando Lucila le preguntó al jefe de los vigilantes si podía ver a Rosalino del Valle, este ni siquiera le contestó.

La profesora tenía temor de que al pajarero lo tuvieran castigado en uno de los cepos. Rosaura no había visto nunca un cepo y Lucila le dijo que se trataba de un instrumento perverso hecho de dos maderos gruesos unidos en el medio por unos agujeros redondos, en los cuales, juntando los maderos, se aseguraban la garganta y las piernas de la persona castigada.

«Es una maquinaria siniestra», dijo Rosaura.

«Sobre todo cuando se pone al castigado de cara al sol», subrayó Lucila.

Luego del interrogatorio llevado a cabo por Emeterio Antonio Vera Sierralta, en donde las mujeres dijeron solo lo que tenían que decir —ellas habían organizado una velada para mujeres en la cual, entre otros temas, se habló de la malignidad de la Iglesia y del perverso machismo de los hombres—, el jefe de los vigilantes se retiró a dormir a su casa. Mañana vería qué hacía con ese parcito de hembras subversivas.

Sobre todo con la marimacha de la profesora, que, como ya sabía todo el mundo, era una agitadora consumada. Antes de irse reunió al cuerpo entero de vigilantes citado ante la emergencia y les dejó algunas órdenes precisas de lo que debían hacer esa noche en el campamento. A los seis que dejó de guardia en la vigilancia les dijo que ellos sabían de sobra lo que había que hacer con un cabrón como el vendedor de pájaros.

«Cumplida la misión —les dijo a todos—, tienen permiso para requisar licores en las cantinas e irse de putas».

Unas horas después, uno de los vigilantes de guardia entró al calabozo donde se hallaban encerradas las mujeres. Iba borracho. Por lo visto, los hombres se habían adelantado al permiso de su jefe en lo de requisar licores. El vigilante, uno de los más viejos de la cuadrilla, rechoncho, de rasgos orientales y sin los dientes delanteros, entró desabrochándose el marrueco y farfullando que ahora iban a saber estas hembritas del carajo quién llevaba los pantalones en esta puta oficina. Las mujeres, abrazadas en la semioscuridad de un rincón, se tomaron de la mano y se pusieron de pie al unísono. Cuando el hombre se les acercó, Lucila, en un gesto súbito y provocador —y perturbador a la vez—, rodeó con sus brazos a Rosaura y comenzó a besarla en la boca.

El vigilante quedó alelado.

«Si quieres hacernos algo», dijo la profesora con voz firme, «vas a tener que matarnos a las dos, porque las dos te vamos a enfrentar».

Y siguió abrazando y besando a su amiga, quien también la abrazaba y besaba con entusiasmo.

El hombre abría y cerraba la boca sin creer lo que veía. Bamboleante, retrocedió unos pasos, se detuvo, y las volvió a mirar (ellas seguían besándose). Estaba como fascinado. Al final, haciéndose más el borracho de lo que estaba, salió del calabozo insultando y pateando las calaminas, y mientras desde afuera enganchaba y cerraba el candado de la puerta haciendo sonar las cadenas con rabia, seguía insultando y diciendo que ellos ya sospechaban que la potona y la profesora eran tortilleras.

«Los padres de la potona están afuera», dijo al final. «Por huevona no voy a dejar que los vea».

Mucho más tarde, las amigas escucharon ruido de cascos de caballos en el patio y una voz que preguntaba: ¿para dónde me llevan? Por su tono inconfundible se dieron cuenta de que se trataba del vendedor de pájaros. Al parecer, lo estaban sacando del recinto.

«Si se lo llevan entre gallos y medianoche no puede ser para nada bueno», dijo Lucila.

Y ambas se pusieron a golpear las calaminas y a gritar que sabían que se estaban llevando a don Rosalino del Valle; que si le pasaba algo, ellas iban a atestiguar en contra de la vigilancia.

«¡Dejen dormir, carajo!», contestaron algunos borrachos de los calabozos

contiguos.

Yo nunca jugué con muñecas. Aunque cada Navidad mis padres me compraban dos o tres a la vez —aún conservo una colección de muñecas de trapo, de baquelita, de loza—, lo que hacía era jugar a las bolitas, elevar volantines y correr el aro a pata pelada por la pampa. O me iba con mis amigos varones a recorrer las calicheras viejas a fumar a escondidas, a matar lagartijas a pedradas y a perseguir remolinos de arena. Yo soñaba con tener una pajarilla como la que ostentaban mis amigos y poder mear contra el viento como lo hacían ellos. Pero lo que más tenía era potó. Al principio tuve que trenzarme a combos varias veces, pues todos querían tocármelo. Hasta que un día, cansada de sus manoseos, saqué un viejo revólver que mi padre guardaba en una maleta (era como los que usaban los vaqueros en las películas del Oeste) y lo llevé bajo mis ropas y al primer agarrón lo saqué y asusté tanto a los palomillas que nunca más me molestaron. Recuerdo que entonces me pusieron de apodo «Rosaura la pistolera». Luego, de grande, cuando comencé a trabajar en la boletería del biógrafo, soñaba despierta con ser una actriz de cine, como la Gloria Swanson. Y coleccionaba trozos de películas con sus escenas, y me robaba los fotogramas de las carteleras en donde aparecía, y andaba todo el día batiendo las pestañas como la actriz. Y al parecer no lo hacía mal, pues me daba cuenta de cómo los hombres babeaban en la calle mirándome, y me parecía muy cómico ver cómo algunos se humillaban por una palabra mía, por una mirada mía, hasta por una bofetada mía. Y yo sin sentir nada. Absolutamente nada. Entonces llegó Lucila a la oficina y todo cambió. Conocerla fue como conocer el fragmento, la rebanada, la parte de mí que me faltaba. Con ella a mi lado me sentía completa. Comencé a ver el mundo de otra manera. Comencé a sentir distinto. Descubrí por qué no me atraían los hombres, por qué su machismo exacerbado me sacaba de quicio. Conocerla a ella me hizo saber quién era yo y qué quería. Y mis sueños cinematográficos comenzaron a cambiar. Ahora, cuando sueño actuando de heroína en películas románticas, mi papel siempre es de amiga de Lucila, o enemiga de Lucila, o hermana de Lucila. Siempre en el reparto está Lucila. Y cuando en la película del sueño aparece algún hombre interpretando el papel de galán, siempre tiene la cara de Lucila, la sonrisa de Lucila, los ojos clarividentes de Lucila. Ella ha pasado a ser mi sueño fílmico. Mi película soñada.

## Cuarta parte



El lunes, la oficina Desolación amaneció enmudecida de pájaros. De la misma forma en que cada cierto tiempo, amparados por la oscuridad, los vigilantes salían a matar perros callejeros, esa noche un piquete había salido a matar pájaros. Solo que ahora no habían usado trozos de carne con vidrio molido, como hacían con los quiltros; ahora lo hicieron con la fuerza brutal de sus propias manos.

La orden de su jefe había sido clara: matarlos, no echarlos a volar como habían hecho con los del pajarero. De modo que esa noche, divididos en varios grupos, como patrullas de asalto, los vigilantes se dejaron caer en el campamento, entraron a la fuerza en cada una de las casas donde se habían comprado pájaros y los fueron sacando de sus jaulas y matándolos uno a uno, apretujándolos con los puños, estrujándolos sin compasión, exprimiéndolos hasta sacarles la última gota de música.

Mientras llevaban a cabo el exterminio, sin importarles el llanto de las mujeres (los niños dormían) y manteniendo a raya a los hombres apuntándolos con sus carabinas, los vigilantes de manos más grandes fanfarroneaban entre ellos de ahorrar tiempo en la operación al apretar de a dos o de a tres aves juntas. Después, sus despojos eran arrojados a la calle como cualquier barredura.

«Una epidemia», decían tratando de justificar la matanza. «Una epidemia mortal que se transmite por el canto de las aves».

Los vigilantes se pasaron la noche reventando pájaros con sus manos ensangrentadas y el lunes las calles de Desolación amanecieron sembradas de cuerpecitos —algunos aún boqueando— de jilgueros, ruiseñores, alondras, zorzales, canarios, periquitos, diucas, bandurrias, chincoles, mirlos. Con su plumaje entierrado y el canto roto en la garganta, las aves parecían flores de papel arrugadas, desmadejadas, pisoteadas. Solo los pájaros liberados de Rosalino del Valle, que aparecían trinando de pronto en los lugares más inverosímiles, sobrevivieron a la matanza.

Al levantarse por la mañana, los niños del campamento obrero, con una marraqueta untada de mantequilla en una mano y en la otra un camioncito de lata fabricado por ellos mismos, no salían de su asombro ante la degollina de pájaros tirados en las calles. Luego, pasado el primer asombro, sin ponerse de acuerdo, comenzaron un silencioso juego mortuorio en las afueras de sus casas: recogieron los pajaritos con cuidado, los agitaron en el oído para ver si les quedaba algún trino, alguna nota de música en el estuche de sus cuerpecitos; después, como habían visto hacer a doña Tristina cuando arreglaba los angelitos muertos, los limpiaron con saliva pluma por pluma, frotándolos luego en los faldones de sus camisas para que sus colores recuperaran el brillo. Al final, emulando lo que decían las comadres al ver a los angelitos ya listos y arreglados, los más gárrulos repitieron suspirando:

«Si parece que van a volar».

Al final, los acomodaron en hilera sobre las piedras empotradas en la puerta de

sus casas, hicieron todo el ceremonial litúrgico de un velorio de angelito visto tantas veces en sus casas —algunos hasta consiguieron cabos de velas— y procedieron a sepultarlos debajo de las mismas piedras.

Sin embargo, pese a todo, en Desolación algo estaba cambiando. Soterradamente.

Aunque en el aire tibio de esa mañana no se oía ningún canto de pájaro, ninguna risa de niño, ningún sonido de radio, otra música se acrecentaba por debajo, de manera furtiva. Una música cuyo murmullo emergía tan potente como el rumor de esas napas de agua subterránea que atraviesan el desierto de lado a lado y que en el silencio de las noches resuenan en la almohada del durmiente:

Era un clamor de insurrección.

Un clamor que se alzaba entre las mujeres de la oficina y que se traspasaban unas a otras a través de las paredes de calamina de sus casas miserables. El enojo, la rabia y la tensión contenidos por tanto tiempo había estallado por fin. El detonante había sido el arresto y encierro de las dos mujeres sacadas del velatorio del angelito, el desaparecimiento del hombre de los pájaros (ya se sabía que los vigilantes se lo habían llevado a la pampa durante la noche) y la mortandad de pajaritos que los salvajes habían llevado a cabo sin ninguna misericordia.

«Cualquier día estos infames entran a las casas a degollarnos a nosotras», se decían las matronas a través de los agujeros de las calamaninas.

Y esa mañana, en las arduas filas de la pulpería, en el consistorio, en la parroquia, en las esquinas del campamento, en las puertas de sus casas, con la escoba en la mano, las mujeres de los obreros se encontraban, se llamaban, se hablaban, se frotaban como hormiguitas y luego seguían su camino. Coaligadas, conjuradas unas a otras, antes de mediodía ya estaban todas de acuerdo. La decisión era unánime y rotunda: no habría almuerzo para sus hombres.

Se declaraba una huelga de viandas vacías.

Ese mediodía ninguna mujer esperaba a su hombre con la cazuela de vacuno y los porotos con chicharrones del almuerzo de los lunes; ni le prepararían la vianda para los que trabajaban la jornada de corrido; ni siquiera le harían el pan con mortadela acompañado de los ecuánimes cambuchitos de té y azúcar para la «choca» de las cinco de la tarde. Todo esto hasta que se liberara a la profesora y a la boletera del biógrafo y se dijera qué ocurrió con el vendedor de pájaros. Además, se aprovecharía la ocasión para exigirle al administrador las cosas que hacían falta en la oficina: un médico con residencia en la oficina, una escuela como la gente para sus niños, un consistorio más abastecido y agua potable en las casas de los obreros. Ya era hora de que la Compañía, aparte de mejorar las condiciones laborales, se preocupara de la situación social de los trabajadores y sus familias.

A la hora de almuerzo, con sus cocinas de barro apagadas, las mujeres se juntaron a protestar en el erial de la pequeña plaza de piedra.

Pasado el mediodía, el administrador llegó a Desolación en su Buick negro. Desde la distancia, el campamento le pareció tan muerto como un cementerio; sin embargo, apenas se internó en las primeras calles de tierra, se dio cuenta de que la convulsión y la efervescencia se levantaban como un remolino de arena haciendo retemblar las calaminas pintadas a la cal.

En la plaza, las mujeres de los obreros y algunas esposas de empleados tenían una trifulca de los mil demonios. Todas sin sus delantales de cocina, sin sus paños en la cabeza, vestidas como en día festivo, enarbolando todo tipo de carteles escritos con carbón coque, gritaban consignas en contra de la Compañía, en contra del administrador, en contra del cuerpo de vigilancia. En el único árbol de la plaza habían colgado letreros de petición escritos en papel de envolver, en cartones de avena Quaker, en madera de cajones de té:

*¿Dónde está el vendedor de pájaros?  
Queremos niños vivos, no angelitos muertos.  
Si hay un cura residente, por qué no un médico.  
Libertad a las mujeres detenidas.*

Los hombres que no estaban trabajando, apostados en las esquinas, en camiseta, miraban el cuadro con cierto embarazo. No sabían qué hacer. Refunfuñaban. Sentían que en verdad eran ellos los que tendrían que estar allí protestando. Pero, claro, había que cuidar el trabajo. La cosa estaba mala en todos lados. Estas mujeres eran unas irresponsables, se excusaban, se justificaban, se absolvían a sí mismos los hombres.

Esther y la señorita Belinda se paseaban en medio de la protesta animando a las mujeres que, con sus niños agarrados a sus polleras, gritaban consignas y despotricaban en contra de los hombres que miraban desde lejos. La pianista parecía ataviada para una fiesta de sociedad; había ocurrido que cuando se oyeron los primeros gritos en la calle, ella estaba en su casa probándose un vestido de tafetán azul, plisado y con un ancho ruedo de campana, que le acababa de confeccionar Esther, y ambas, tras escribir apuradas un par de carteles, fueron a unirse de inmediato a la protesta en la plaza. El cartón de Esther decía:

*Libertad para Lucila y Rosaura.*

El de la señorita Belinda rezaba:

*Mataron a los pájaros, mas no su canto.*

Ambos carteles, aunque también escritos con carbón coque, destacaban por la perfecta caligrafía de la pianista.

Cuando las mujeres se enteraron de la llegada del señor administrador, comenzaron a ensayar otros gritos pidiendo su presencia. Querían conversar con él en persona. Pero el gringo no aceptó ir a la plaza. «Yo no hablo con mujeres», se supo que dijo. Y pasó directo a su chalé, en donde se encerró con su jefe de vigilancia.

En un momento, en medio del rebullicio de la manifestación, las mujeres se dieron cuenta de algo que las emocionó y alentó a seguir gritando con más ánimo: el árbol de la plaza, además de las pancartas, se había colmado de pájaros de colores y era una sola algarabía de trinos y gorjeos.

«Son los pájaros de don Rosalino», dijo enternecida la señorita Belinda.

Transcurrida la hora del almuerzo —que los obreros se pasaron en banda—, con la fresca de la tarde, el señor administrador se apareció en las calicheras. Iba acompañado por su jefe de vigilancia y dos de sus secuaces más fornidos. Llegó cabalgando un caballo overo; llevaba puesto su cucaleco de safari y sus inefables botas de montar refulgían insultantes a los rayos del sol.

En su mano la fusta parecía una cosa viva.

El gringo se veía más encolerizado que nunca. Sin bajar de su cabalgadura increpó a los obreros:

«Son unos pollerudos del carajo que no saben manejar a sus mujeres», fue lo primero que dijo. O eso fue lo que tradujo el jefe de los vigilantes.

Que la Compañía no iba a aceptar sublevaciones, y menos de mujeres. Qué se habían imaginado. Y les exigió a los obreros que llegando a sus casas por la tarde tenían que ponerse los pantalones bien puestos, amarrárselos con rieles, carajo, y hablar golpeado con sus esposas. Esto no podía continuar así. Los maridos de las mujeres que mañana siguieran haciendo escándalo en la calle, sentenció, iban a ser cancelados y expulsados de la oficina con su familia y sus perros, sin apelación alguna. «¡Ya están orejeados, los mierdas!», terminó de ladrar Emeterio Antonio Vera Sierralta.

A las cinco de la tarde en punto se realizó el funeral del angelito.

Nunca en la oficina se había visto a tantas mujeres, tan compungidas, acompañando la procesión de un funeral. Los escasos acompañantes varones eran ancianos y niños. Caminando por la huella de tierra, recortado contra la blancura de la pampa, flotando en la reverberación radiante del desierto, el grupo de personas, vestidas todas de negro, semejaba la escena de una película triste vista en la pantalla del biógrafo.

Flanqueada por dos vecinas de riguroso luto, lo mismo que ella, la madre caminaba con un doliente ramito de flores de papel en la mano. El padre, el derrapiador fornido de cara cuadrada, llevaba la pequeña cajita de madera con su hijo muerto bajo el brazo con la misma desesperanza con que llevaba cada día su lonchero al trabajo. El hombrón ya había hecho tres veces este viaje al cementerio con sus otros tres hijos muertos. Como en las veces anteriores, se había anudado un pañuelo negro al cuello en señal de duelo y, como en las veces anteriores, no quiso que nadie le ayudara a cargar el cajoncito pintado de blanco.

Mientras los niños que acompañaban el entierro llevaban cada uno una corona de papel —rosas blancas, claveles celestes, crisantemos amarillos—, el hermano mayor del angelito, un pecoso de siete años, marchaba delante de la procesión llevando la pequeña cruz de madera como si fuera el portaestandarte de un desfile escolar. En la cruz, escrito con tinta y letra de colegio, el nombre completo del niño muerto se extendía más largo y ocupaba más espacio que el de las fechas de su nacimiento y muerte: Emanuel Ricardo José del Rosario Madero Espinoza (Emanuel venía a ser su nombre propiamente tal; Ricardo, José y Rosario eran un homenaje a sus hermanos muertos).

El cura, que había acompañado el entierro de los otros tres angelitos, esta vez no fue aceptado por la madre. Se había sabido que en la prédica de la misa del domingo en la noche, el cura despotricó desde el púlpito en contra de las mujeres librepensadoras diciendo, entre otras lindezas, que a esas evas pecadoras las estaba esperando satán en el infierno con una gran sartén de aceite hirviendo.

«De ese calibre, comadrita linda, fue el sermón del cura», comentaban unas a otras las mujeres.

«¡Que se vaya a la porra el cura comemierda!».

De regreso del cementerio, caminando en grupos y hablando en voz baja, las esposas de los obreros se vinieron discutiendo, urdiendo, planeando, poniéndose de acuerdo, coincidiendo todas en que la situación de desamparo en que vivían se estaba haciendo insoportable. «El elástico ya no se puede estirar más», decían. Al final, al llegar a sus casas, ya lo habían decidido. Y de manera rotunda: como la Compañía aún no se dignaba a entregar una respuesta a sus demandas —«Ni siquiera nos ha escuchado el gringo de mierda»— y los hombres no hacían nada por apoyarlas en su

protesta, desde esta noche, además de la huelga de viandas vacías, se declaraba la huelga de camas vacías.

«¡Desde esta noche ninguna mujer se acuesta con su marido!».

La decisión fue unánime y se echó a correr por el campamento con la rapidez de una guía encendida.



Al anochecer, en compañía de su jefe de vigilantes, el administrador se presentó en el calabozo donde se hallaban Lucila y Rosaura. Ellas eran las únicas detenidas que permanecían encerradas. A los borrachos camorrones, como se acostumbraba a hacer, los habían soltado de madrugada para que se fueran a trabajar a las calicheras. Casi todos eran patizorros; la mayoría, bebedores crónicos.

Nimbado por la luz de la única ampolleta del calabozo, que daba a su escasa cabellera rubia un aura eclesiástica, el gringo les preguntó a las detenidas —por intermedio de Emeterio Antonio Vera Sierralta— que si las habían atendido bien a las señoritas, si la comida había sido de su agrado (apenas les habían dado un plato de sopa aguada en todo el día), y que si se les ofrecía algo especial, como un ventilador de aspas, por ejemplo, o una alfombra persa. Luego, dejó estallar su cólera y con las venas de su frente hinchadas les gritó que qué carajo creían ellas que estaban haciendo al azuzar a las mujeres de Desolación en su contra.

«Nosotras solo organizamos una velada para inaugurar el centro femenino», dijo Lucila. «Lo de anoche fue una protesta espontánea a causa de la muerte de un niño menor de seis meses. Otro más».

El gringo esperó a que su empleado le tradujera y luego, golpeándose las botas con la fusta, preguntó gritando que qué culpa tenía él de la muerte de ese niño.

«Usted sabe que aquí los niños se mueren por falta de atención médica», respondió Lucila. «Y esa es una de las cosas que se pide: que la Compañía contrate un médico residente».

«En la corrida donde yo vivo», dijo Rosaura, «el mes pasado murieron cuatro guaguas».

«Y en invierno es peor», agregó Lucila.

«Ustedes no me van a indicar a mí lo que tengo que hacer o no hacer», gritó el administrador.

«Usted preguntó, nosotras le respondimos», dijo la profesora.

Que eran unas anarquistas consumadas, continuó gritándoles el gringo —y traduciendo a gritos Emeterio Antonio Vera Sierralta—, unas activistas pagadas por los socialistas, y que él no iba a soportar sublevaciones en su oficina. Después les preguntó dónde carajo tenían escondida a Jordania, la empleada de su casa.

Las mujeres dijeron que no sabían nada de su amiga.

«Es una perra malagradecida», dijo el jefe de los vigilantes que había dicho o querido decir el señor administrador.

Al final, el gringo dictaminó que Rosaura se quedaba sin su puesto en la ventanilla del biógrafo, y que agradeciera que no expulsaba a su familia, nada más porque su padre siempre se había destacado como un buen elemento para la Compañía. Que ella debería seguir su ejemplo y no andar por la vida metiéndose en problemas. «Yo no soy ningún elemento», musitó bajito Rosaura. Los hombres no la

oyeron.

A Lucila le decretó la expulsión de la oficina. Sin apelación. Ya vería él cómo se la arreglaba en marzo con los niños de la escuela.

«¡Pero el miércoles esta perra anarquista se me sube al tren con monos y petacas!», se regodeó en traducir el jefe de los vigilantes.

Como si no hubiese oído nada, Lucila le preguntó por don Rosalino del Valle. El gringo miró a su jefe de vigilantes y este respondió por su cuenta y dijo que en Desolación no se conocía a ningún individuo con ese nombre.

«El vendedor de pájaros», dijo ella mirándolo a los ojos.

El jefe de los vigilantes le contuvo la mirada y con un dejo de sarcasmo dijo que no sabía de ningún mercachifle de pájaros.

Antes de salir del calabozo, el administrador ordenó que pusieran en libertad a Rosaura y se la entregaran a sus padres que esperaban afuera —los padres de Rosaura habían traído una banquita de su casa y, sentado en silencio, no se habían movido de la puerta de la vigilancia desde la noche anterior—. Y que la profesora se quedara encerrada hasta el miércoles.

«De aquí se me va directo al tren», dijo, dándole el último golpe de fusta en sus botas de montar.

Revoltosa, levantisca, rebelde, sublevada, indócil, desmandada. Todas esas palabras y muchas otras me repetían de niña en casa, en la escuela, en la calle, en la parroquia de mi pueblo, hasta donde mi madre me llevaba a la fuerza y me hacía inclinar y persignar ante las imágenes sagradas. Esas palabras me sonaban a música. Aunque no sabía bien qué significaban, intuía que eran las justas para mí, y me gustaban y las saboreaba y me identificaba con ellas como si formaran parte de mi biografía. Sobre todo me gustaba indócil; la asociaba a un caballo negro relinchando libre en la montaña, un caballo veteado de músculos galvánicos al que nadie podía capturar y amansar, nunca. Esta niña parece niño, decía la gente cuando me engrifaba y no me dejaba barbear para tomarme el aceite de ricino, o cuando en las calles de barro de Talca, a orillas de la línea del tren, con las manos empuñadas, me ponía a pelear con los muchachos que me molestaban por el corte de pelo a lo «marimacha». O cuando me liaba con los mayores al ser sorprendida escondida por ahí leyendo libros de gente grande, sin monitos, cuando leer parecía solo cosa de hombres (yo intuía que para nosotras las mujeres era la mejor manera de ser rebelde). Revoltosa, levantisca, sublevada, rebelde, indócil, desmandada; todos esos epítetos vuelven en mis sueños de vez en vez, sobre todo cuando son sueños de injusticias. Alguien dijo que todos los sueños son insurrectos y los míos lo son sin duda alguna. Siempre he soñado que la mujer es la esperanza del mundo, y que somos nosotras las mujeres — sobre todo las mujeres del futuro— las llamadas a salvarlo de la hecatombe a la que lo vienen llevando los hombres a través de los siglos. Si no, vean lo que acaban de hacer con el mundo estos bárbaros del carajo al llevarlo a la Gran Guerra, solo las cifras ya son de terror: sesenta y siete países involucrados, más de sesenta millones de combatientes, casi doce millones de muertos, diecinueve millones de heridos y treinta y cinco millones de mutilados. Como para llorar, ¿no?

El martes, la gente de Desolación amaneció espantada por una noticia terrible. Por la noche, Rosaura, la boletera del biógrafo, había sido asaltada, golpeada y violada por una cuadrilla de hombres embozados.

Cerca de la medianoche, al rato de haber llegado de la vigilancia con sus padres, Copérnico se había aparecido en la casa de la joven con un recado de su amiga la profesora. Le mandaba a decir que al final a ella también la habían soltado y que le urgía verla. Que la esperaba en la escuela. Cuando Rosaura salió de su casa, negándose a ser acompañada por su madre, fue embestida por cuatro hombres con la cara cubierta por un pañuelo negro que la arrastraron hasta detrás de la carbonera, en donde fue golpeada y ultrajada de manera salvaje. Junto al cuerpo tirado en el suelo, con el que tropezó un obrero del turno de noche, se halló un cartón que decía:

*Esto le va a pasar a las que no se acuesten con sus maridos.*

Copérnico contaba llorando por la mañana que un hombre que no conocía le había pagado un peso para que le llevara el recado a «la señorita del biógrafo». Belinda trataba de consolarlo con las palabras y el tono que se usan con los niños.

«Tranquilo, don Cope, usted no tuvo la culpa».

En tanto en la vigilancia, Emeterio Antonio Vera Sierralta, impávido ante el dolor de los padres de Rosaura, que llegaron a denunciar el hecho, dijo que gran parte de la culpa de lo sucedido la tenía ella misma, que una señorita decente no salía sola a la calle a esas horas de la noche.

«La noche es para lobos y ladrones», sentenció.

Sin embargo, la mayoría de la gente de la oficina sospechaba de los vigilantes. Sobre todo de su jefe, que ya tenía acusaciones de violencia y abusos sexuales.

«Ese bizco es el mismo el diablo», decían.

El vendedor de pájaros recobra el sentido. Abre los ojos. Está tirado al fondo de una quebrada, en mitad del desierto. Siente los rayos del sol punzándolo como agujas. Siente los labios descuerados, los huesos molidos. Tiene marcas de latigazos en el cuerpo. No sabe cuánto tiempo lleva ahí. ¿Horas? ¿Días? La sed lo agobia. Desde las brumas de su memoria le llegan fogonazos de recuerdos: después de castigarlo en el cepo durante horas, los vigilantes lo cargaron a la grupa de un caballo y lo fueron a dejar en medio de la pampa. Allí, tras azotarlo y golpearlo hasta dejarlo inconsciente, lo tiraron a la quebrada dándolo por muerto.

«Si no está muerto, ya se va a morir», había dicho uno.

El vendedor de pájaros trata de incorporarse y siente la arena ardiente quemándole los pies. Está descalzo. «Hijos de la gran puta», reclama. Ayudándose con el filo de dos piedras, rasga su chaleco de huaso en dos y se los envuelve lo mejor que puede. Después se levanta a duras penas. No sabe hacia dónde encaminar sus pasos. Hacia todos los lados es lo mismo: el horizonte es una redondela temblorosa. Mira hacia arriba: remachado en mitad del cielo, a un palmo de su cabeza, el sol es un crisantemo ardiendo, una piedra al rojo blanco; sus rayos cubren la tierra por completo, la rebasan, y la sombra se ha replegado en sí misma, se ha escondido debajo como un bicho asustado (sus patitas de araña negra asoman apenas en cada una de las piedras). Hasta su propia sombra se le esconde, se le pega a la suela de sus zapatos como alquitrán caliente, y ya no hay un puto centímetro de sombra en el mundo, no hay dónde guarecerse de la horrorosa canícula.

Es la hora sin sombra.

La maldita hora sin sombra de la pampa.

Luego de caminar buen trecho sin saber a qué lado está cada uno de los puntos cardinales, el pajarero, enfebrecido por la sed, comienza a delirar con sus pájaros: se ve caminar con su cargamento de jaulas, alegre y dicharachero como un árbol lleno de pájaros. Tengo que ir dejando las jaulas detrás de mí, se dice enfebrecido, dejarlas una a una, dejarlas como las miguitas de pan del cuento. Si alguien me busca, que el reguero de trinos sirva de huella y guíe a mis salvadores. Aunque no sé cuánto aguantarán vivos los pobres pajaritos sin agua y bajo este sol de castigo. Y sigue caminado consumido por la sed, agotado, angustiado de ver que en la última jaula que le queda, de los seis canarios, amarillos como el mismo sol, cinco ya están boqueando. Uno solo sigue cantando. Sus débiles trinos le suenan como gotas de agua cayendo sobre una piedra. Como gotas de agua. Agua, agua. Quiere tragar saliva y no puede, no le queda una gota. Agua, agua. Una sed sulfúrica le quema la garganta. No sabe cuánto tiempo más podrá aguantar. Sigue andando.

Ahora se ha atado las mangas de su camisa en los pies que ya comienzan a sangrar. Aunque la redondela del horizonte parece estrangularlo y los espejismos lo cercan como lobos azules, silenciosos y letales, el vendedor de pájaros sigue

andando. Cada paso es una esperanza de vida. A ratos, haciéndose visera con las manos, mira al cielo como buscando una señal: arriba, el sol es un parálítico atrabiliario que no avanza un puto centímetro, ni para uno ni para otro lado.

De súbito vuelve a reparar en el detalle que lo hizo estremecer al llegar a Desolación: no se ve ningún jote planeando en el cielo. En medio de su aturdimiento repite: «Averno: lugar sin pájaros». Se estremece de nuevo: en Desolación no había visto gorriones en la plaza, ni palomas en la torre de la iglesia, ni jotes coronando la torta de ripios. Ya en franco delirio se mira a sí mismo y se dice que si acaso no estará ya muerto, y lo que avanza exánime en esos instantes por esos arenales del infierno es apenas su espectro. Si fuera humano y este paisaje fuera real, se dice, ya habría una docena de esos pajarracos sobrevolándolo en círculos y cada vez más bajo.

Después de horas de caminar, a punto ya de caer y dejarse morir sobre la arena, divisa lo que semeja una hilera de cruces a lo lejos: son los postes del telégrafo. No sabe si son reales o son apenas la visión de un espejismo. Un rato después se ve parado a la orilla de la línea del tren, cavilando hacia qué lado debe encaminar sus pasos, si a la izquierda o a la derecha. A ambos lados la línea férrea es una sola derecha. A ambos lados el paisaje culmina en un horizonte pavorosamente mondo, diáfano, magnético. Opta por la izquierda. Cuando al anochecer divisa el estanque de agua de la estación de la oficina, siente que se ha salvado.

Por ahora, de nuevo se ha salvado.

Recién había oscurecido en las calles de Desolación cuando el vendedor de pájaros apareció en la casa de la pianista.

La señorita Belinda tomaba el té acompañada de Copérnico, quien acababa de llevarle un saco de carbón para la cocina, cuando llamaron a la puerta. La pianista se extrañó por la insistencia y la forma de golpear, como con las palmas de las manos. Al abrir ahogó un grito de espanto. El estado del pajarero era calamitoso. «Parece usted un espectro», le dijo asustada. Rosalino del Valle juntó su último aliento para decirle que sí, que era un espectro, antes de caer desmayado sobre el sillón de cretona verde hasta donde, entre ella y Copérnico, lo llevaron casi cargándolo.

Jordania no estaba en la casa. La pianista la había llevado a esconderse donde una de sus alumnas más queridas, hija única de un empleado de escritorio. Allí no la buscarían. Había hecho bien, pues en la primera casa en donde los vigilantes la buscaron fue en la suya, luego habían allanado el hogar de cada una de las cuatro amigas. Más interesado que el gringo en buscarla y encontrarla estaba el jefe de los vigilantes. Se le había oído decir que había que encontrarla como fuera, que esa mujer era suya y de nadie más.

Al recobrar el sentido, el vendedor de pájaros preguntó por Jordania. La señorita Belinda, que a falta de alcohol le estaba desinfectando las heridas de los pies con sus perfumes, le dijo que no se preocupara, que su amiga estaba a salvo, que por el momento no era conveniente que se vieran. Los vigilantes podrían estar rondando la casa.

La pianista había enviado a Copérnico a avisar a Jordania y a Esther de la aparición del vendedor de pájaros. Y de pasadita que avisara en el sindicato, le dijo, pues justo en esos momentos se estaba formando una cuadrilla de obreros para salir a buscarlo, a raíz de que por la tarde uno de los vigilantes, pasado de copas, había dicho en una fonda en qué lugar de la pampa lo habían dejado tirado.

Al despertar el pajarero, la señorita Belinda lo puso al tanto de todo aquello, y de lo ocurrido en la velada y después de la velada: las protestas, el apresamiento de las dos amigas, la tragedia de Rosaura, la huelga de viandas y de camas vacías declarada por las mujeres.

Horas más tarde, y pese al peligro a que se exponía, Jordania apareció en casa de la pianista. Era pasada la medianoche. Al ver el estado en que se hallaba el pajarero, se largó a llorar como una niña. Lo abrazó. Ambos lloraron abrazados.

«Hace años que no hacía esto», dijo Rosalino del Valle después de un rato, restregándose los ojos con el dorso de las manos.

«¿Hacer qué cosa?», preguntó ella.

«Llorar».

Ella lo miró a los ojos.

«Y menos abrazado a una mujer», trató de sonreír el vendedor de pájaros.

«Eso no se lo cree ni Lucifer», trató también de sonreír Jordania.

«Créalo», dijo él. «La última vez que lloré así fue abrazado a las polleras de mi abuela. Tenía once años».

La noche estaba particularmente calurosa y en la calle, a intervalos, se oía el aullido de un perro. «Es el perro de la vecina», decía la pianista como disculpándose, y se asomaba a la ventana medrosa. No fuera a ser cosa que aparecieran los vigilantes. Luego se puso a trajinar de la cocina al living trayendo y llevando tazas con infusiones de yerbas y pensando en voz alta que habría que ver cómo se hacía para mantenerlos a ambos a resguardo de los vigilantes, y luego planear las escaramuzas para embarcarlos mañana en el tren.

Después le dijo a Jordania que Esther había mandado a decir que mañana por la mañana le traería algunos vestidos para el viaje. Después agregó que ella por su parte le regalaría una maleta. Y después, que ya había hablado con don Cope y fletado su carretón de mano para que, además del equipaje, llevara el cajón de té de don Rosalino a la estación.

«Aunque de equipaje hay poco», le dijo al pajarero. Y le dio la mala noticia que a ella le había dado don Cope: que al pasar ayer noche por la fonda donde él arrendara la pieza, don Cope vio por la ventana que habían desaparecido todas sus cosas personales. Como ya lo daban por muerto, se habían llevado hasta el baúl. Y, como una curiosidad, le dijo que frente a la pieza, a unos cien metros hacia la pampa, el hombrecito había visto un montón de jaulas vacías y algunos de sus pájaros de colores revoloteando sobre ellas.

Rosalino del Valle y Jordania pasaron la noche abrazados en el sillón de cretona verde.

«¿Por qué será que algunos pájaros tienden a regresar a su jaula?», se preguntó el pajarero, ya casi dormido.

Jordania lo besó en la frente.



Al día siguiente, temprano por la mañana, Esther irrumpió como un remolino en la casa de la señorita Belinda. Llevaba un paquete bajo el brazo y en la boca borboteándole la noticia increíble de que los obreros de Desolación no habían salido a trabajar. Ni a las calicheras ni a la maestranza.

«¡Se ha declarado huelga general, amiga mía!», gritó la costurera. Su expresión zigzagueaba entre el susto y el júbilo mayúsculo.

En verdad era una noticia despampanante.

Luego, su júbilo aumentó al ver a don Rosalino del Valle sano y salvo, y aunque el pajarero apenas si podía caminar y le dolían todos los huesos, Esther se le abalanzó encima y lo abrazó maravillada de que estuviera vivo. «Son pocos los empampados que salen con vida en este desierto», dijo con los ojos húmedos de emoción. Después los puso al tanto de todas las novedades sobre el estallido de la huelga. Lo malo, dijo es que hacía poco rato se había sabido que el administrador, guarecido en su cabaña del río, había avisado al puerto para que mandaran tropas del Ejército.

Después, Esther le entregó a Jordania el paquete con media docenas de vestidos que le traía para que tuviera con qué viajar. Eran vestidos que le habían mandado a hacer algunas esposas de empleados y que jamás retiraron. Escogí los que más o menos daban tu talla, le dijo. Además, entre los vestidos iba un par de zapatos de charol, de medio taco, que ojalá le calzaran bien.

Otra noticia que traía la costurera era que el tren venía con más de tres horas de retraso; se lo había dicho el propio jefe de estación, con quien se encontró de casualidad en la calle («Venía saliendo de la casa de su amante», le susurró al oído a la pianista). O sea, que en vez de llegar a las diez de la mañana, el tren llegaría entre la una y dos de la tarde, le había informado en tono didáctico el jefe de estación, mesándose sus rubios bigotes de manubrio.

«De modo, amigas mías», dijo Esther, «que hay tiempo de más para preparar el viaje de los tortolitos».

Después de desayunar y charlar un rato, la pianista y Esther dejaron a la pareja solos en la casa y se fueron al sindicato de obreros, constituido en el centro neurálgico del conflicto. Querían ver con sus propios ojos lo que estaba pasando realmente.

«Y pensar que todo comenzó con una simple velada», reflexionó Esther mientras caminaban apresuradas por las calles de tierra.

«Así nomás es, amiga mía», dijo excitada la señorita Belinda. «Nosotras solo queríamos fundar un centro para mujeres y mira tú la revolución que está resultando».

El local del sindicato estaba repleto de hombres, mujeres y niños. La agitación era grande. Mientras los dirigentes estaban reunidos en una sala más pequeña y en el salón grande los obreros esperaban fumando la resolución de sus dirigentes, afuera,

en el frontis, las mujeres ya preparaban los grandes fondos de fierro enlozados para cocinar la primera porotada con chicharrones de la olla común. Se suponía que la huelga tenía para largo y nadie pensaba echar pie atrás.

¡Ni un paso atrás, compañeros!, se repetían entre todos.

Nadie sabía a ciencia cierta si la decisión de los obreros había sido detonada por la detención de la profesora y su amiga o por el ataque feroz a la boletera del biógrafo, incluida la amenaza explícita a las mujeres casadas. Los más irónicos decían riendo que en verdad había sido el ultimátum de las camas vacías que los había hecho reaccionar. Sin embargo, en el fondo de sus corazones, los obreros sentían que había sido la cadena de todos estos hechos lo que hizo por fin despertar sus conciencias.

«Sin olvidar los sermones pajarísticos del vendedor de pájaros», decían algunos.

«Lo cierto, compañeros, es que la bola ya no daba para más», decían otros.

El asunto fue que durante toda la noche el sindicato había sido testigo de reuniones secretas, de personas que entraban y salían, de correveidiles embozados que recorrían las distintas secciones de trabajo hablando con los obreros de los turnos de noche. Y al amanecer, a las siete en punto, la hora de entrada del turno mañanero, se declaró oficialmente la huelga general.

La gente estaba eufórica. Los obreros —tiznados y patizorros— iban de un lado a otro con el pecho inflado de orgullo. «Parecemos gallitos de la pasión», bromeó alguno. En verdad, como era la primera huelga que se llevaba a cabo en la oficina, se sentían haciendo historia.

A media mañana se supo que el gringo, al enterarse del estallido del conflicto, se fue a esconder a la cabaña del río. Tal como dos años antes en San Gregorio, el gerente y representante de la Compañía, un gringo de apellido Douglas, se había ido a esconder a la oficina Valparaíso, distante cuatro kilómetros y medio, mientras las fuerzas militares llegaban perpetrando la matanza.

El gringo se había llevado con él a Emeterio Antonio Vera Sierralta y a la mitad de la dotación de vigilantes. Le importaba más cuidar su pellejo que la oficina. Ni siquiera se llevó con él a su mujer. Y ya era sabido entre la gente que se había comunicado con las autoridades del puerto informándoles de la rebelión de los obreros y solicitando que enviaran con urgencia tropas del Ejército.

Los vigilantes que se quedaron al mando del campamento tenían órdenes de cuidar especialmente los edificios de la administración y de la pulpería. Pero al darse cuenta —por algunas explosiones de amedrentamiento en las afueras de la oficina— de que los patizorros estaban apertrechados de dinamita, no se atrevían a salir a la calle y se atrincheraron en las dependencias de la vigilancia. Poco antes del mediodía, una turba de obreros, armados con chuzos, palas y picotas, y exhibiendo bien a la vista sus velas de dinamita, llegó a exigir la liberación inmediata de la señorita profesora. Los vigilantes, tratando de parecer enérgicos, les gritaron que se retiraran, que si no obedecían harían uso de sus carabinas. Bastó, sin embargo, que Facundo Pérez, el barretero más diestro de las calicheras, a quien nunca se le había quedado un tiro echado, hiciera explotar un solo dinamitazo en el frontis del edificio, volando limpiamente la puerta principal, para que por entre la polvareda de la explosión los vigilantes sacaran bandera blanca y accedieran a liberar a la profesora. Luego, los obreros les requisaron las carabinas y los encerraron en sus propios calabozos.

Envalentonados con su primer triunfo, los obreros, acompañados de un grupo de mujeres comandadas por Lucila (que se negó a que la revisara el practicante: «Estoy bien», fue todo lo que dijo al salir del calabozo), se dirigieron primero a la pulpería y luego al consistorio. Y se tomaron ambos locales. El practicante no opuso ninguna resistencia, más bien estaba de parte de ellos. No así el rijoso jefe de pulpería, que al ver llegar a los huelguistas se escondió en uno de los hornos de la panadería que se hallaba en reparación. Ahí lo encontraron unos carrilanos y lo golpearon duro, con pies y puños, en venganza por todas las ofensas hechas a las mujeres de los obreros.

Luego de tomarse ambos recintos, la gente procedió a repartir víveres y medicamentos en medio de la algarabía general. Después se tomaron la administración. Y aunque hubo algunos que quisieron tomarse la iglesia —«hay que incendiarla», decían los anticlericales más acérrimos—, primó la opinión de la mayoría de que la iglesia no era prioridad. Dios podía esperar. En tanto el cura párroco, acompañado de dos de sus beatas más consagradas, se había parapetado en

lo alto de la torre del campanario. Desde allí, crucifijo en ristre, condenaba y maldecía a viva voz a esos reclamantes endemoniados que no tenían perdón de Dios, pues sabían perfectamente lo que hacían. Cuando al anciano curita le dio por hacer redoblar las campanas sin parar, hubo que subir y bajarlo a viva fuerza, pues ese zafarrancho eclesiástico exacerbaba el ánimo de los obreros más descreídos y perturbaba el espíritu de las mujeres, siempre más impresionables.

A mediodía, ya con la oficina tomada, una noticia remeció el ánimo de la gente: por medio del telégrafo de la estación ferroviaria se supo que desde el puerto ya venían subiendo tropas de soldados del Regimiento Esmeralda. Y venían apertrechados de ametralladoras y artillería pesada. O sea, venían dispuestos a masacrarlos igual como habían hecho con los obreros de tantas otras oficinas de distintos cantones, en donde no solo se conformaron con cañonear y ametrallar a hombres, mujeres y niños, sino que, además, a los heridos los dejaban desangrar hasta morir sin recibir atención médica, y a los sobrevivientes que lograban huir a pampa traviesa, los perseguían y «palomeaban» sin compasión ninguna.

Los obreros más viejos dijeron que la noticia era lo esperable. Que los intendentes del puerto siempre habían estado a disposición de los industriales salitreros para enviar prestamente al Ejército a reprimir los conflictos laborales. Para ellos, las huelgas en la pampa eran rebeliones, amotinamientos, alzamientos, revueltas, y los huelguistas no eran sino unos ácratas sublevados a los que había que tratar con mano dura. «Hay que palomear sin asco a esos rotos», decían los generales con una copa de champaña en la mano en los iluminados salones de las fiestas organizadas por los industriales salitreros. Ellos los oían complacientes.

Sin embargo, los obreros de Desolación, armados de piedras, mangos de picotas, machos de venticinco libras y toda herramienta que pudiera ser usada como arma, más las carabinas requisadas a los vigilantes, estaban dispuestos a no dejarse vencer tan fácilmente, menos aún a dejarse palomear.

«Mejor morir defendiéndose que palomeado», decían llenos de bravura.

Además contaban con la dinamita y la pólvora suficientes para contrarrestar en algo a la artillería pesada. Lo primero que se habían tomado por la noche fue el polvorín.

El palomeo de rotos, contaban los obreros, consistía en la persecución implacable, por parte de los militares, a los sobrevivientes de alguna matanza que lograban huir hacia la pampa. Tras apresarlos, los hacían formar en hilera, a una brazada de distancia uno de otro, les pasaban una pala y que comenzaran a cavar su propia tumba. Habiendo terminado de cavar, y haciendo caso omiso a los ruegos de esposas, hijos y madres que imploraban por sus vidas, les ordenaban a los hombres pararse de frente a las sepulturas. Entonces, los oficiales —los más jóvenes eran los más entusiastas— se daban el gusto de comenzar a disparar y ver cómo, al golpe de su disparo, el «roto» describía una media vuelta en el aire, «como palomita», para caer justo dentro de su tumba.

Faltaban diez minutos para las dos de la tarde cuando los niños trepados en el estanque del agua divisaron el penacho de humo negro tildando el horizonte.

«¡Viene el tren!», comenzaron a gritar a todo pulmón.

Veinte minutos más tarde, entre nubes de vapor y hollín, sonando el silbato y tañendo su campana, con los niños colgando en las pisaderas de cada uno de los coches, el tren de pasajeros con rumbo al sur hacía su lenta entrada a la estación. El maquinista, acodado en la ventanilla de la locomotora, solemne como capitán de navío, saludaba con la mano en alto mientras preguntaba al fogonero por qué tanta gente, gancho, por qué tantos gritos y por qué tantos letreros que no alcanzaba a leer bien qué carajo decían. ¿Acaso en el tren, venía algún personaje ilustre y ellos no estaban enterados?

En efecto, aunque era una tarde calurosa, el andén se hallaba atestado de manifestantes eufóricos que no paraban de vociferar y saltar y agitar banderas y carteles. Mas toda esta algarabía no era por la llegada del tren sino por la declaración de huelga. Ya era hora, compañero, por la cresta, se decían palmoteándose el hombro los obreros. Hombres, mujeres y niños, luciendo vestimenta de día festivo con banderas del Partido Socialista y pancartas alusivas al conflicto, reclamaban en voz alta, creando consignas y repitiendo los puntos más importantes del pliego de peticiones; sin dejar de despotricar contra el gringo administrador y contra el cuerpo de vigilantes. Y cuando el tren se detuvo, además de la bulla de los comerciantes ofreciendo los panes amasados, las empanadas fritas y el tecito en botellas de Bilz, los huelguistas les mostraban los carteles a los pasajeros atónitos y les gritaban por las ventanillas que contaran en cada pueblo donde parara el tren los motivos, las razones y las circunstancias de por qué los obreros de Desolación estaban en huelga.

¡Y digan que no pensamos entregar la oreja, compañeros!

Sumidos en un extraño silencio, abrazados, mirándose a los ojos con un brillo de embeleso y estupefacción, como no creyendo que en verdad se iban en el tren juntos, se iban al sur juntos, se iban a vivir juntos para siempre, Rosalino del Valle y Jordania, entre la batahola del gentío en el andén, eran despedidos por Lucila, Esther y la señorita Belinda.

El vendedor de pájaros, aún convaleciente de los golpes y la caminata, casi no hablaba y apenas si podía mantenerse en pie, y debía ser asistido por Jordania y la pianista. Copérnico, que les había llevado el equipaje y el cajón de té en su carretón, no se despegaba de ellos y miraba a todos con gesto embobado. El aire de fiesta que teñía el ambiente parecía desconcertarlo.

Por la mañana, luego de la liberación de Lucila, y cuando ya era un hecho lo del batallón de soldados subiendo a la oficina, Jordania y Rosalino del Valle, contra todas las opiniones, quisieron quedarse. En algo podrían ayudar, dijeron. Pero Lucila se puso firme y les dijo que no, que ellos tenían que irse, que si ocurría algo grave en la oficina, alguien tenía que contar la historia. Además, en las condiciones en que se hallaba don Rosalino no sería de mucha ayuda.

«Usted, con el canto de sus pájaros ayudó a sembrar la semilla de la rebelión», le dijo en tono solemne la profesora. «Y con eso ya hizo bastante».

«Y al llevarse a Jordania», dijo Esther, sonriéndole a ambos, «ratifica la fama de que en cada poblado por donde pasa, al irse desaparece la mujer más bella de todas».

En tanto, la locomotora terminaba de reabastecerse de agua y el anciano conductor, con su gorra de visera y su silbato en la mano, avisaba que los pasajeros debían de abordar el tren, en el momento en que las amigas intercambiaban los últimos cariños —los abrazos, las caricias y las lágrimas parecían interminables—, por el fondo de la estación, a galope tendido, apareció Emeterio Antonio Vera Sierralta. Venía acompañado de dos de sus secuaces.

«¡Esa mujer no va a ninguna parte!», dijo desmontando de su caballo de un salto, aparatosamente, mientras los otros dos lo escoltaban.

Con su carabina en la mano, empujando a la gente que le estorbaba el paso, llegó hasta el grupo de amigas, se paró a cuatro metros de ellas (las piernas abiertas en compás), y mirando a Jordania, que en esos momentos se despedía de la señorita Belinda, agregó tajante:

«Esta mujer es mía».

Pasada la sorpresa del primer instante, la gente de la estación comenzó a rodear a los vigilantes. Emeterio Antonio Vera Sierralta, con su mirada torcida, levantó su carabina y apuntó a Jordania.

«Y si no es mía no es de nadie».

Y disparó.

De ahí en adelante todo se hizo confuso para el vendedor de pájaros. Solo supo

que trató de cubrir a Jordania con su cuerpo, pero el disparo no le llegó a él sino a Copérnico, quien, tratando tal vez de proteger a la señorita Belinda, se adelantó y se interpuso entre ellos y la bala. Vio que la gente quiso irse encima del jefe, pero sus hombres la hicieron retroceder disparando al aire; vio que Emeterio Antonio Vera Sierralta volvía a cargar su arma y volvía a disparar, y vio cómo Jordania, como tocada por un rayo, caía junto al cuerpo de Copérnico. Mientras todos gritaban espantados, vio el cañón de la carabina apuntando ahora directo hacía él... pero el disparo que sonó no fue de carabina sino de revólver, y el que cayó tocado por la bala no fue él sino Emeterio Antonio Vera Sierralta. Rosaura había aparecido entre la gente (con su cara aún moreteada por los golpes) y, a dos metros de distancia, le disparó con el revólver que su padre guardaba en una maleta. Como el jefe de los vigilantes solo quedó herido y la muchacha no tuvo alma para vaciarle el resto de las balas, el gentío aprovechó el instante de sorpresa y se fue encima de los otros dos hombres que, sobrepasados en número, entregaron sus carabinas y se rindieron, mientras una turba comenzaba a golpear en el suelo a su jefe herido.

Sin poder moverse, como fascinado ante el cuerpo de Jordania, que, asistida por sus amigas, ya formaba una geografía de sangre en la losa del andén, Rosalino del Valle sentía que el mundo empezaba a desvanecerse, a esfumarse ante sus ojos; oía el murmullo de la gente como en sordina, todo le era irreal, ilusorio, parecía que de un momento a otro él mismo se iba a desintegrar en un millón de partículas, se iba a esfumar en el aire como el vapor de la locomotora, cuyo silbato ronco, repetido, anunciando su partida, lo hacía emerger a la realidad como desde el fulgor de un sueño intenso, tan intenso y vívido que...



*El vendedor de pájaros es el único pasajero del tren que baja en Desolación. Al pisar el andén lo embarga la sensación cierta de que ahí hay vida, y que él acaba de bajar no solo porque le duele el oído, sino porque —lo intuye vagamente— debe entregar algo a alguien. Y parado ahí, en medio de la nada, oye murmullos de conversaciones, carreras de niños y llantos de mujeres.*

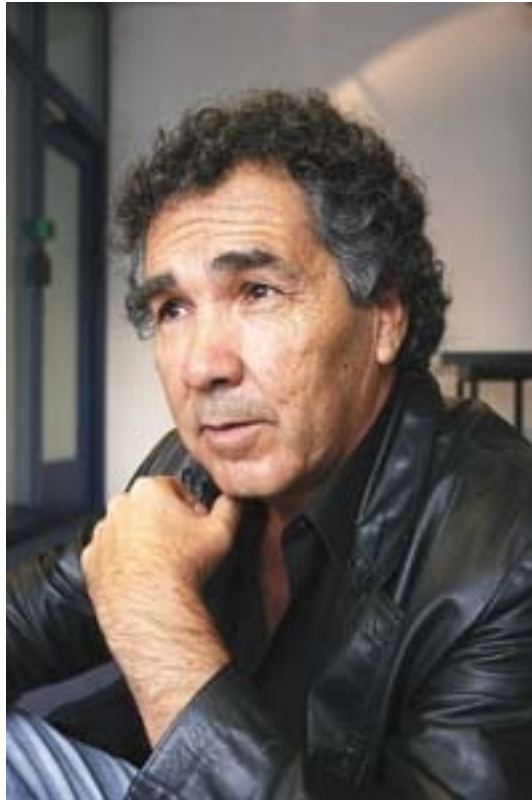
*Pero solo es un destello.*

*El silbato del tren lo saca a flote de golpe y le parece que han transcurrido días cuando el conductor le toca el hombro y le anuncia que ya debe abordar si no quiere quedarse solo en este peladero del infierno. El vendedor de pájaros —que ya no siente ningún dolor de oído— mira por última vez hacia los cascotes de un caserío recortado a lo lejos y, mientras sube en el último coche, oye resonar en su cerebro un nombre de mujer que nunca antes ha oído: Jordania.*

*Reemprendido el viaje, el anciano conductor se va con él en el balcón del coche narrándole trozos de la historia de esa parte de la pampa llamada Desolación. Como pasó en tantas oficinas, le dice, aquí también hubo una matanza de obreros, y tal como ocurrió en cada una de las matanzas que coronan la historia de la pampa, nunca se llegó a saber la cifra exacta de muertos. Se dice que aquí cayeron más de quinientas personas, entre obreros, mujeres y niños; otros, más apegados a las versiones oficiales, aseguran que no fueron más de cuarenta o cincuenta las víctimas, y que la mayoría eran mujeres. También existen versiones, más felices si se quiere, que aseguran que ha sido la única vez en la historia del salitre en que los obreros derrotaron a los soldados; que los calicheros de Desolación, vestidos con los harapos de los uniformes dados de baja del mismo Ejército que los atacaba, los enfrentaron con decisión y, a fuerza de dinamitazos, los hicieron huir sin pena ni gloria. Un apéndice de esta versión asegura que por las tardes, a la hora de la puesta del sol, que fue la hora del combate, se oyen disparos de carabinas, cañonazos de artillería y tiros de dinamita. Y que lo más misterioso de todo es que, si se aguza el oído, en medio de ese estruendo de guerra, junto a los quejidos y a los gritos de dolor de los heridos, se alcanza a oír clarito algo así como el clamoreo de cientos de pájaros cantores.*

*Aunque también existe una versión que dice que aquí nunca hubo una matanza, esto por la sencilla razón de que nunca hubo una oficina. Que en realidad en este lugar se quiso explotar salitre; sin embargo, el proyecto se quedó a medias porque a última hora se descubrió que la ley del material era muy baja, y por tanto no era rentable. De modo que el campamento y la planta de elaboración, que ya habían comenzado a levantarse, quedaron a medio terminar, y esos serían los cascotes y escombros que se divisan a lo lejos. Lo único que ha existido siempre es la estación en donde los trenes se reabastecen de agua gracias al pozo existente en el lugar, estación que aparece en los mapas del ferrocarril como Desolación (tal como se lee*

*en su carcomido letrero de madera), nombre que obedece a que el lugar es tan yermo, triste y desamparado, que ni siquiera los jotes lo sobrevuelan.*



HERNÁN RIVERA LETELIER (Talca, 1950). Su novela *La Reina Isabel cantaba rancheras* fue premiada por el Consejo Nacional del Libro y la Lectura en 1994, y es una de las obras literarias de más vasta difusión de la narrativa chilena reciente. Luego publicó: *Himno del ángel parado en una pata*, Premio Consejo Nacional del Libro y la Lectura en 1996, *Fatamorgana de amor con banda de música* (1998), Premio Municipal de Novela; el libro de cuentos *Donde mueren los valientes* (1999), *Los trenes se van al purgatorio* (2000), *Santa María de las flores negras* (2002), *Canción para caminar sobre las aguas* (2004), *Romance del duende que me escribe las novelas* (2005), *El Fantasista* (2006), *Mi nombre es Malarrosa* (2008), *La contadora de películas* (2009), *El arte de la resurrección*, por la que en 2010 obtuvo el Premio Alfaguara de Novela y *El Escritor de Epitafios* (2011). Todas han sido reeditadas varias veces en Chile, Argentina, México y España, y sus traducciones han sido publicadas en Francia, Italia, Alemania, Grecia, Portugal y Turquía. Además, su obra *La contadora de películas* ha sido traducida a más de quince idiomas y se hará una película sobre la misma. En 2001, Rivera Letelier fue nombrado Caballero de la Orden de las Artes y las Letras por el Ministerio de Cultura de Francia.